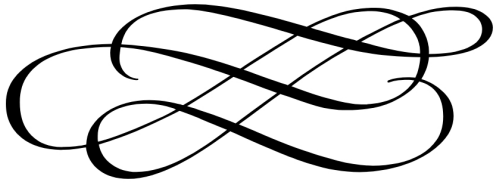

La costurera del invierno
SYBIL COOK

LA COSTURERA ATRAPADA EN LA NIEVE



SYBIL COOK

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

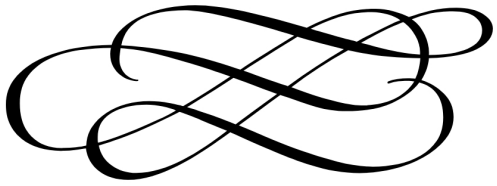
Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Otras obras de Sybil Cook

CAPÍTULO 1



Grace Tinsley pasó la aguja de plata a través del pesado terciopelo carmesí y se estremeció cuando el metal se clavó en la yema encallecida de su pulgar. No se detuvo a chuparse la herida ni a inspeccionar los daños, porque la luz gris que entraba por la estrecha ventana de la buhardilla se desvanecía a toda prisa. Hacía tiempo que el sol se había ocultado tras las chimeneas manchadas de hollín de Spitalfields, dejándolas solo con el púrpura amoratado de un crepúsculo invernal. Cada segundo de luz natural era un bien precioso que las ponía a salvo de la ira de la señora Brant y de su avaro recuento de las velas de sebo.

El viento golpeaba los cristales sueltos de la ventana y hacía vibrar el vidrio en los marcos podridos. El sonido era un redoble constante que acompasaba los latidos del propio corazón de Grace. Se inclinó más hacia la tela, forzando la vista para ver las puntadas diminutas y uniformes que se requerían para satisfacer a las mujeres adineradas de Londres.

—¿Has acabado? —susurró Martha desde el rincón.

Grace no levantó la vista. Mantuvo el ritmo constante. Arriba y abajo. Arriba y abajo. —Casi. Mantén la plancha caliente, Martha. Si el terciopelo se aplasta, todas lo pagaremos.

Martha se acurrucó más cerca del pequeño brasero que proporcionaba el único calor de la habitación. Otras tres chicas

estaban sentadas con ella, con las rodillas pegadas al pecho y los chales bien apretados alrededor de los hombros delgados. Parecían un montón de trapos desechados en el sombrío rincón. La más joven, una niña de diez años llamada Lucy, soplaba sobre sus dedos rojos y en carne viva, tratando de recuperar algo de sensibilidad en ellos.

—No siento los dedos de los pies —dijo Lucy. Su voz era fina y quebradiza.

—Muévelos —ordenó Grace sin interrumpir su trabajo—. No dejes que se queden quietos. Recuerda lo que le pasó a la vieja Mary.

Fue una advertencia dura, pero la amabilidad no mantendría alejada la congelación. La buhardilla no era más que una caja de madera que atrapaba el aire helado y lo retenía contra su piel. Las tablas del suelo tenían huecos lo bastante anchos como para perder un dedal, y la corriente que subía de la calle traía consigo el frío húmedo del barro y los desperdicios de la ciudad.

—Los estoy moviendo —gimoteó Lucy—. Me duele.

—El dolor es bueno —dijo Martha, alargando la mano para frotar el brazo de la niña—. El dolor significa que todavía estás viva, Lucy.

Grace remató el último nudo y cortó el hilo con los dientes. Sacudió los pesados pliegues del vestido. Era una pieza magnífica, un vestido de baile encargado para una vizcondesa que probablemente se lo pondría una vez y luego lo desecharía. El terciopelo era del color de la sangre fresca, adornado con un encaje de plata que había costado más de lo que Grace ganaría en toda su vida.

Se levantó y sus rodillas chasquearon de forma audible en el silencio. Su espalda gritó en protesta tras doce horas encorvada sobre el bastidor. Caminó hacia el maniquí de costura que había en el centro de la habitación y colocó la prenda con cuidado sobre él.

—Miradlo —dijo Grace.

Las chicas se desperezaron de su letargo y miraron. Incluso en la penumbra, el vestido parecía poseer luz propia. Era la perfección.

—Parecerá una reina —dijo Martha.

—Parecerá una mujer que viste nuestra sangre —respondió Grace. Pasó una mano por el corpiño que ella misma había diseñado, aunque la señora Brant nunca admitiría tal cosa ante la clienta—. Revisa el dobladillo, Martha. ¿Cae recto?

Martha se levantó a toda prisa y Se puso a gatas para inspeccionar la parte inferior de la falda. —Es perfecto, Grace. Tienes manos de maga. ¿Cómo has escondido la costura en el doblez?

—Enrollé el terciopelo a contrapelo —explicó Grace—. Capta la luz de forma diferente y oculta el hilo.

—La señora Brant estará contenta —dijo Lucy con esperanza.

Grace miró a la niña y sintió que una pesada piedra se asentaba en su estómago. La señora Brant nunca estaba contenta. La satisfacción era un país extranjero para su ama, y desde luego nunca lo visitaba cuando trataba con las huérfanas que decía proteger.

—Encontrará algún fallo —dijo Grace—. Siempre lo hace. Pero debemos tenerlo listo. Rápido, cepillad el pelo de la tela. Oigo la puerta de abajo.

La atmósfera de la habitación pasó instantáneamente del agotamiento al terror. El golpe pesado de unas botas en las escaleras de madera resonó por el hueco. Era un sonido distintivo, pesado y agresivo, que indicaba que la dueña de la casa estaba de pésimo humor.

Las chicas se dispersaron hacia sus puestos. Lucy cogió una escoba que le doblaba la estatura y empezó a barrer polvo invisible de las tablas del suelo. Martha agarró un trozo de tela sobrante y fingió coser. Las otras dos, Sarah y Jane, se pusieron firmes junto a la mesa de corte.

Grace se quedó sola junto al vestido carmesí. Entrelazó las manos sobre su delantal y esperó.

La puerta de la buhardilla se abrió de par en par con un estruendo que hizo vibrar las paredes. La señora Brant llenaba el marco de la puerta. Era una mujer corpulenta que llevaba el corsé tan apretado que su rostro estaba perpetuamente congestionado. Llevaba un bastón en la mano, no para caminar, sino para señalar y, en los días malos, para golpear.

—¿Y bien? —ladró la señora Brant. Sus ojos recorrieron la habitación y se posaron en las chicas que tiritaban—. ¿Por qué estáis ahí paradas como estatuas? ¿No tenéis nada que hacer? Os alimento y os doy cobijo, ¿y así es como me lo pagáis? ¿Con ociosidad?

—El vestido está terminado, señora —dijo Grace, con voz firme, aunque el pulso le martilleaba en la garganta.

La señora Brant entró en la habitación y las tablas del suelo gimieron bajo su peso. Rodeó el maniquí como un tiburón rodea un naufragio. Se inclinó cerca del bordado y entornó los ojos. Agarró el delicado encaje y tiró de él con brusquedad.

Grace se estremeció pero permaneció en silencio. Si el encaje se rompía, sería culpa suya.

—La tensión está demasiado apretada aquí —criticó la señora Brant, señalando con un dedo grueso una costura impecable—. Y este dobladillo parece desigual.

—Lo medí con la tabla del suelo, señora —dijo Grace—. Está perfectamente recto.

La señora Brant se dio la vuelta y alzó el bastón. —No me lleves la contraria, muchacha. Eres un caso de caridad. No sabes nada de alta moda aparte de lo que yo te enseño.

Grace se tragó la réplica que le quemaba en la lengua. Quería gritar que ella había diseñado el patrón, cortado la tela y dado cada puntada mientras la señora Brant bebía ginebra en el salón de abajo. Pero miró a Lucy, que temblaba junto a la escoba, y obligó a su mandíbula a relajarse.

—Sí, señora —dijo Grace.

La señora Brant resopló y volvió a mirar el vestido. —Tendrá que valer. Lady Worthington enviará a por él por la mañana. Si no queda satisfecha, mañana por la noche dormiréis todas en la carbonera.

—Sí, señora.

—Y tú —la señora Brant señaló a Martha con el bastón—. Estás pálida. ¿Estás enferma?

Martha se irguió. —No, señora. Solo tengo frío.

—¿Frío? —la señora Brant se rio, con un sonido áspero y seco—. ¿Tienes frío? Yo pago el carbón de ese brasero. Pago el techo que tienes sobre la cabeza. Vosotras, miserables ingratas, me estáis dejando sin blanca con vuestras necesidades. Si trabajarais más rápido, tendríais calor suficiente.

Caminó hacia la mesa donde se guardaban las velas. Las contó en voz lo bastante alta para que todas la oyeran. —Cinco. Había seis esta mañana. ¿Quién ha encendido una vela de más?

El silencio se prolongó en la sala. Admitir que se había encendido una vela era invitar a una paliza.

—He sido yo —mintió Grace—. Las puntadas tan complejas del corpiño requerían más luz. No podía arriesgarme a arruinar la seda en la oscuridad.

La señora Brant la miró con furia. —Entonces hoy te quedarás sin cena. El coste de la vela se descontará de tu ración.

Grace asintió. —Entendido.

La señora Brant hizo una mueca de desprecio. —Te crees especial, Grace. Porque sabes coser en línea recta. Pero no eres nada. Solo otra rata de alcantarilla que saqué del barro. Recuérdalo.

—Lo recuerdo —dijo Grace.

—Bien. Cubrid el vestido. Y volved al trabajo. Hay un vestido de luto para la señora Gable que necesita vivos. Lo quiero terminado para el amanecer.

La señora Brant dio media vuelta y salió de la habitación pisando fuerte. Cerró la puerta de un portazo, y la corriente del impacto apagó la única vela que estaba encendida.

La oscuridad las devoró.

Durante un largo rato, nadie se movió. Luego, Martha buscó en su bolsillo y encendió una cerilla. Volvió a prender la vela con las manos temblorosas.

—Grace —susurró Lucy—. Tienes que comer.

—No tengo hambre —dijo Grace. Su estómago se contrajo violentamente ante la mentira. No había comido nada desde el amanecer, y eso solo había sido un cuenco de gachas aguadas.

Se acercó al rincón donde guardaban sus escasas provisiones de comida. Había una hogaza de pan que se había endurecido tres días atrás. La partió en cinco pedazos. Cogió la migaja más pequeña para ella y repartió el resto entre las cuatro niñas.

—Comed —dijo Grace.

Se sentaron en círculo sobre las tablas del suelo, lejos de la ventana. El viento aullaba fuera, como una bestia que intentara abrirse paso hacia el interior.

Grace masticó la corteza dura. Sabía a polvo y desesperación. Miró los rostros de las niñas a las que protegía. Eran su familia, la única familia que tenía. Sintió que el pesado peso de la responsabilidad se asentaba sobre sus hombros como un yugo. El temperamento de la señora Brant estaba empeorando. Las amenazas eran cada vez más específicas. La mención de la «carbonera» era nueva y aterradora.

—Cuéntanos algo, Grace —dijo Lucy. Sostenía su trozo de pan con las dos manos como si fuera un tesoro—. Háblanos de la tienda.

Era un ritual que realizaban cuando la oscuridad era demasiado pesada de soportar. Grace cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la madera rugosa de la pared. Invocó el sueño que la mantenía viva.

—Estará en una esquina —comenzó Grace. Su voz era baja y firme —. No en Spitalfields. Sino en Mayfair. O quizás cerca de Bond Street. Tendrá un gran escaparate, una sola lámina de cristal que costará una fortuna, tan clara que creeríais que no hay nada.

—¿Y el letrero? —preguntó Martha. Sabía la respuesta, pero necesitaba oírla.

—Pintado en pan de oro —dijo Grace—. Tinsley’s. Solo eso. Una sola palabra. Con caligrafía elegante.

—¿Y por dentro? —preguntó Sarah.

—Por dentro, los suelos serán de roble pulido, cubiertos con gruesas alfombras de Persia. Habrá fuego ardiendo en una chimenea de mármol, un fuego de verdad, con troncos que chisporroteen y huelan a pino. Siempre hará calor. Los clientes no tendrán que dejarse los abrigos puestos.

Lucy suspiró. —¿Y los vestidos?

—Los vestidos estarán en soportes de latón pulido —dijo Grace—. Sedas de todos los colores del arcoíris. Azul azur. Verde esmeralda. Amarillo canario. Y no coseremos lo que nos digan. Nosotras les diremos a las damas lo que deben ponerse. Vendrán a nosotras y nos preguntarán: «Grace, ¿qué me pongo para el baile del Príncipe?». Y yo las miraré y les diré: «Para usted, milady, solo zafiros».

—¿Y nosotras? —preguntó Lucy—. ¿Dónde estaremos?

Grace abrió los ojos y miró a la niña. —Estaréis allí, por supuesto. Tú estarás midiendo las cintas. Martha será la jefa de costureras. Sarah llevará las cuentas porque se le dan bien los números. Jane recibirá a las clientas.

—¿Y comeremos? —preguntó Lucy.

—Comeremos pan tierno todas las mañanas —prometió Grace—. Con mantequilla. Y mermelada. Y té caliente con azúcar.

—Mermelada —susurró Lucy. Dio un mordisco a su corteza rancia y cerró los ojos, imaginando el sabor de las fresas.

Grace las observó y sintió que una rabia feroz y ardiente se encendía en su pecho. Era algo peligroso, esa rabia. Podía hacer que la echaran a la calle. Pero también era el combustible que la mantenía en marcha.

Miró el vestido carmesí que se alzaba en las sombras. Ella había hecho eso. Había creado belleza de la nada. Tenía una habilidad que valía oro y, sin embargo, allí estaba, muriéndose de hambre en una buhardilla mientras la señora Brant engordaba a costa de su trabajo.

—Un día —se susurró Grace a sí misma—. Un día saldré por esa puerta y no volveré jamás.

—¿Has dicho algo, Grace? —preguntó Martha.

Grace sacudió la cabeza. —No. Terminad vuestro pan. Tenemos trabajo que hacer. La señora Gable necesita su vestido de luto.

Se levantó y se sacudió las migas del delantal. Volvió a la mesa de trabajo y cogió la tela de crespón negro. Era áspera y mate bajo sus dedos, un contraste absoluto con el terciopelo.

Enhebró su aguja de nuevo. El metal estaba frío.

Fuera, la ciudad de Londres dormía, o pecaba, o bailaba. Los carruajes rodaban sobre los adoquines transportando a personas que nunca habían conocido el hambre. En las estrechas callejuelas de Spitalfields, en una buhardilla con corrientes de aire, cinco chicas cogieron sus agujas y empezaron a coser de nuevo.

Grace trabajaba, y con cada puntada, endurecía su corazón. Estaba levantando un muro, ladrillo a ladrillo, contra la crueldad del mundo. Las salvaría. No sabía cómo, ni sabía cuándo, pero las salvaría.

La vela parpadeaba, proyectando sombras largas y danzantes contra la pared. Grace observó la llama y se prometió a sí misma que no dejaría que se apagara. Ni esta noche. Ni nunca.

—¿Grace? —preguntó Lucy de nuevo, con voz somnolienta ahora.

—¿Sí, Lucy?

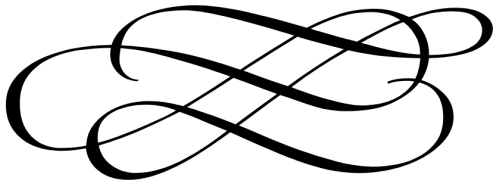
—¿Tendrá gato la tienda?

Grace sonrió, una expresión rara y genuina que suavizó las duras líneas de su rostro. —Sí, Lucy. Un gato naranja y gordo que duerma en el escaparate y se caliente el vientre al sol.

—Bien —murmuró Lucy—. Me gustan los gatos.

La habitación se quedó en silencio, salvo por el traqueteo de la ventana y el suave silbido del hilo al atravesar la tela. Grace siguió cosiendo, con los dedos volando, la mente tramando y el espíritu negándose a doblegarse ante el viento que tanto se esforzaba por quebrarla. La noche era larga, pero Grace Tinsley había aprendido a ver en la oscuridad.

CAPÍTULO 2



El lodo de Londres parecía un ser vivo. Succionaba las suelas de las desgastadas botas de Grace y salpicaba sus bajos con cada paso que daba por Cheapside. No bajó la vista. Su atención estaba totalmente absorta por el gran paquete que apretaba contra su pecho. Bajo las capas de papel marrón y cordel descansaba el vestido de terciopelo carmesí, una belleza que en aquel momento representaba la diferencia entre comer o morir de hambre para cinco personas.

Grace serpenteó entre la muchedumbre. El conductor de un carro soltó una maldición cuando su caballo resbaló en los adoquines, lanzando una lluvia de inmundicia al aire. Grace giró bruscamente, protegiendo el paquete con su propio hombro. El agua sucia golpeó su capa, calando al instante la fina lana, pero el papel permaneció seco. Exhaló un suspiro seco que se convirtió en vaho en el aire gélido y apretó el agarre.

La señora Brant le había dejado claras las consecuencias. Una mancha en el terciopelo significaba que el coste se deduciría del salario de Grace, que ya de por sí era inexistente. Un descosido supondría el despido inmediato.

Dobló hacia las calles más anchas y pavimentadas de Mayfair. Aquí, el lodo daba paso a la piedra barrida, y el ruido caótico del mercado se desvanecía en el silencio educado y amortiguado de la riqueza.

Las casas se alzaban como fortalezas, con sus fachadas de piedra blanca brillando incluso bajo el cielo gris.

Grace se acercó a la mansión de los Hartwell. Era una estructura imponente con verjas de hierro negro y escalones que habían sido fregados hasta quedar blancos. Vaciló al pie de la escalera. Normalmente, iría a la entrada de proveedores en el callejón, pero la señora Brant había sido específica. *La vizcondesa es una invitada de los Hartwell. Entréguelo en la puerta principal. Quiere verlo de inmediato.*

Grace subió los peldaños y levantó el pesado aldabón de latón. Cayó con un golpe seco que resonó en el silencio.

Esperó. El viento traspasaba su capa húmeda, haciéndola tiritar. Apretó la mandíbula para evitar que sus dientes castañetearan.

La puerta se abrió.

Grace preparó su reverencia, esperando a un lacayo o a un mayordomo. En su lugar, se encontró mirando a un hombre que llenaba el umbral con la mera anchura de sus hombros.

Era alto, de cabello oscuro cortado de forma severa y con una chaqueta de lana azul oscuro que denotaba un coste inmenso y una sastrería precisa. No parecía un sirviente. Parecía un muro.

—Llega tarde —dijo el hombre.

Su voz era un barítono profundo, cortante y carente de calidez. No se hizo a un lado para dejarla entrar. Se limitó a quedarse allí, bloqueando el calor del vestíbulo, mirándola desde arriba con ojos del color del pedernal.

Grace parpadeó, desconcertada. —¿Perdón, señor?

—El vestido —dijo, señalando con impaciencia el paquete que llevaba en brazos—. Lady Worthington lo esperaba hace una hora. La puntualidad es una virtud, incluso para una costurera.

Aquel era Nathaniel Hartwell. Conocía el nombre, aunque nunca había visto al hombre. El antiguo soldado convertido en comerciante. El hombre que se había labrado un camino en la sociedad a base de barcos y especias.

Grace enderezó la espalda. El agotamiento de la última semana, el hambre que le roía el estómago y la pura arrogancia de su tono prendieron un calor repentino y peligroso en su pecho.

—El vestido ya está aquí —dijo Grace. No hizo ninguna reverencia. No bajó la mirada.

Nathaniel se le quedó mirando. Era evidente que estaba acostumbrado a las disculpas, a los halagos, a cabezas inclinadas en deferencia a su riqueza. Observó las botas gastadas de ella, su chal deshilachado y la línea desafiante de su barbilla.

—Es usted una insolente —observó. No era una pregunta. Era una evaluación.

—Estoy cansada, señor —respondió Grace con franqueza—. Y tengo frío. Las calles están abarrotadas y he venido andando desde Spitalfields para asegurar que este vestido llegara sin una mota de suciedad. Y lo he logrado. Si desea discutir la hora, tal vez podría invitarme a entrar o coger el paquete para que pueda marcharme.

El silencio se prolongó entre ellos. Una ráfaga de viento alcanzó el borde de la capucha de Grace y la echó hacia atrás, revelando su rostro pálido y las ojeras bajo sus ojos.

Nathaniel no parpadeó. Parecía estar analizándola, diseccionando sus palabras como si fueran una columna de cifras en un libro de contabilidad que no cuadraba.

—Démelo —dijo finalmente.

Extendió la mano. Sus manos eran grandes, pero sus dedos eran largos y pulcros. Grace dudó una fracción de segundo, protegiendo su trabajo, antes de entregar el paquete.

—Cuidado con la parte superior —le instruyó con firmeza—. El encaje es delicado.

Las cejas de Nathaniel se elevaron. Un destello de algo —molestia, o tal vez sorpresa— cruzó sus severas facciones. —Soy capaz de sostener una caja, señorita…

—Tinsley —le proporcionó Grace—. Grace Tinsley.

—Señorita Tinsley. Puede informar a su señora de que la próxima vez debería enviar a alguien que comprenda el valor del tiempo de un cliente.

—Y usted puede informar a la vizcondesa —replicó Grace, con voz firme a pesar del temblor de sus rodillas— de que la calidad requiere tiempo. Si quería un trapo cosido en una hora, debería haber acudido a una fábrica.

Nathaniel se quedó petrificado. La miró, la miró de verdad, por primera vez. Vio la piel roja y en carne viva de sus manos, el hundimiento de sus mejillas y la feroz inteligencia en sus ojos que se negaba a ser acobardada por su posición.

—Espere aquí —ordenó.

Dio media vuelta y entró en el gran vestíbulo con el paquete bajo el brazo. Grace se quedó en el umbral, ni dentro ni fuera. El calor de la casa la envolvió, oliendo a cera de abeja y popurrí. Era una burla cruel.

Un momento después, apareció un mayordomo. Era un hombre delgado con una nariz que parecía permanentemente arrugada en señal de disgusto. Sostenía una pequeña bolsa de monedas.

—Por la entrega —dijo el mayordomo con desprecio, dejando caer las monedas en la palma de Grace sin tocar su piel—. El señor Hartwell dice que debe marcharse. De inmediato.

Grace cerró la mano sobre el dinero. Era la tarifa estándar. Nada más.

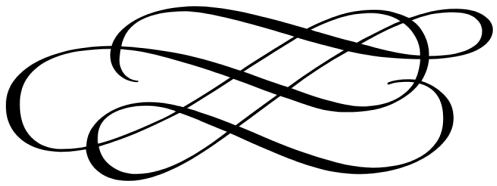
Miró más allá del mayordomo. Al fondo del pasillo, cerca de las escaleras, Nathaniel Hartwell estaba allí observándola. Le había entregado el paquete a una criada, pero se había quedado para vigilar su partida. Su expresión era ilegible, intensa y sombría.

Grace dio la espalda al calor y a la riqueza. Descendió los escalones blancos de regreso a la tarde gris.

Su corazón martilleaba contra sus costillas, con un ritmo salvaje y frenético. No era miedo. Se dio cuenta con asombro de que era adrenalina. Le había respondido a un caballero. Se había mantenido firme.

Se alejó con la cabeza alta, consciente de que la pesada puerta de roble se cerraba tras ella con un clic final y decisivo. Estaba aterrorizada por si le había hecho perder una clienta a la señora Brant, pero mientras el aire frío golpeaba su rostro, descubrió que no lamentaba ni una sola palabra.

CAPÍTULO 3



Grace regresó a la tienda con el sabor del gélido aire de la ciudad aún en la lengua. Su encuentro con Nathaniel Hartwell le había dejado los nervios a flor de piel, una sensación totalmente ajena a su agotamiento habitual. Empujó la pesada puerta del establecimiento de la señora Brant y la campana tintineó con su anuncio familiar y sordo.

La sala delantera estaba vacía. El silencio que la recibió no era la quietud pacífica de una tienda bien ordenada, sino la pesada y sofocante inmovilidad de un aliento contenido.

Subió las escaleras hacia el ático. Los escalones de madera crujieron bajo sus botas, un sonido que solía intentar amortiguar, pero hoy los subió de dos en dos. Una extraña urgencia tiraba de ella. Llegó al descansillo y abrió la puerta del altillo.

La escena que se presentó ante sus ojos la dejó petrificada en el umbral.

El taller estaba sumido en el desorden. Las agujas yacían inactivas sobre la mesa. Las chicas más jóvenes, Lucy y Jane, estaban apretujadas en el rincón más alejado, con los ojos muy abiertos y fijos en el catre junto a la ventana. Sarah estaba arrodillada en el suelo, junto a la cama, escurriendo un trapo gris en un cuenco de agua.

Grace dejó caer su chal en una silla y cruzó la habitación en tres zancadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Sarah levantó la vista. Estaba pálida. —Es Martha. Se ha desplomado hace una hora.

Grace cayó de rodillas junto al catre. Martha yacía enredada en las finas mantas grises. Su piel, habitualmente de color pergamino, estaba encendida con un rojo violento y antinatural. Respiraba con jadeos cortos y entrecortados que le crepitaban en el pecho como hojas secas.

Grace alargó la mano y tocó la frente de Martha. El calor era estremecedor. Le quemaba la palma fría, un fuego seco y devorador que parecía irradiar de los huesos mismos de la muchacha.

—Tiene mucha fiebre —dijo Grace. Su voz mantuvo la calma, aunque le temblaban las manos al coger el trapo de Sarah. —¿Cuánto tiempo lleva así de caliente?

—Desde el mediodía —susurró Sarah—. Ha intentado seguir cosiendo. Decía que no era más que la corriente. Pero entonces se ha caído.

Grace colocó el trapo frío sobre la frente de Martha. La enferma tuvo un espasmo, pero no despertó. Masculló algo incoherente, con los ojos moviéndose rápidamente bajo sus párpados finos y translúcidos.

—Trae más agua —ordenó Grace—. Y mira si hay algún lienzo limpio que podamos usar para secarle el sudor. La humedad lo empeorará.

Sarah se apresuró a obedecer. Grace se inclinó sobre Martha. Le apartó el pelo húmedo de la frente. Martha parecía increíblemente joven, con los rasgos afilados por la enfermedad. Bajo esta luz

cruda, la pobreza de su existencia era innegable. Allí no eran costureras. Eran prisioneras de su propia necesidad.

—Grace —susurró Martha. Sus ojos se entreabrieron; estaban vidriosos y desenfocados. —¿El dobladillo..., está recto?

—El dobladillo está perfecto —mintió Grace. Volvió a sumergir el trapo en el cuenco con el que Sarah había regresado—. Descansa ahora. Has hecho suficiente.

—La señora Brant... —la voz de Martha se quebró—. Se enfadará.

—No lo sabrá —dijo Grace con firmeza—. Te encubriremos. Solo tienes que dormir.

La puerta de abajo se cerró con un golpe seco.

El sonido fue como un golpe físico en la habitación. Lucy gimió en el rincón. Grace se tensó. Los pasos pesados y deliberados iniciaron el ascenso.

—Esconded el cuenco —siseó Grace.

Era demasiado tarde.

La señora Brant apareció en el umbral. Llevaba su ropa de calle, una pesada capa de lana oscura y una cofia que proyectaba una sombra sobre su rostro severo. Llevaba un libro de contabilidad en una mano y su bastón en la otra.

Se detuvo. Sus ojos recorrieron la estancia, advirtiendo las manos ociosas, el miedo y, finalmente, la figura en el catre.

Entró en la habitación y las chicas se apartaron para dejarla pasar como el agua. Se plantó ante la cama y miró a Martha con la misma expresión que usaba al inspeccionar un cargamento de seda dañada.

—Vaya —dijo la señora Brant—. Así que por esto se ha detenido el trabajo.

—Está enferma, señora —dijo Grace. Permaneció de rodillas, interponiendo su cuerpo entre Martha y la dueña—. Una fiebre. Le ha dado de repente.

La señora Brant pinchó el hombro de Martha con la punta de su bastón. Martha gimió y giró la cabeza, con la respiración entrecortada.

—Está ardiendo —observó la señora Brant. No parecía preocupada. Parecía calculadora—. Mírela. Está delirando.

—Se le pasará —dijo Grace rápidamente—. Con descanso y agua, mañana ya no tendrá fiebre. Lo he visto antes.

La señora Brant miró a Grace. Sus ojos eran piedras duras y planas —. Usted no es médico, Grace. Y esto no es un hospital. Es un negocio.

Se dio la vuelta y se acercó a la ventana. Miró hacia la calle que oscurecía—. No puedo tener a una chica enferma en el ático. La enfermedad se propaga. Si las demás se contagian, ¿quién coserá los vestidos? ¿Quién ganará el dinero para mantener este techo sobre sus cabezas?

—Tendremos cuidado —suplicó Grace—. La mantendremos apartada. Yo misma la cuidaré por las noches.

La señora Brant se volvió—. ¿Y quién paga su comida mientras yace ahí? ¿Quién paga el carbón que necesita para calentarse? No produce nada.

—Trabajaré el doble —dijo Grace. Se puso de pie, desesperada por mirar a la señora Brant a los ojos—. Asumiré su parte. Coseré hasta el amanecer si es necesario. Solo deje que se quede.

La señora Brant negó con la cabeza. Fue un movimiento lento, final —. No. Es una carga. No puedo sacar provecho de una chica que no puede sostener una aguja.

—¿Qué está diciendo? —preguntó, y su voz bajó hasta ser un susurro.

—Se va —sentenció la señora Brant—. Esta misma noche.

La palabra quedó suspendida en el aire frío.

—¿Adónde va a ir? —preguntó Grace. Sabía la respuesta; la certeza se le asentó en el estómago como plomo.

—Fuera —dijo la señora Brant. Señaló la puerta con un gesto—. Las calles están llenas de instituciones de caridad. Que busque una. Yo no soy una niñera.

—No puede hacerlo —dijo Grace, a quien el horror paralizó por un momento—. Apenas puede mantenerse en pie. Si la deja ahí fuera, con este frío, morirá.

—La gente muere todos los días, Grace —espetó la señora Brant—. Es ley de vida. No voy a tener un cadáver en mi casa. Es malo para el negocio.

—Ha trabajado para usted durante cinco años —argumentó Grace. Sus manos se cerraron en puños a los costados—. Se ha destrozado la vista por usted. Se ha pinchado los dedos hasta sangrar por usted. Le debe una cama.

La señora Brant dio un paso al frente. Levantó el bastón y señaló el pecho de Grace—. No le debo nada. Ha tenido pan y cobijo. Ese era el trato. Trabajo a cambio de manutención. No puede trabajar. Por lo tanto, no tiene manutención.

—Por favor —rogó Grace. Odiaba el sonido de su propia súplica, pero por Martha, lo haría—. Solo una noche. Dele una noche para recuperarse.

—¿Y despertarme con cinco chicas enfermas en lugar de una? No. —La señora Brant miró a Sarah y a Jane—. Levántenla. Cojan sus cosas.

Las chicas no se movieron. Miraron a Grace con los ojos desorbitados por el terror.

—No la toquéis —les ordenó Grace.

El rostro de la señora Brant se puso de un rojo moteado—. ¿Me desafía en mi propia casa? ¡Las echaré a todas! ¿Es eso lo que quiere? ¿Unirse a ella en el arroyo?

Grace miró a Martha. La enferma estaba tiritando ahora, con los dientes castañeando con un sonido que llenaba el silencio. Si salía ahí fuera, sin protección, sin dinero, no duraría ni la noche. O peor aún, sobreviviría, y la única forma en que una chica sobrevivía en las calles de Spitalfields era vendiendo lo único que le quedaba.

Grace vio el futuro con claridad. Martha, rota y utilizada, cayendo en los oficios más oscuros que engullían a las muchachas por completo.

—Le pagaré —dijo Grace.

La señora Brant hizo una pausa. —¿Con qué? No tiene nada.

—Mis salarios —dijo Grace—. Esos que guarda para mi «futuro». Quédeselos todos. Solo deje que se quede hasta que esté bien.

La señora Brant se rió. Fue un sonido seco y sin gracia—. Sus salarios apenas cubren el hilo que desperdicia. No. Se va. Ahora.

La señora Brant marchó hacia la cama. Agarró la manta y la arrancó del cuerpo tembloroso de Martha.

Martha gritó, un sonido débil y agudo. Se acurrucó en posición fetal, intentando conservar el calor.

—¡Levántate! —gritó la señora Brant.

Grace se movió. Se interpuso de nuevo entre la señora Brant y la cama—. Basta.

—Apártese, Grace.

—No.

Se quedaron trabadas en una mirada. La señora Brant era poderosa, movida por la codicia y la autoridad. Pero Grace estaba movida por una rabia protectora y aterradora.

—Si la echa —dijo Grace con voz baja y peligrosa—, le diré a lady Worthington quién diseñó realmente su vestido. Diré a cada cliente que cruce esa puerta que las «puntadas exquisitas» salen de un desván de niñas hambrientas y no de sus manos expertas.

La señora Brant entrecerró los ojos. La amenaza surtió efecto. Sabía que Grace era el talento que mantenía la relevancia de la tienda.

—¿Se destruiría usted para salvarla? —preguntó la señora Brant con desprecio.

—Destruiré su reputación —corrigió Grace—. Y después me iré. y podrá coserse sus propios dobladillos.

La señora Brant sopesó la situación. Miró el vestido carmesí del maniquí y luego a Grace. Bajó el bastón lentamente.

—Está bien —escupió—. Se queda esta noche, pero si mañana no está trabajando, se larga. Y usted… —le señaló el rostro a Grace con

el bastón—, usted trabajará esta noche. Toda la noche. Hay que planchar todo el inventario. Si la veo durmiendo, deseará estar en la calle.

—De acuerdo —dijo Grace.

La señora Brant se dio la vuelta y salió furiosa. La puerta volvió a cerrarse de golpe, haciendo vibrar las ventanas.

Grace exhaló. Las rodillas le flaquearon y se sentó pesadamente en el suelo junto a la cama.

—Grace —susurró Sarah—. No deberías haber hecho eso.

—Tenía que hacerlo —dijo Grace. Volvió a tapar a Martha con la manta y la arropó bien.

La noche avanzaba. El viento aullaba fuera, un recordatorio constante de la muerte que esperaba justo tras el cristal. Grace no durmió. Se sentó junto a la cama, sosteniendo la mano caliente y seca de Martha.

Escuchó la respiración fatigosa de Martha. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar. Un ritmo frágil.

Grace miró alrededor de la estancia a las figuras dormidas de las otras chicas. Eran tan pequeñas. Tan vulnerables.

El mundo era una máquina cruel. Masticaba a la gente y la escupía. La señora Brant no era más que un engranaje del mecanismo. Nathaniel Hartwell, con su arrogancia y su casa cálida, era otro. Y ellas, las chicas del ático, eran simples piñones. Fácilmente reemplazables. Fácilmente rotas.

Grace apretó la mano de Martha. Sintió que una desoladora sensación de impotencia la invadía. Le había comprado una noche a Martha. ¿Pero qué pasaría mañana? ¿Y al día siguiente?

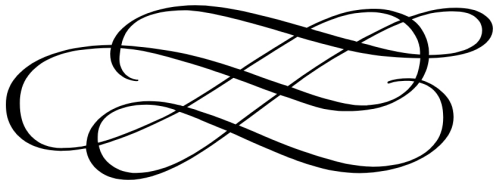
Se miró las manos. Estaban rojas y ásperas. Creaban belleza para otros, pero no podían construir una fortaleza lo bastante fuerte para mantener a sus hermanas a salvo.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Grace, calientes y punzantes. Las contuvo parpadeando. No lloraría. Llorar desperdiciaba agua, y necesitaba hasta la última gota de sus fuerzas.

Cogió su aguja. La señora Brant quería el inventario planchado y remendado, y Grace lo haría. Cosería hasta que los dedos le sangraran si eso significaba mantener a los lobos lejos de la puerta una hora más.

Empezó a dar puntadas, la aguja de plata destellando a la luz de las velas, una espada diminuta y desafiante librando una batalla que sabía que no podría ganar sola.

CAPÍTULO 4



Grace permanecía como un centinela ante el catre donde Martha tiritaba bajo la fina manta gris. La luz de la mañana que se filtraba a través de la mugre de la ventana del ático era débil y no aportaba calor alguno. Cada respiración entrecortada de Martha sonaba como un desgarrón en una tela, un ruido áspero que crispaba los nervios de Grace.

La campana de la tienda de abajo repicó. Fue un sonido agudo y exigente que cortó el aire estancado del taller.

Un momento después, unos pasos pesados resonaron en las escaleras. La señora Brant no entró en la habitación, sino que gritó a través de la puerta abierta: —¡Grace! Clientes. De alta alcurnia. Baje aquí ahora mismo y traiga la pieza de seda de color zafiro. ¡Ya!

Grace miró a Martha. Los ojos de la enferma estaban cerrados y tenía la piel encendida por el calor antinatural de la fiebre. Dejarla allí le parecía un abandono, pero desobedecer a la señora Brant garantizaría que ambas estuvieran en la calle antes del mediodía.

—Volveré —susurró Grace.

Alisó la manta una última vez y se puso en pie. Cogió el pesado rollo de seda azul del estante; su peso le resultaba familiar en los brazos. Respiró hondo para calmar el pulso y bajó las escaleras.

La parte delantera de la tienda era un mundo aparte. La señora Brant había encendido las velas de cera de abeja de buena calidad y el aroma a miel enmascaraba el olor de fondo a lana húmeda. En el centro de la estancia, con un aspecto totalmente fuera de lugar entre el mobiliario desgastado, se encontraban dos figuras.

La primera era una mujer de unos veinticinco años, envuelta en una peliza de lana gris perla ribeteada con piel blanca. Irradiaba un brillo que hacía que la tienda pareciera más lúgubre por comparación.

A su lado estaba Nathaniel Hartwell.

Grace vaciló en el último escalón. Apretó la seda con más fuerza, con los nudillos blancos. Él se veía exactamente igual que en las escaleras de su casa señorial: alto, imponente y totalmente indiferente. Llevaba un pesado sobretodo y sostenía un sombrero de copa en sus manos enguantadas. Su mirada recorrió los estantes de telas con ojo crítico de mercader antes de posarse en Grace.

Él no sonrió. No dio muestras de reconocer su encuentro anterior. Se limitó a mirarla y luego apartó la vista, como si ella no fuera más que un maniquí traído para exhibir la mercancía.

—Ah, aquí está la seda —arrulló la señora Brant con una voz irreconocible, destilando una dulzura almibarada que hizo que a Grace se le revolviera el estómago—. Grace, tráigala aquí. Despliéguela para la señorita Hartwell.

Grace avanzó. Colocó la pieza en la mesa de corte y desenrolló una vara de tela. La seda resplandecía a la luz de las velas, de un azul profundo y rico.

—Es preciosa —dijo la mujer. Alargó la mano y tocó el tejido. Se había quitado los guantes, revelando unas manos suaves y pálidas, manos que nunca habían conocido el picor de una aguja ni el ardor del jabón de lejía—. Nathaniel, mira. Combina a la perfección con la cinta que compré ayer.

—Es adecuada —dijo Nathaniel. Su voz era profunda y llenó la pequeña estancia.

—¿Adecuada? —La mujer se echó a reír. Fue un sonido alegre, como el de una campana—. Eres imposible. Señora Brant, perdone a mi hermano. Cree que cualquier cosa que no sea el manifiesto de carga de un barco es una frívola pérdida de tiempo. Soy Clara Hartwell.

—Un placer, señorita Hartwell —dijo la señora Brant, haciendo una reverencia que forzó las costuras de su corpiño—. Es un honor contar con su clientela. ¿Tengo entendido que busca vestidos para la temporada de invierno?

—Sí —dijo Clara. Volvió a centrar su atención en la seda—. Necesito tres vestidos de día y quizá dos de noche. La temporada ya está muy animada y me encuentro terriblemente retrasada. Y para colmo de males, mi doncella personal se ha marchado para casarse. ¿Puede imaginarlo? Justo antes de las fiestas.

La señora Brant emitió un sonido de simpatía. —Qué terrible. Es tan difícil encontrar buen servicio hoy en día. Son todas unas desagradecidas.

—En efecto —suspiró Clara—. Tengo a la ama de llaves buscando un reemplazo, pero nadie parece encajar. Necesito a alguien discreto. Alguien que sepa cómo cuidar las cosas delicadas.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Grace permanecía junto a la mesa, con las manos apoyadas en la seda azul. Su corazón empezó a martillear con un ritmo frenético contra sus costillas. Miró a Clara Hartwell, una mujer que parecía amable y que hablaba de «cuidar las cosas delicadas». Luego pensó en Martha, arriba, ardiendo de fiebre, esperando a ser arrojada a la nieve.

Era una locura hablar. La señora Brant la desollaría viva.

Pero el silencio era una sentencia de muerte para Martha.

—Yo conozco a alguien —dijo Grace.

El silencio que siguió fue absoluto.

La cabeza de la señora Brant giró bruscamente. Sus ojos se desorbitaron con una furia repentina y abrió la boca para hablar, pero Grace no la dejó. Dio un paso al frente, impulsada por una desesperación que se imponía a toda instrucción y temor.

—Conozco a una chica —continuó Grace, con voz temblorosa pero clara—. Es discreta. Es dócil. Y sabe zurcir encajes mejor que nadie en Londres. Entiende de cosas delicadas porque lleva cinco años cosiéndolas.

—¡Grace! —siseó la señora Brant—. La dulzura se había esfumado, reemplazada por el filo cortante de una hoja. No interrumpa a sus superiores. A la señorita Hartwell no le interesan estas habladurías.

Se volvió hacia Clara, forzando una sonrisa que parecía más bien una mueca. —Perdónela, señorita Hartwell. La chica es simple. No conoce su lugar.

—Al contrario —dijo Clara despacio. Miró a Grace, la miró de verdad, con una curiosidad aguda e inteligente—. Me interesa mucho. ¿Dice que sabe zurcir encajes?

—Sí, señorita —dijo Grace. Ignoró el veneno que irradiaba la señora Brant—. Es meticulosa. Y es honrada.

—¿Y dónde está ese prodigio? —preguntó Clara.

—Está arriba —dijo Grace—. En el ático.

La señora Brant se interpuso ante Grace, ocultándola de la vista de Clara. —No está disponible. La chica de la que habla está...

indispuesta. No es apta para el servicio.

—Está cansada —corrigió Grace en voz alta, echándose a un lado para que Clara pudiera verla de nuevo—. Está cansada porque trabaja dieciocho horas al día, pero es fuerte. Y necesita un hogar.

Nathaniel se movió. Había estado observando la escena con desapego aburrido, pero ahora su atención se agudizó. Miró de la cara roja y colérica de la señora Brant a la pálida y decidida de Grace. Vio la tensión en los hombros de Grace, la forma en que se mantenía firme ante una mujer que le doblaba en tamaño.

—Nathaniel —dijo Clara, volviéndose hacia su hermano—. Me gustaría verla.

—Clara —dijo Nathaniel en tono de advertencia—. Hemos venido a por seda, no a por sirvientes.

—Podemos estar aquí por ambas cosas —insistió Clara. Miró a la señora Brant—. Tráigala aquí abajo. ¿O tendré que subir yo?

La señora Brant se sintió acorralada. No podía negarse ante una cliente acaudalada, pero tampoco podía revelar las condiciones de la chica ni del ático. —Señorita Hartwell, el ático... no es lugar para una dama. Hay polvo. Las escaleras son empinadas.

—No soy de cristal, señora Brant —dijo Clara. Se recogió las faldas —. Guíenos.

La señora Brant lanzó una mirada de puro odio a Grace, una promesa de represalia que le heló la sangre. Pero la dueña se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras.

Grace la siguió, y tras ella, oyó los pasos pesados de Nathaniel Hartwell.

La comitiva subió hacia la penumbra. La señora Brant abrió la puerta del ático y el aire gélido salió a su encuentro.

La habitación estaba tal como Grace la había dejado. Las chicas del rincón miraban con ojos desorbitados y aterrorizados. Martha yacía en el catre, un fajo de miseria bajo la luz grisácea.

Clara se detuvo en el umbral. Observó la escena: los tablones del suelo desnudos, el único brasero con las brasas agonizantes, el grupo de niñas amontonadas en el rincón. Se llevó la mano a la boca.

—Válgame el cielo —susurró Clara.

Caminó directamente hacia el catre. No le importó el polvo en su dobladillo. Miró a Martha.

—¿Es ella? —preguntó Clara.

—Sí —dijo Grace. Se acercó al otro lado del catre—. Se llama Martha.

Clara se quitó el guante y tocó la mejilla de Martha. —Arde de fiebre.

—Necesita descanso —dijo Grace—. Y calor. Aquí no tiene nada de eso.

La señora Brant permanecía junto a la puerta, con el rostro como una máscara de huraño desafío. —Ya les dije que estaba enferma. No le sirve de nada a nadie.

Clara se volvió hacia ella. La amabilidad de su rostro se había endurecido en algo más férreo. —Es una niña, señora Brant. Y está claramente agotada.

Clara miró a Nathaniel. Él estaba junto a la puerta, con la cabeza casi rozando las vigas bajas. Miraba a las niñas del rincón, luego los platos vacíos sobre la mesa y, finalmente, a Grace. Su expresión era ilegible, con la mandíbula apretada en una línea dura.

—Nathaniel —dijo Clara—. Nos la llevamos.

—Clara —empezó él—, no puedes ir por ahí recogiendo gente como si fueran gatos callejeros.

—Necesito una doncella —dijo Clara con firmeza—. Y ella necesita una cama. Mírala. Si la dejamos aquí, morirá.

Grace contuvo el aliento. Miró a Nathaniel. Ese hombre que creía que el mundo podía ser ordenado y comprado. Ese hombre que la había mirado con tanto desdén en el umbral de su casa.

Nathaniel miró a Martha. Vio el rubor de la fiebre y la delgadez de su brazo sobre la manta. Luego miró a Grace.

Grace no suplicó. Se limitó a sostenerle la mirada. *Míranos,* decían sus ojos. *Mira lo que está pasando aquí.*

Nathaniel exhaló un largo suspiro. Asintió una vez, con un movimiento brusco y decisivo.

—Muy bien —dijo—. Thomas está con el carruaje. Le pediré que la baje.

—Gracias —musitó Grace. El alivio fue tan agudo que resultó casi doloroso.

—Coge sus cosas —ordenó Clara con suavidad.

Grace agarró el hatillo de ropa atado con un cordel que había a los pies de la cama. Era todo cuanto Martha poseía.

—Martha —susurró Grace, sacudiendo suavemente el hombro de la chica—. Martha, despierta. Te vas de aquí.

Los ojos de Martha se abrieron con esfuerzo. Miró a Clara y luego a Grace, confusa y asustada.

—¿Grace? —preguntó con voz ronca.

—No pasa nada —dijo Grace—. Esta es la señorita Hartwell. Te va a llevar a una casa cálida. Vas a ser doncella.

Martha intentó incorporarse pero volvió a dejarse caer. —Pero... el trabajo...

—El trabajo se ha acabado —dijo Grace.

Nathaniel dio un paso al frente. —Abran paso.

Se inclinó y alzó a Martha como si no pesara nada. La mantuvo apartada de su fino abrigo, pero su agarre era firme. Se dio la vuelta y la sacó de la habitación sin mirar atrás.

Clara lo siguió. Se detuvo en la puerta y miró a Grace.

—Es usted valiente —dijo Clara—. Es una cualidad poco común.

Luego se marchó.

La señora Brant permaneció en el centro de la estancia. El sonido de las ruedas del carruaje alejándose sobre los adoquines llegó desde la calle.

El silencio regresó, más pesado que antes.

La señora Brant se volvió hacia Grace. Tenía el rostro pálido por la rabia.

—Cree que ha ganado —dijo la señora Brant con un gruñido sordo —. ¿Cree que por haber salvado a una rata ha cambiado algo?

—Ella está a salvo —dijo Grace.

—Ella se ha ido —corrigió la señora Brant—. Y ahora tengo una trabajadora menos. El cupo sigue siendo el mismo, Grace. Hará su parte. Y empezará ahora mismo.

La señora Brant golpeó la mesa con su bastón. —¡A trabajar!

Salió hecha una furia, dejando la puerta abierta a la corriente.

Grace se quedó inmóvil un momento. El lugar donde estaba el catre ahora estaba vacío. El hatillo de ropa se había ido. Martha se había ido.

Le invadió un alivio profundo y vertiginoso. Martha dormiría en una cama esta noche. Comería comida caliente. Viviría.

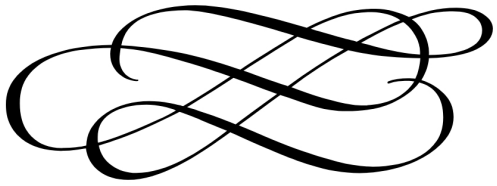
Pero a medida que la adrenalina se desvanecía, un frío aplastante ocupó su lugar. Grace miró el espacio vacío en el suelo. Martha había sido su sombra, su confidente, la única persona que compartía la carga de las noches más oscuras.

Ahora, Grace estaba sola.

Miró a Lucy y a Jane en el rincón. La observaban con asombro, como si hubiera obrado un milagro. Y tal vez lo había hecho.

Pero los milagros conllevaban un precio.

CAPÍTULO 5



La llama de la vela chisporroteaba con la corriente de aire que se filtraba por el cristal agrietado de la ventana. Grace estaba sentada sola ante la mesa de trabajo. El desván se sentía vasto y vacío sin la respiración pausada de Martha desde el rincón. El hueco en el suelo de madera donde había estado el catre de la enferma era una brecha en las defensas de la habitación, un recordatorio visual constante de quién faltaba.

El invierno se asentó sobre Spitalfields con un peso brutal. La escarcha en el interior del cristal se hizo espesa y opaca, ocultando la grisácea calle que se extendía abajo. El humor de la señora Brant cayó al ritmo de la temperatura. Recorría la tienda en el piso de abajo, y el golpe de su bastón marcaba las horas como un pesado reloj.

Grace oyó sonar la campana. Era tarde, mucho después de la hora habitual para las pruebas de vestuario respetables.

Se acercó al rellano y miró hacia abajo a través de los barrotes de la barandilla. La señora Brant estaba cerca de la puerta. Un hombre con un pesado gabán la acompañaba. No estaba mirando las sedas ni las cintas. Miraba hacia arriba, hacia las escaleras.

La señora Brant se inclinó hacia él. Le susurró algo en voz baja y rápida. El hombre asintió y dejó caer una moneda en su mano. Destelló como el oro bajo la tenue luz.

—¡Sarah! —llamó la señora Brant. Su voz era afilada.

Grace se retiró a las sombras de la puerta del desván mientras Sarah emergía de la penumbra. Sarah tenía catorce años; era delgada pero bonita, de ojos grandes y asustados.

—¿Dígame, señora? —preguntó Sarah desde lo alto de las escaleras.

—Baje —ordenó la señora Brant—. Hay un recado. Un caballero requiere una entrega en Cheapside.

—Pero está oscuro —dijo Sarah. Le temblaba la voz.

—El caballero pagará un coche de caballos —espetó la señora Brant —. No replique. Es un pedido especial.

Sarah miró a Grace. Grace dio un paso al frente, abriendo la boca para objetar, pero Sarah ya se estaba moviendo, arrastrada escaleras abajo por la fuerza de la mirada de la señora Brant. Grace vio cómo Sarah se ponía su fino chal y seguía al hombre hacia la noche.

La puerta se cerró.

Grace volvió a la ventana. Raspó un agujero en la escarcha para observar la calle. El hombre no llamó a ningún coche. Agarró a Sarah por el brazo, con un apretón visible incluso desde esa altura, y la guio hacia las sombras del callejón.

Grace se sentó y esperó. Las otras chicas, Lucy y Jane, dormían acurrucadas, ajenas a todo.

Pasaron las horas. La vela se consumió hasta convertirse en un cabo de cera.

La puerta de abajo volvió a abrirse. Unos pasos lentos y pesados subieron las escaleras. Sarah empujó la puerta del desván.

Parecía un fantasma. Tenía el chal desgarrado a la altura del hombro. Su rostro estaba pálido, despojado de todo color, y sus ojos estaban hueros, fijos en la nada.

—¿Sarah? —susurró Grace.

Sarah no respondió. Caminó hasta su rincón y se sentó. Se llevó las rodillas al pecho.

Grace se acercó a ella a gatas. Alargó la mano para tocar el brazo de Sarah. Sarah se sobresaltó violentamente. La manga de su vestido se deslizó hacia arriba, revelando un hematoma oscuro y amoratado en su muñeca con la forma de un pulgar.

Grace contempló el cardenal. Luego miró los ojos sin vida de Sarah.

La comprensión la golpeó con la fuerza de un golpe físico. La señora Brant no estaba vendiendo vestidos. Las estaba vendiendo a ellas.

A la noche siguiente, la campana volvió a sonar.

Grace estaba preparada. Se plantó en lo alto de las escaleras. La señora Brant estaba allí con otro hombre. Este era mayor, de rostro rubicundo y ojos llorosos.

—Jane —llamó la señora Brant—. Baja.

Jane tenía doce años.

Grace se movió. Bloqueó el acceso a las escaleras. Agarró a Jane por el hombro y la empujó detrás de ella.

—No —dijo Grace. Su voz resonó en el hueco de la escalera.

La señora Brant levantó la vista. Su rostro se contrajo en un gruñido. —¿Qué ha dicho?

—Ella no va a ir —dijo Grace. Se aferró a la barandilla—. No se hacen entregas a estas horas. Si el caballero quiere un vestido, que vuelva mañana por la mañana.

El hombre se rió. —¿Es brava, verdad? Me la llevaré a ella en su lugar.

La señora Brant entornó los ojos. Subió los tres primeros escalones. Alzó el bastón.

—Quítese de mi camino, Grace —amenazó la señora Brant—. Olvida cuál es su lugar.

—Sé cuál es mi lugar —respondió Grace—. Y sé lo que está haciendo usted.

—¿Ah, sí? —se mofó la señora Brant—. Entonces sabrá que come porque yo lo permito. Duerme porque yo lo permito.

Señaló la puerta con el bastón. —Vuelva a interferir en mis asuntos y se verá en la calle. ¿Me ha oído? La echaré al arroyo, y ya veremos cuánto le duran esos humos de moralidad cuando se esté muriendo de hambre.

Grace miró hacia la puerta. El viento frío hacía castañear el marco. Miró a Jane, que temblaba a su espalda.

Si echaban a Grace, ¿quién se interpondría entre las niñas y esos hombres?

La señora Brant vio su vacilación. Esbozó una sonrisa, una curva fría y victoriosa en sus labios.

—Mándela para abajo —ordenó la señora Brant.

Grace se quedó paralizada. La trampa era perfecta. Si se quedaba, veía cómo las usaban. Si se marchaba, las abandonaba a su suerte

por completo.

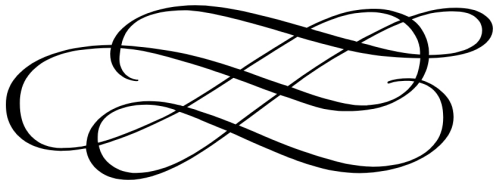
Se hizo a un lado.

Jane pasó por su lado, cabizbaja, con lágrimas que trazaban silenciosos surcos entre la suciedad de sus mejillas.

Grace la vio irse. Sintió que las paredes de la casa se cerraban a su alrededor. Estaba completamente sola. Ya no estaba Martha para compartir el horror, ni tenía poder alguno en sus manos para detenerlo.

Se dio la vuelta y regresó al desván. Se sentó en la oscuridad y escuchó el silencio, aterrador y absoluto.

CAPÍTULO 6



Grace se arrodilló sobre los toscos tablones de madera del suelo de la tienda y sumergió el cepillo de fregar en el cubo de agua grisácea. El jabón de sosa le escocía en las grietas de las manos. Frotó con fuerza la mancha cerca de la puerta donde un cliente había dejado rastro de barro de la calle, poniendo todo el peso de su hombro en el movimiento. El rascado rítmico de las cerdas era el único sonido en la estancia.

La campana de la tienda sonó sobre su cabeza.

Grace se puso en pie de un salto y se secó las manos mojadas en el delantal. Mantuvo la cabeza gacha, esperando a un comerciante o tal vez a algún alma perdida que buscara refugio del viento cortante.

En su lugar, un lacayo con la librea azul marino y plata de la casa Hartwell aguardaba en la entrada. Sostenía una carta sellada en su mano enguantada. Miró alrededor de la penumbra de la tienda con una expresión de leve desagrado antes de que sus ojos se posaran en la señora Brant, que había salido de la trastienda al oír el timbre.

—¿La señora Brant? —preguntó el lacayo.

—Soy yo —dijo la señora Brant. Se alisó la falda y se retocó el cabello, cambiando su actitud al instante de tirana a tendera servil—. ¿En qué puedo servir a la casa Hartwell?

—Un mensaje de la señorita Clara Hartwell —dijo el lacayo. Le tendió la carta.

La señora Brant la tomó con avidez. Rompió el sello de lacre y desdobló el pesado pergamino. Grace observaba desde la esquina, con el corazón latiendo a un ritmo lento y pesado contra las costillas. Se preguntó si habrían rechazado la seda zafiro o si alguna costura del dobladillo habría fallado.

Los ojos de la señora Brant recorrieron la página. Su sonrisa flaqueó. Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo y un rubor rojizo moteó su cuello.

Bajó la carta y miró a Grace. Su mirada era de puro y absoluto veneno.

—La quiere a usted —escupió la señora Brant.

Grace parpadeó—. ¿A mí, señora?

—Léalo —ordenó la señora Brant. Le lanzó el papel a Grace.

Grace tomó la carta con cuidado, atenta a sus dedos húmedos. La caligrafía era elegante y de trazos curvos.

Señora Brant:

Preciso ayuda con el arreglo de las libreas del servicio para el próximo baile. Mi hermano insiste en que el trabajo se realice en la casa para garantizar la uniformidad. Por favor, envíe a la joven, Grace, de inmediato. Ella conoce la casa y su trabajo con la lencería fue satisfactorio.

El pago se enviará a vuestra llegada.

Clara Hartwell

Grace bajó el papel—. Quiere que remiende libreas.

—Me pasa por alto —siseó la señora Brant. Se acercó más, invadiendo el espacio de Grace hasta que esta pudo verle los poros de la nariz—. Pide a la aprendiz e ignora a la dueña. Has estado dándote aires de grandeza con ella, ¿verdad? Intentando ascender por encima de tu posición.

—No, señora —dijo Grace rápidamente—. Solo hablo cuando me hablan.

—Eres una víbora —dijo la señora Brant—. Debería negarme.

—Pero es una Hartwell —señaló Grace en voz baja—. Si os negáis, podría llevarse su clientela a otra parte.

La señora Brant lo sabía. La veracidad de aquello solo sirvió para enfurecerla más. Levantó la mano y cruzó la cara de Grace de una bofetada.

El golpe fue seco y punzante. La cabeza de Grace se volvió bruscamente hacia un lado. Sintió el sabor del cobre en la boca. No gritó. Simplemente se llevó una mano a la mejilla y volvió a mirar a su jefa.

—Recuerda cuál es tu lugar —susurró la señora Brant—. Eres de mi propiedad hasta que pagues tu deuda. Ve allí, haz el trabajo y regresa. Si me entero de que has sido algo menos que silenciosa e invisible, te arrepentirás.

—Sí, señora —dijo Grace.

—Váyase —ordenó la señora Brant—. No los haga esperar.

Grace se apresuró a subir al ático a por su chal. Era fino, apenas un trapo de lana, pero era todo lo que tenía. Se lo envolvió con fuerza alrededor de los hombros y salió de la tienda; la campana tintineó alegremente tras ella.

La caminata hasta Mayfair fue una batalla contra los elementos. El viento azotaba las estrechas calles de Spitalfields, arrastrando la suciedad de la ciudad. Le calaba el vestido y se le instalaba en los huesos. Caminaba con la cabeza gacha, aferrando el chal con los dedos entumecidos.

Se sentía como una impostora a cada paso que daba hacia el distrito rico. Los adoquines aquí estaban más limpios, las casas eran más altas y más imponentes. Llegó a la propiedad de los Hartwell y pasó de largo la solemne escalinata principal donde había conocido a Nathaniel. Caminó por el estrecho callejón hasta la entrada del servicio.

Llamó a la pesada puerta de madera.

Se abrió y una oleada de calor le golpeó el rostro. Fue un impacto físico, un calor tan intenso que la mareó por un momento.

Una mujer estaba en el umbral. Era alta y severa, vestida con un traje negro y con un manojo de llaves tintineando en su cintura. Era el ama de llaves.

—Tú debes de ser la chica —dijo el ama de llaves. Miró a Grace de arriba abajo, reparando en el dobladillo deshilachado y las mejillas rojas por el viento—. Límpiate los pies.

Grace rascó sus botas en la rejilla de hierro y entró. El pasillo tenía el suelo de piedra, pero era cálido. El aire olía a carne asada y hierbas.

—Soy la señora Gable —dijo el ama de llaves—. Sígame. Y no toque las paredes.

Grace caminó detrás de ella, manteniendo las manos fuertemente entrelazadas frente a su delantal. Pasaron por una gran cocina donde un fuego rugía en un hogar lo bastante grande como para asar un buey. Una mujer entrada en carnes con los brazos enharinados amasaba pan en una mesa enorme.

La cocinera levantó la vista. Vio a Grace tiritando.

—Espere un momento, señora Gable —dijo la cocinera. Su voz era cálida y profunda.

Se limpió las manos y cogió un panecillo de una rejilla de enfriamiento. Se acercó a Grace.

—Parece que no ha comido en una semana —dijo la cocinera. Le puso el panecillo en las manos a Grace—. Coma. Está tierno.

Grace miró el panecillo. Aún estaba caliente. La corteza era dorada y estaba barnizada con mantequilla. Miró a la señora Gable pidiendo permiso.

La señora Gable resopló—. Rápido, entonces. No tenemos todo el día.

Grace dio un bocado. El pan era suave y dulce. Se deshacía en la lengua. Era la primera comida recién hecha que probaba en días. Las lágrimas le escocieron en los ojos, pero las contuvo parpadeando.

—Gracias —susurró Grace.

—Andando —dijo la cocinera con suavidad—. Esos huesos necesitan algo de carne.

Grace siguió a la señora Gable fuera de la cocina y subió por un estrecho tramo de escaleras. Intentó hacerse pequeña, encogerse dentro de sus ropas. Tenía pánico de que, en cualquier momento, una puerta se abriera y la señora Brant estuviera allí para arrebatarle el pan.

—Trabajará en el cuarto de costura —dijo la señora Gable por encima del hombro—. La señorita Clara bajará cuando esté lista. No deambule. No hable con el personal a menos que sea necesario. Y no pienses que, por estar aquí, eres una de nosotros.

—Lo entiendo —dijo Grace.

La señora Gable abrió una puerta al final del pasillo—. Aquí tiene. Hay tela sobre la mesa. Empiece con las casacas azules.

Cerró la puerta, dejando a Grace sola.

Grace se quedó en el centro de la habitación. Era pequeña pero cálida. Había una ventana que daba al jardín y un fuego ardía en una pequeña chimenea.

Terminó el último bocado del panecillo y se relamió la mantequilla de los dedos. Sintió una extraña y aterradora esperanza creciendo en su pecho. Estaba lejos de la tienda. Estaba al calor.

Pero al mirar el montón de libreas esperando ser remendadas, recordó las palabras de despedida de la señora Brant. Estaba allí para trabajar. Era una herramienta, nada más.

Se sentó en la silla junto al fuego y cogió una aguja. Sería perfecta. Sería invisible. Sobreviviría.

* * *

* * *

Grace estaba sentada en el pequeño cuarto de costura de la primera planta de la casa Hartwell. Un fuego chisporroteaba en la chimenea, proyectando un resplandor anaranjado constante contra el papel pintado floral. Era un lujo al que aún no se había acostumbrado. Cada vez que los leños estallaban y se movían, se sobresaltaba, esperando que la señora Brant irrumpiera y exigiera retirar las brasas para ahorrar dinero.

Pero la señora Brant estaba a kilómetros de distancia, en Spitalfields. Aquí, el aire era cálido y seco.

Grace se puso una pesada casaca azul sobre el regazo. Era la librea de un lacayo, hecha de lana gruesa y adornada con galones de plata. La tela era resistente, pero los codos estaban desgastados por el uso. Su tarea consistía en reforzar el tejido sin que el remiendo fuera visible.

Trabajaba en silencio. Sus dedos se movían con un ritmo practicado, la aguja entrando y saliendo de la lana.

La puerta se abrió.

Grace se puso de pie inmediatamente y ensayó una reverencia.

Clara Hartwell entró en la habitación. Llevaba un vestido de mañana de muselina amarilla pálida que parecía luz de sol embotellada frente a la grisácea luz invernal del exterior.

—Siéntese, Grace, por favor —dijo Clara. Hizo un gesto despectivo con la mano—. Ya le he dicho que no hace falta tanta ceremonia cuando estamos a solas.

Grace se sentó, aunque su espalda permaneció rígida contra el respaldo de la silla—. Gracias, señorita Hartwell.

Clara caminó hacia la mesa de trabajo e inspeccionó el montón de prendas terminadas—. Trabaja usted demasiado rápido. La señora Gable me dice que terminó la lencería en dos días. Se quedará sin cosas que remendar.

—Estoy acostumbrada a trabajar deprisa —dijo Grace.

—Bueno, afloja el ritmo —dijo Clara con una sonrisa. Cogió un carrete de hilo de plata y le dio vueltas en las manos—. Me gusta tenerte aquí. La casa suele estar muy silenciosa. Nathaniel siempre

está en la bolsa o en su despacho, y los criados están... bueno, están ocupados.

Las visitas de Clara se habían convertido en algo habitual durante la última semana. Aparecía, charlaba sobre el próximo baile o el tiempo, y trataba a Grace con una amabilidad que resultaba desconcertante. Aquello resquebrajaba el hielo que Grace había construido a su alrededor.

¿Cómo está Martha? —preguntó Grace. Era la única pregunta que se permitía hacer libremente.

—Está bien —le aseguró Clara—. Está aprendiendo a pulir la plata. El ama de llaves dice que tiene una mano delicada. Pregunta por ti todos los días.

Grace bajó la vista hacia la casaca azul—. Me alegro.

—Debo irme —dijo Clara—. Tengo una prueba para mis zapatos. Pero mandaré que te traigan té.

Clara se marchó, dejando la puerta entreabierta.

Grace exhaló un suspiro y regresó a su costura. La calidez de la estancia y el brillo de Clara hacían que fuera difícil recordar el frío ático, pero Grace se obligó a concentrarse. Esto era un trabajo. Y terminaría.

Una hora después, los tablones del pasillo crujieron bajo unas pisadas pesadas.

Grace supuso que era el lacayo que venía a recoger las casacas terminadas. No levantó la vista hasta que una sombra cayó sobre su regazo, bloqueando la luz del fuego.

Alzó la cabeza.

Nathaniel Hartwell estaba en el umbral.

Sostenía un gran libro de contabilidad encuadernado en cuero en una mano. Vestía una levita oscura y su corbatín estaba anudado con una precisión severa. Parecía demasiado grande para la habitación; su presencia llenaba el espacio y hacía que las paredes parecieran encogerse.

Grace se puso en pie de un salto. La casaca resbaló de su regazo al suelo. Se agachó para recogerla, con las mejillas encendidas, y cuando se incorporó, él la estaba observando.

—Señor —dijo Grace. Hizo una reverencia, más profunda que la que le dedicaba a Clara.

—Señorita Tinsley —dijo Nathaniel. Su voz era fría, carente de entonación.

Entró en la habitación y se acercó al pequeño escritorio del rincón. Abrió el libro de contabilidad y frunció el ceño ante las páginas, aunque Grace notó que no mojó la pluma en el tintero.

—Estoy revisando las cuentas de la casa —anunció—. La señora Gable mencionó que los gastos de suministros de costura estaban... fluctuando.

—Solo he usado el hilo proporcionado, señor —dijo Grace rápidamente. Apretó la casaca azul contra su pecho como un escudo —. Y las agujas son las que ya estaban aquí.

Nathaniel levantó la vista del libro. Sus ojos eran grises y afilados, y escudriñaban su rostro—. No la he acusado de robo, señorita Tinsley.

—No, señor. Solo pretendía explicarlo.

El silencio que siguió fue denso y sofocante. Grace permaneció junto a su silla, sin saber si debía sentarse o quedarse de pie. Nathaniel volvió a mirar el libro, pero sus ojos no se movían por las columnas de cifras.

—La habitación —dijo de pronto—. ¿Es lo bastante cálida?

—Sí, señor. Es muy cálida.

—¿Y la luz? ¿Es suficiente para el trabajo?

—Es excelente, señor.

—Bien.

Pasó una página. El pergamino crujió ruidosamente en el silencio del cuarto.

Grace volvió a sentarse en la silla. Cogió su aguja, pero sentía las manos torpes. Podía notar la mirada de él sobre ella, pesada y constante. Empujó la aguja a través de la lana, pero erró el tejido y se pinchó un dedo. Una diminuta gota de sangre brotó. Se la limpió rápidamente en el delantal antes de que él pudiera verla.

La puerta se abrió de nuevo.

Una doncella entró portando una bandeja de plata. Se detuvo al ver a Nathaniel.

—Oh —dijo la doncella. Hizo una breve reverencia—. Perdone, señor. La señorita Clara ha pedido té para la costurera.

—Póngalo ahí —dijo Nathaniel, señalando una esquina de la mesa de trabajo.

La doncella dejó la bandeja. La porcelana traqueteó contra la plata. Miró de Grace a Nathaniel, arqueando ligeramente las cejas antes de salir de la estancia caminando hacia atrás.

La llegada del té sirvió como un crudo recordatorio de las líneas trazadas entre ellos. Grace era la ayuda contratada, allí para ser alimentada e hidratada para que pudiera seguir trabajando. Nathaniel era el señor de la casa.

Nathaniel se quedó mirando la tetera—. Mi hermana le ha tomado afecto.

—Es muy amable —dijo Grace.

—Es ingenua —corrigió Nathaniel—. Cree que el mundo es un lugar apacible.

—Tal vez ella hace que lo sea —dijo Grace. Las palabras se le escaparon antes de poder frenarlas.

Nathaniel la miró con severidad. Cerró el libro de contabilidad. Caminó hacia la mesa de trabajo y se detuvo directamente frente a ella. Alargó la mano y tocó la manga de la casaca azul que ella sostenía.

—Este tejido —dijo—. ¿Es lana?

—Sí, señor —dijo Grace.

—Parece tosco —observó él—. Para ser un uniforme.

Grace miró la casaca. Olvidó por un momento que estaba hablando con un rico comerciante que probablemente importaba sedas de Oriente. Solo vio la tela.

—Es paño, señor —dijo Grace. Su voz cobró fuerza—. Debe ser tosco. ¿Ve aquí?

Señaló el tejido con su aguja. Nathaniel se inclinó más. Su mano estaba a escasos centímetros de la de ella.

—La urdimbre está muy retorcida —explicó Grace, trazando la línea del hilo—. Y la trama es más floja. Cuando lo batan, las fibras se entrelazarán. Eso hace que el paño sea impermeable al agua y al viento. Un lacayo aguarda junto a los carruajes bajo la lluvia. La seda o la lana fina se pudrirían en un mes. Esto durará diez años si se le da el mantenimiento adecuado.

Levantó la vista. Nathaniel no estaba mirando el paño. La miraba a ella.

Su expresión se había suavizado. La dureza alrededor de su boca se había relajado. La escuchaba con una intensidad que hizo que el aire de la habitación pareciera enrarecerse de repente.

—Conoces tu oficio —dijo él en voz baja.

—Llevo cosiendo desde los seis años —dijo Grace—. La tela… tiene un lenguaje. Si la escuchas, te dice qué es lo que quiere ser.

Los ojos de Nathaniel escudriñaron los suyos—. ¿Y qué le dice esta?

—Me dice que está cansada —dijo Grace, pasando el pulgar por el codo desgastado—, pero que es lo bastante fuerte para aguantar un poco más.

El doble sentido quedó suspendido entre ellos.

Nathaniel no se alejó de inmediato. Permaneció cerca, su gran complexión bloqueando el resto de la estancia. El fuego chisporroteó en la chimenea, rompiendo el silencio.

¿Dónde aprendiste? —preguntó Nathaniel. Su voz era más suave ahora, despojada de su autoridad habitual.

Grace vaciló. La verdad era algo peligroso—. En un orfanato, señor. Nos enseñaban para que nos ganáramos el sustento.

—¿Y la señora Brant?

—Compró mi contrato cuando yo tenía catorce años. —Grace mantuvo los ojos fijos en la casaca—. Estoy en deuda con ella por mi aprendizaje.

La mandíbula de Nathaniel se tensó—. Un contrato.

—Es legal, señor.

—Legal —repitió él, y la palabra sonó amarga en su boca—. Muchas cosas legales son bárbaras.

Grace levantó la vista, sorprendida por la ira en su voz.

—Mi padre compró a sus primeros trabajadores de los molinos de la misma forma —dijo Nathaniel en voz baja—. Niños, la mayoría. Contratados en hospicios. Yo tenía ocho años cuando entré en aquella fábrica y los vi. Algunos tenían mi edad. Sus manos estaban… —Se detuvo, apretando la mandíbula—. Cuando heredé el negocio, quemé cada contrato. Todos y cada uno de ellos.

Grace lo miró fijamente. Nunca había oído a un caballero hablar de esa manera.

—Por eso os fuisteis a la India —dijo Grace—. Estabais huyendo de eso.

Los ojos de Nathaniel se clavaron en los de ella. Nadie lo había dicho nunca en voz alta—. Sí.

Habían cruzado líneas que no deberían cruzarse.

—Debería irme.

—Sí, señor.

En realidad, no se fue. Dio un paso más hacia ella y a Grace se le cortó la respiración.

—Grace —dijo él al cabo de un momento. Utilizó su nombre de pila.

Entonces el reloj de la repisa marcó la hora.

El sonido rompió el hechizo. Nathaniel se enderezó bruscamente. Dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos. La máscara del comerciante volvió a encajarse en su sitio.

—Tengo asuntos que atender —dijo. Su voz volvía a ser rígida—. Continúe con su trabajo.

Recogió el libro de contabilidad y caminó hacia la puerta. Hizo una pausa con la mano en el pestillo, como si pretendiera decir algo más, pero entonces abrió la puerta y salió.

Grace se quedó sola en el cuarto de costura.

Se quedó mirando la puerta cerrada. El corazón le martilleaba contra las costillas, un ritmo salvaje y errático que nada tenía que ver con el miedo. Las manos le temblaban tanto que tuvo que soltar la aguja.

Se tocó el lugar de la manga donde había estado la mano de él. La lana se sentía caliente.

Estaba confusa. Él era arrogante y frío, y sin embargo la había mirado con tal intensidad. Sintió una sensación punzante en el pecho, un anhelo de deseo peligroso y aterrador que no tenía derecho a sentir.

Cogió la taza de té. La porcelana tintineó contra el plato.

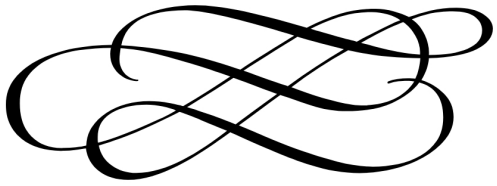
Bebió el té, pero eso no sirvió para calmarla. Sabía, con una certidumbre desoladora, que la seguridad del cuarto de costura era

una ilusión. El peligro no era la señora Brant ni el frío. El peligro era el hombre de los ojos grises y la esperanza imposible y temeraria que él encendía en su sangre.

Grace volvió a coger la casaca. Obligó a la aguja a atravesar el recio tejido. *Abajo y arriba*, se dijo. *Abajo y arriba.*

Pero el ritmo se había roto.

CAPÍTULO 7



Grace estaba arrodillada en el suelo del cuarto de costura con un retal de lana gris extendido sobre las rodillas. El fuego de la chimenea se había consumido hasta quedar reducido a brasas ardientes, que proyectaban una luz tenue y rojiza por toda la habitación. Estaba terminando el dobladillo de la falda de una criada, y su aguja se movía con la precisión mecánica de un reloj.

La puerta se abrió de par en par.

Grace se puso en pie de un salto, y la lana se amontonó alrededor de sus tobillos.

Clara Hartwell entró precipitadamente en la habitación. Tenía el rostro encendido y el cabello ligeramente alborotado. Tras ella caminaba otra joven que estrechaba contra su pecho un fardo de seda color lila como si fuera un animal herido. La mujer estaba llorando, y sus hombros se sacudían con sollozos silenciosos y entrecortados.

—Grace —dijo Clara, sin aliento—. Menos mal que estás aquí.

—Señorita Hartwell —dijo Grace, haciendo una reverencia—. ¿Ocurre algo malo?

Clara se volvió hacia su amiga.

—Enséñaselo, Elizabeth. Se puede arreglar. Sé que se puede.

La mujer, Elizabeth, sorbió por la nariz y posó el bulto sobre la mesa de trabajo. Desplegó la seda. Era un vestido de baile de exquisita factura francesa, pero el corpiño era un desastre. La delicada costura bajo el brazo se había deshilachado, rasgando la tela hasta llegar a la cintura.

—Está arruinado —exclamó Elizabeth—. Tengo que ponérmelo para la cena en casa de Lord Vaughn esta noche. Mi carruaje sale en dos horas. Se me ha enganchado en el pomo de la puerta y... se ha rajado.

Grace dio un paso al frente. Tocó la seda. Era frágil, tejida con tal finura que parecía agua contra su piel. El desgarrón era irregular. La integridad estructural del corpiño había desaparecido.

—Mi doncella dice que no hay esperanza —dijo Elizabeth—. Ha intentado sujetarlo con alfileres, pero la seda simplemente se deshace.

Grace examinó el daño. Su mente cambió de marcha, pasando del tedio rutinario de dobladillar lana al agudo rompecabezas geométrico de la confección. Vio el problema con claridad. La tela había sido cortada demasiado cerca del hilo.

—No se puede volver a coser —sentenció Grace rotundamente.

Elizabeth gimió y se ocultó el rostro entre las manos.

—Sin embargo —continuó Grace, con voz más firme—, se puede modificar.

Clara dio una palmada.

—¡Te lo dije! Grace es una maga.

—Debemos quitar el panel —explicó Grace, moviendo las manos con rapidez. Cogió sus tijeras—. Sustituiremos el panel lateral por

encaje. ¿Tenemos encaje?

—Hay una caja de encaje plateado en el armario —dijo Clara, y fue corriendo a buscarla.

Grace cogió las tijeras. Miró el costoso vestido. Un solo desliz de su mano destruiría una prenda que valía más que toda la tienda de la señora Brant.

No dudó. Cortó la seda.

Elizabeth ahogó un grito.

—Quédate quieta, por favor —ordenó Grace de forma escueta, sin levantar la vista—. Necesito ajustar el encaje sobre el maniquí. No, mejor aún. Póntelo.

Elizabeth pareció escandalizada al recibir órdenes de una costurera, pero la desesperación ganó la partida. Permitió que Grace la ayudara a ponerse el vestido rasgado detrás del biombo.

Durante la hora siguiente, la habitación permaneció en silencio, salvo por el chasquido de las tijeras y el raspar de los alfileres. Grace trabajaba como en trance. Retiró la seda estropeada y prendió el encaje plateado en el hueco, dándole forma para que siguiera la curva de las costillas de Elizabeth. Creó una silueta nueva, una que parecía intencionada y atrevida en lugar de un remiendo.

—Gírate —mandó Grace.

Elizabeth obedeció. Grace dio la última puntada y cortó el hilo con los dientes.

—Listo.

Elizabeth salió de detrás del biombo y se miró en el alto espejo de la esquina. Se le abrieron los ojos de par en par. El encaje plateado

añadía un brillo a la seda lila que captaba la luz de la chimenea. Parecía moderno. Parecía caro.

—Oh —susurró Elizabeth—. Es... es mejor de lo que era.

—El encaje refuerza el corpiño —dijo Grace, limpiándose las manos en el delantal—. No volverá a romperse.

Elizabeth se volvió hacia Grace. Las lágrimas habían desaparecido, sustituidas por una expresión de puro alivio. Abrió su limosnera y sacó tres monedas de plata.

—Gracias —dijo Elizabeth, y presionó el dinero en la mano de Grace.

Grace bajó la mirada. Las monedas pesaban y estaban frías contra su palma. Eran de plata auténtica. Aquello no era un pago para la señora Brant. Era un pago para ella.

—Milady —balbuceó Grace—. No puedo... La señora Brant lleva las cuentas de...

—Tonterías —la interrumpió Clara—. La señora Brant no está aquí. Tú has hecho el trabajo. Tú has salvado la noche. Quédatelo.

Grace cerró los dedos sobre las monedas. Un escalofrío le recorrió el brazo. Aquello era libertad. Aquello equivalía a tres semanas de comida. Aquello era un alijo secreto que algún día podría significar una tienda propia.

—Debemos irnos —dijo Clara, consultando el reloj—. El carruaje estará esperando.

Elizabeth recogió su chal.

—Sois un tesoro. Os lo recomendaré a todo el mundo.

Salieron de la habitación en un torbellino de seda y perfume.

Grace se quedó sola, apretando la plata. Se sentía mareada.

Un movimiento en el umbral le llamó la atención.

Nathaniel Hartwell estaba apoyado en el marco de la puerta.

Grace se tensó. Se escondió la mano tras la espalda, ocultando el dinero. Se esperaba una reprimenda. Esperaba que él le exigiera las monedas para cubrir el coste del encaje.

Nathaniel miró el lugar donde habían estado las mujeres y luego miró a Grace. Su rostro estaba serio; sus ojos grises, oscuros bajo las sombras del pasillo.

Le miró la mano oculta tras la espalda. Luego la miró a la cara.

No habló. Simplemente asintió.

Fue un movimiento lento y deliberado. Un gesto de respeto. Un reconocimiento al trabajo que acababa de presenciar.

Después se apartó del marco y se alejó por el corredor.

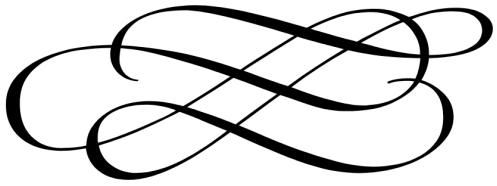
Grace soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo. Miró las monedas de nuevo.

Se sentó en la silla y se desató la bota. Deslizó las piezas de plata dentro de la media, apretándolas contra su tobillo. Volvió a atar los cordones con un nudo doble.

Se puso en pie y caminó hacia la ventana. El reflejo en el cristal mostraba a una muchacha cansada con un vestido gris. Pero bajo el dobladillo, contra su piel, llevaba la primera prueba tangible de que era algo más.

Era Grace Tinsley, y se lo había ganado.

CAPÍTULO 8



Grace se encontraba en la familiar sala delantera de la tienda de la señora Brant, con el fardo de linos terminados bajo el brazo. Tras dos semanas de ausencia, el espacio le parecía más pequeño y lúgubre. El olor a lana húmeda y a velas de sebo le revolvió el estómago.

La señora Brant estaba sentada tras el mostrador, con el rostro congestionado por la furia.

—¿Cree que puede irse así como así? —siseó la señora Brant—. ¿Cree que puede trabajar para ellos y olvidar lo que me debe?

—No lo he olvidado, señora —dijo Grace con voz queda—. La señorita Hartwell le paga directamente a usted por mis servicios. Usted no pierde nada.

—¡Pierdo a mi mejor trabajadora! —La señora Brant se puso en pie, golpeando el suelo con su bastón—. Era mía. Yo hice de usted lo que es.

Avanzó hacia Grace.

—Pequeña ingrata desgraciada. Después de todo lo que he hecho por usted.

La señora Brant alzó el bastón.

Grace se encogió, levantando los brazos para protegerse el rostro; un gesto reflexivo nacido de años transcurridos en aquella estancia.

—Yo no haría eso.

La voz procedía de la entrada.

Ambas mujeres se quedaron paralizadas. Nathaniel Hartwell estaba en el umbral, con la mano aún en el pestillo. Vestía sus ropas de montar, con las botas salpicadas de barro y todo. Debía de haber venido directamente de los establos.

Miró a la señora Brant. Tenía los ojos gélidos.

—La puerta estaba abierta.

La señora Brant bajó el bastón de inmediato. Su expresión cambió, y la rabia se suavizó hasta convertirse en una cortesía servil.

—Señor Hartwell. Qué honor. Solo estaba... disciplinando...

—¿Disciplinando a una mujer que ya no trabaja para usted? —Nathaniel entró en la tienda—. Qué extraordinario.

La tienda pareció aún más pequeña con él dentro. Llenaba el espacio con su estatura y con la ira apenas contenida en su postura.

—Todavía tiene un contrato conmigo —protestó la señora Brant—. Me debe—

—Estoy al tanto del acuerdo —interrumpió Nathaniel. Su voz era cortante, profesional—. Mi hermana paga por el tiempo de la señorita Tinsley. Lo cual significa que, durante esas horas, está bajo nuestro empleo. Y no permitimos que se golpee a nuestros empleados.

Miró significativamente el bastón.

Los nudillos de la señora Brant blanquearon sobre la madera.

—No iba a—

—He visto lo que he visto —Nathaniel se volvió hacia Grace—. Señorita Tinsley, mi hermana me ha enviado a buscarla. Requiere su ayuda para una prueba.

Grace lo comprendió. Era una mentira. Un rescate.

—Por supuesto, señor —dijo Grace.

—Y señora Brant —continuó Nathaniel—, confío en que comprenda que cualquier... percance... que involucre a la señorita Tinsley daría una mala imagen del establecimiento que la provee. Me dolería tener que informar a mi hermana de que la tienda que frecuenta tiene fama de... ¿cómo diría?... dañar las manos de sus costureras.

La amenaza era clara. Si hería a Grace, perdería el negocio de los Hartwell.

El rostro de la señora Brant palideció de rabia impotente.

—Yo nunca—

—Excelente —dijo Nathaniel—. Me alegra mucho que nos hayamos entendido. ¿Señorita Tinsley?

Sostuvo la puerta abierta.

Grace salió, todavía apretando los linos contra el pecho. Nathaniel la siguió, cerrando la puerta con un clic decisivo.

Se quedaron en la calle en silencio. El corazón de Grace martilleaba con tanta fuerza que pensó que él podría oírlo.

—Gracias, señor —susurró.

Nathaniel la miró. Su expresión se suavizó una fracción.

—No volverá a tocarla.

—No tenía por qué—

—Sí —dijo Nathaniel con firmeza—. Tenía que hacerlo.

Señaló con un gesto hacia su caballo, atado al poste.

—Yo iré a pie. Usted vuelva cabalgando. Está temblando.

Grace se miró las manos. Tenía razón.

Quiso discutir, pero el alivio era demasiado abrumador. Él había venido. Había visto la violencia en la que ella vivía y le había puesto fin.

—Venga —dijo Nathaniel, ahora con más suavidad—. Clara necesita de verdad ayuda con un dobladillo. No he mentido en todo.

* * *

* * *

Grace alisó el largo de seda plateada sobre el maniquí de costura; la tela se sentía fresca y fluida bajo las yemas de sus dedos. No se trataba del brocado rígido o el terciopelo pesado que dominaba la moda actual de Londres. Esto era algo vivo que se vertía sobre las curvas del maniquí acolchado como si fuera agua, captando la luz del hogar en ondas de perla y gris.

Clara Hartwell le había dado una única instrucción: «Hágame algo que se sienta como volar».

Grace había tomado esa libertad y se había dejado llevar. Había abandonado las varillas rígidas que enjaulaban las costillas en favor de un corpiño estructurado que confiaba en el corte de la tela para mantener su forma. La falda no era una campana, sino una columna que solo se abría con el movimiento de la pierna. Era peligroso. Era moderno.

La puerta del cuarto de costura se abrió. Clara entró, envuelta en una bata de satén rosa acolchado. Miró el maniquí y se detuvo.

—Oh —susurró Clara.

—Está listo para la prueba —dijo Grace—. Sostenía un alfiletero en la mano izquierda—. Pero debo advertirle, señorita Hartwell, que se sentirá diferente. Lleva menos ballenas.

Clara dejó caer su bata sobre una silla y subió al pequeño pedestal de madera en camisón.

—No me importan las ballenas. Confío en usted.

Grace levantó el vestido del maniquí. La seda crujió, un sonido parecido al de las hojas secas correteando por el pavimento. Ayudó a Clara a ponérselo, abrochando la hilera de diminutos botones de nácar que subían por la columna vertebral.

Grace se movió alrededor del pedestal. Ajustó la caída del escote, trabajando con manos rápidas. El contraste entre ellas era absoluto bajo la luz de la tarde. La piel de Clara era del color de la nata, suave y tersa. Las manos de Grace estaban enrojecidas, con los nudillos hinchados por el frío y la piel alrededor de las uñas de los pulgares lastimada por los pinchazos de la aguja.

Grace prendió el tirante del hombro. Su dedo rozó la clavícula de Clara. Clara no se inmutó, pero Grace retiró la mano bruscamente, consciente de la fricción de su piel áspera contra el satén.

—Es ligero —observó Clara. Levantó los brazos. La seda se movía con ella, en lugar de obligarla a moverse contra el vestido—. Nunca he llevado nada parecido.

—El corte al bies permite que la tela ceda —explicó Grace. Se arrodilló en el suelo para prender el dobladillo—. Se ciñe donde debe y cae donde hace falta.

Grace se puso un alfiler entre los labios. Recogió el exceso de tela a los pies de Clara, plegándolo en una delicada cola. Estaba totalmente concentrada en la línea de la falda, con su mundo reducido a la pulgada de seda plateada entre sus dedos.

La pesada puerta de roble se abrió de par en par.

Grace no levantó la vista de inmediato. Supuso que era la doncella que regresaba con la plancha.

—Necesito el libro mayor azul, Clara. Creo que lo dejé...

La voz era profunda y brusca. Nathaniel Hartwell dejó de hablar.

Grace se quedó helada. Permaneció de rodillas, con el alfiler todavía apretado entre los dientes. Levantó la cabeza lentamente.

Nathaniel estaba en el umbral. Vestía su ropa de montar, con las botas altas salpicadas de barro seco y una chaqueta que hacía que sus hombros parecieran aún más anchos de lo habitual. Se había detenido a mitad de paso, con la mano todavía en el pomo de latón de la puerta.

Miró a su hermana, subida al pedestal con un vestido que brillaba como la luz de la luna.

—Nathaniel —dijo Clara, volviéndose con una sonrisa—. ¿Qué te parece? Grace ha creado una obra maestra.

Los ojos de Nathaniel recorrieron el vestido. Observó las líneas fluidas, la forma en que la seda captaba la luz, la atrevida sencillez del corte.

—Es... impactante —dijo Nathaniel.

Pero su mirada no se quedó en la seda. Bajó hasta el suelo.

Miró a Grace.

Ella estaba arrodillada a los pies de Clara, vestida con su lana gris desgastada y el cabello escapándose de las horquillas en mechones alrededor de su rostro. Lo miró, con el alfiler de plata sellándole los labios como una pequeña espada. Sus manos seguían tocando el dobladillo del vestido.

Nathaniel la miró fijamente. Su expresión era de asombro, y sus ojos grises se oscurecieron. No la miraba como a una sirvienta. La miraba como a la arquitecta de la belleza que tenía ante sí.

El silencio en la habitación se volvió tenso y tirante. El fuego chisporroteó en la chimenea.

Nathaniel dio un paso hacia el interior de la estancia. Caminó hacia el pedestal, pero su línea de visión permaneció fija en la mujer que estaba en el suelo.

—¿Usted ha hecho esto? —preguntó. Su voz era baja.

Grace se quitó el alfiler de la boca.

—Sí, señor.

—No se parece a nada que haya visto en Londres —dijo él.

—Es un riesgo —dijo Grace. Bajó los ojos, incapaz de sostener la intensidad de su mirada. Alisó el dobladillo de nuevo, con las manos

temblándole ligeramente—. Pero la señorita Hartwell deseaba algo único.

—Es hermoso —dijo Nathaniel.

No estaba mirando el vestido.

Grace sintió que el peso de sus palabras se posaba sobre sus hombros. Se concentró en las puntadas del dobladillo, contando los hilos para calmar su respiración. *Uno, dos, tres.*

—¿Vas a ir al baile, Nathaniel? —preguntó Clara, ajena a la corriente que cargaba el aire entre el suelo y la puerta.

Nathaniel parpadeó, rompiendo la conexión. Miró a su hermana.

—Supongo que debo hacerlo. Madre insiste.

Volvió a mirar a Grace una última vez. Ella seguía arrodillada, con la cabeza gacha, una figura de servidumbre creando realeza.

—Les dejaré con su trabajo —dijo con brusquedad.

Se dio la vuelta y salió. La puerta se cerró con un clic.

Grace dejó escapar un suspiro que le estremeció el pecho.

—Le ha gustado —dijo Clara alegremente. Dio una vuelta sobre el pedestal, admirando su reflejo en el espejo—. ¿Ha visto su cara? Estaba totalmente anonadado. Es usted una genio, Grace.

—Gírese, por favor —susurró Grace—. Necesito comprobar la longitud por detrás.

La prueba continuó durante otros veinte minutos. Grace se movía de forma automática, prendiendo y ajustando, pero su mente estaba en otra parte. Veía el barro en las botas de él. Veía el modo en que su

mano había apretado el pomo de la puerta. Oía el timbre áspero de su voz diciendo *hermoso*.

Finalmente, Clara se quitó el vestido.

—Debo vestirme para la cena. Deje el vestido aquí. Enviaré a la doncella a por él.

Clara se vistió y salió de la habitación tarareando una melodía.

Grace se quedó sola.

Recogió el vestido plateado. Pesaba tan poco como el aire en sus brazos. Caminó hacia el maniquí y lo colocó con cuidado, arreglando los pliegues para que no se arrugaran.

Retrocedió y lo contempló.

Era lo más hermoso que jamás había confeccionado. Su lugar estaba en un salón de baile, bajo candelabros de cristal, lucido por una mujer que nunca hubiera conocido ni un día de hambre.

Grace se miró su propio vestido. La lana era áspera y estaba manchada en los puños. Sus botas estaban rozadas. Sus manos estaban rojas y curtidas.

Caminó hacia el pequeño espejo de la esquina. Observó su reflejo. Una chica pálida y cansada le devolvía la mirada.

Una ola de dolor repentina y aplastante la invadió. Empezó en su garganta y fue descendiendo como un ardor. Ella era la creadora de sueños, pero estaba condenada a despertar en el frío. Hilaba el oro, pero vestía la paja.

Se dejó caer en la silla junto a la mesa de trabajo. No sollozó en voz alta. Simplemente se cubrió el rostro con las manos y dejó que las

lágrimas fluyeran. Eran calientes y silenciosas, surcando el polvo de sus mejillas. Sus hombros se sacudían por la fuerza de su llanto.

Lloró por el vestido que nunca llevaría. Lloró por la tienda que quizás nunca tendría. Y lloró por el hombre de los ojos grises que la había mirado como si fuera real, para luego marcharse porque ella no lo era lo suficiente.

* * *

* * *

Grace se encontraba en la penumbra de un nicho de la galería de los músicos. La pesada cortina de terciopelo la ocultaba parcialmente, convirtiéndola en un elemento más del mobiliario de la mansión de los Hartwell. Agarraba la fría barandilla de hierro con ambas manos, con los nudillos blancos contra el metal oscuro.

Bajo ella, el salón de baile era un mar de colores en movimiento. Cientos de velas de cera de abeja ardían en las arañas de cristal, enviando cascadas de luz sobre los bailarines. El calor subía hasta el techo, arrastrando consigo el sonido de la orquesta y el sordo rumor de la conversación.

Grace miró hacia abajo, a las mujeres. Eran aves del paraíso, envueltas en rígidos brocados, terciopelos pesados y sedas reforzadas con ballenas de ballena. Se movían con los pasos cortos y deslizantes que dictaban sus pesadas faldas. Las joyas destellaban en cuellos y muñecas; diamantes y zafiros competían con la luz de las velas.

Ella no estaba allí para bailar. Estaba allí porque Clara temía que se descosiera un dobladillo o saltara un botón. Grace llevaba su delantal

de costura sobre el vestido de lana gris, con los bolsillos llenos de agujas e hilos, lista para reparar el lujo que ella nunca podría poseer.

La orquesta comenzó un nuevo vals. La multitud se apartó cerca de la entrada principal.

Clara Hartwell entró en la sala.

Grace se inclinó hacia delante, apretando el pecho contra la barandilla.

Clara llevaba el vestido plateado. En medio del mar de corpiños rígidos y estructurados y faldas acampanadas, parecía un rayo de luna sobre agua oscura. La seda cortada al bies se ceñía a su figura, moviéndose con una gracia fluida que hacía que los demás vestidos parecieran armaduras. No se deslizaba; fluía.

La reacción fue inmediata. Las cabezas se volvieron. Los abanicos se cerraron de golpe. El murmullo que subía hasta la galería cambió de tono, pasando de los cotilleos educados al asombro genuino.

Grace observó cómo un grupo de damas con idénticos vestidos de satén rosa interrumpía su conversación para mirar. Una duquesa alzó sus impertinentes.

Clara se dirigió al borde de la pista de baile. Inmediatamente, se vio rodeada. Tres mujeres alargaron la mano para tocar la tela de su manga. Grace vio a Clara reír, un sonido brillante y seguro que se elevaba por encima de la música. Señaló la falda, girando ligeramente para mostrar la caída.

Un sentimiento de orgullo brotó en el pecho de Grace. Era una sensación feroz y ardiente. Ella había hecho eso. Sus manos, rojas y ásperas, habían dado forma a esa seda. Su mente había concebido esa línea. Ella era la arquitecta invisible del mayor triunfo de la noche.

Entonces la multitud volvió a desplazarse.

Apareció Nathaniel Hartwell.

Vestía de rigurosa etiqueta, de negro severo y blanco inmaculado. Parecía más alto que los demás hombres, con sus anchos hombros dibujando una silueta nítida contra las paredes doradas. Caminó hacia su hermana, pero fue interceptado.

Una joven se cruzó en su camino. Era una debutante, vestida con un impecable encaje blanco, con tirabuzones rubios rebotando contra su cuello. Era la imagen de la perfección convencional.

Nathaniel hizo una reverencia. Le tendió la mano.

La debutante la tomó. Le sonrió, batiendo las pestañas.

Grace los vio dirigirse a la pista. Nathaniel puso la mano en la cintura de la mujer. La condujo a la formación del vals.

La música creció. Empezaron a girar.

Nathaniel se movía con una gracia sorprendente para un hombre de su tamaño. Miraba a su pareja, escuchando algo que ella decía. Sonrió. Era una sonrisa educada, ensayada, pero estaba dirigida a la chica del encaje blanco.

Grace sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

La distancia entre el balcón y la pista de baile era de apenas seis metros, pero parecía un océano. Era un abismo infranqueable de clase, riqueza y cuna.

Miró el vestido plateado que había confeccionado, brillando bajo la luz. Su lugar estaba allí. Pertenecía al centro de la sala, admirado y envidiado.

Luego se miró sus propias manos, aferradas a la barandilla. Estaban manchadas de tinta y pinchadas por el acero.

Comprendió la verdad con una claridad brutal. Su obra pertenecía a la luz. Ella pertenecía a la oscuridad.

Vio a Nathaniel hacer girar a la debutante. La chica echó la cabeza hacia atrás, riendo por algo que él había dicho. Él apretó el agarre en su cintura para guiarla en un giro.

La visión golpeó a Grace con la fuerza de un golpe físico en el estómago. Se encorvó ligeramente, jadeando por aire. El orgullo que había sentido hacía unos momentos se convirtió en cenizas.

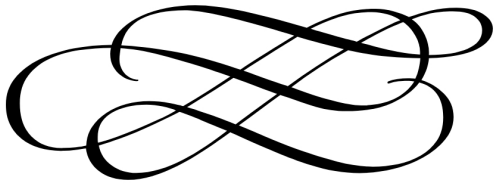
Ella no era nada para él. Era una curiosidad. Un par de manos útiles. Un caso de caridad. Él bailaba con mujeres que tenían dotes y títulos. Bailaba con mujeres que pertenecían a la luz.

Grace se apartó de la barandilla. La música sonaba discordante ahora, un chirrido burlón de cuerdas. Las risas de la pista sonaban como cristales rotos.

Dio la espalda a la resplandeciente escena. Apoyó la espalda contra el rudo yeso de la pared y se deslizó por ella hasta llegar al suelo. Rodeó sus rodillas con los brazos, hundiendo el rostro en el delantal para ahogar el sonido de su respiración.

Se quedó sentada entre el polvo y las sombras, escuchando el vals, y deseó que el suelo se abriera y la tragara por completo.

CAPÍTULO 9



Grace abrió de un empujón la puerta de la tienda y se detuvo en el umbral. La campana sonó, pero el tintineo se perdió en la cacofonía de voces que llenaba la sala de entrada, habitualmente tranquila.

La tienda estaba a rebosar. Tres grupos distintos de mujeres aguardaban entre las piezas de tela, con sus amplias faldas ocupando toda la superficie del suelo. Un lacayo esperaba junto a la puerta sosteniendo una pila de sombrereras. A través del escaparate, Grace vio dos carruajes parados sobre los adoquines, con sus blasones pintados en oro sobre las portezuelas.

Grace recorrió la sala con la mirada. La señora Brant estaba cerca de la mesa de corte, con el rostro encendido de un rojo intenso y moteado. Sonreía, pero sus ojos estaban frenéticos, saltando de una clienta a otra como un animal acorralado.

—Damas, por favor —decía la señora Brant con voz aguda—. Les aseguro que todos los trabajos que se realizan aquí se hacen bajo mi estricta supervisión. Los diseños son míos. Las muchachas simplemente sostienen las agujas.

Una mujer alta, vestida de seda esmeralda, se giró bruscamente. Sostenía unos impertinentes y miró a la señora Brant por encima del hombro.

—Eso no es lo que dijo Clara Hartwell —afirmó la mujer, con una voz cortante que se escuchó sin esfuerzo en toda la estancia—. Fue muy específica. Dijo que el vestido plateado fue creado por una chica llamada Grace. Dijo que el diseño era totalmente original.

—La señorita Hartwell es joven —dijo la señora Brant, riendo nerviosamente—. A menudo confunde la... división del trabajo.

—No me interesa el trabajo —la interrumpió la mujer—. Me interesa el vestido. ¿Dónde está la chica?

Grace dio un paso adelante. Una tabla del suelo crujió bajo su bota.

Todas las cabezas de la sala se giraron.

—Ahí está —susurró una mujer más joven, señalándola con un dedo enguantado.

La mujer alta bajó sus impertinentes. Miró a Grace de arriba abajo, fijándose en el vestido de lana gris, el delantal y el chal desgastado. Su mirada no era de desprecio. Parecía hambrienta.

—¿Tú eres Grace? —preguntó la mujer.

—Sí, milady —respondió Grace. Hizo una reverencia.

—Soy la condesa de Harrogate —anunció la mujer—. Necesito un vestido para el baile de Año Nuevo. Algo parecido al plateado, pero en oro. Y deseo discutir el escote directamente contigo.

La señora Brant se interpuso frente a Grace. Bloqueó la visión de la condesa con su ancha espalda.

—Milady, estaré encantada de discutir el diseño —insistió la señora Brant—. Tengo años de experiencia. Grace no es más que una aprendiz. No comprende las complejidades de entallar una figura como la suya.

La condesa se hizo a un lado, ignorando por completo a la señora Brant. Miró a Grace.

—Da un paso al frente, muchacha —ordenó la condesa.

Grace miró a la señora Brant. Su ama estaba rígida, con las manos apretadas en puños a los costados. Las venas de su cuello se hinchaban contra el cuello del vestido. Obedecer a la condesa era desafiar a la señora Brant. Rechazar a la condesa era destruir la reputación de la tienda.

Grace dio un paso al frente.

—Estoy a su servicio, milady —dijo Grace.

—Bien —dijo la condesa—. Tómame las medidas. Ahora.

La señora Brant se quedó helada. Vio cómo su poder se evaporaba frente a un título superior. Se vio obligada a retroceder, a retirarse a las sombras de su propia tienda, mientras su aprendiz ocupaba el centro de la escena.

Grace sacó la cinta métrica del bolsillo. Sus manos temblaban ligeramente, pero las controló. Se arrodilló a los pies de la condesa. Midió el dobladillo. Se levantó y midió la cintura, el busto, los hombros.

Sentía los ojos de la señora Brant sobre ella. La mirada era pesada y física, quemándole la espalda.

—Quiero la cintura más baja —instruyó la condesa—. Y las mangas más ajustadas.

—Si bajamos la cintura —dijo Grace, ganando confianza en su voz—, debemos cambiar la falda para equilibrar la línea. De lo contrario, acortará la figura.

La condesa la miró fijamente y después asintió.
—Tienes buen ojo. Hazlo.

Las otras mujeres de la sala se abalanzaron hacia delante.

—Necesito un vestido de paseo —dijo una.

—Yo necesito una capa de terciopelo —dijo otra—. Pero solo si la corta usted.

Durante la hora siguiente, Grace fue el centro de un torbellino. Tomó medidas, discutió sobre telas y aceptó encargos que mantendrían la tienda en funcionamiento durante seis meses. La señora Brant quedó relegada al papel de una dependienta, cortando silenciosamente largos de tela y registrando nombres en el libro de contabilidad.

Finalmente, el último carruaje se alejó. La campana sonó una última vez, marcando el regreso del silencio.

Grace estaba de pie junto al mostrador. Empezó a enrollar su cinta métrica. Tenía los dedos entumecidos.

La señora Brant caminó hacia la puerta. Giró la cerradura con un fuerte chasquido metálico. Le dio la vuelta al cartel para que pusiera *Cerrado*.

Se dio la vuelta.

La máscara de la tendera cayó. Su rostro estaba retorcido en una mueca de puro odio.

—Eres una víbora —susurró la señora Brant.

Grace dio un paso atrás. —Solo he hecho lo que ellas pedían, señora —respondió Grace.

—Habías planeado esto —la acusó la señora Brant. Avanzó hacia Grace, balanceando el bastón con soltura en la mano—. Tú y esa chica Hartwell. Habéis conspirado para humillarme en mi propia tienda.

—No he hecho tal cosa —dijo Grace—. A la señorita Hartwell le gustó el vestido. Eso es todo.

—¡Han preguntado por *ti*! —gritó la señora Brant. Golpeó la mesa de corte con el bastón. El sonido resonó como un disparo—. ¡Me han ignorado! Te saqué del arroyo. Te di de comer. Te vestí. ¿Y así es como me lo pagas? Robándome las clientas. Robándome mi nombre.

—El dinero es para usted —señaló Grace—. Los encargos están en su libro.

—¡No me hables de dinero! —exclamó la señora Brant. Le salía saliva de los labios—. Se trata de respeto. Me has hecho parecer una tonta. Me has hecho parecer innecesaria.

Agarró a Grace por el hombro. Sus dedos se clavaron en el músculo con fuerza y de forma dolorosa. La sacudió violentamente.

—Te crees muy lista —siseó la señora Brant, con el rostro a escasos centímetros del de Grace—. Crees que, porque unas cuantas damas te hayan sonreído, estás a salvo. Pero olvidas algo, Grace. No eres nadie. No tienes familia. No tienes protección.

Grace miró fijamente a los ojos de la mujer. Vio locura en ellos. Vio unos celos tan profundos que se habían convertido en un deseo de destrucción.

—Te arruinaré —juró la señora Brant. Su voz bajó a un registro aterrorizadoramente tranquilo—. Haré que desees no haber tocado nunca una aguja. Cogeré esa pequeña reputación que te has labrado y la haré arder hasta que no queden más que cenizas.

Empujó a Grace hacia atrás. Grace tropezó y se sostuvo contra el estante de las cintas.

—Quítate de mi vista —ordenó la señora Brant—. Vete al desván. Si veo tu cara antes de la mañana, te daré una zurra hasta que no puedas ni ponerte en pie.

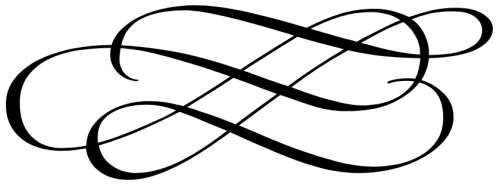
Grace huyó. Subió las escaleras a toda prisa, con la respiración entrecortada por el pánico. Abrió la puerta del desván y se desplomó sobre su camastro.

El corazón le martilleaba contra las costillas. Se llevó las rodillas al pecho y se rodeó con los brazos.

Había ganado las clientas, pero había perdido su seguridad. El equilibrio de poder había cambiado y la señora Brant no perdonaría el robo. Grace supo, con una gélida certeza, que las amenazas no eran en vano.

El tiempo de espera había terminado. Tenía que marcharse. Pero mientras escuchaba a la señora Brant caminar de un lado a otro en el piso de abajo, temió que ya fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 10



Grace estaba sentada junto a la ventana de la sala de costura. La luz de la tarde se desvanecía, transformando el cielo gris exterior en un tono púrpura amoratado que se cernía contra el cristal. Sostenía entre las manos una tira de encaje de color marfil, comprobando si el patrón presentaba alguna rotura en el hilo. La casa se encontraba suspendida en ese intervalo de calma chicha entre la frenética limpieza de la mañana y los preparativos para la cena.

El silencio se sentía pesado. Era esa clase de silencio que magnifica los ruidos pequeños. El tictac del reloj de la chimenea recordaba al golpe de un martillo contra un yunque; el chasquido de un leño al acomodarse en la rejilla parecía un disparo de pistola.

Grace bajó el encaje. Tenía los ojos cansados. Se frotó el puente de la nariz, intentando contener el dolor de cabeza que amenazaba con aparecer desde el mediodía.

Un estruendo ensordecedor hizo añicos la paz.

El sonido procedía del patio inferior. Fue un ruido violento, desgarrador, seguido inmediatamente por el crujido de la madera al astillarse contra la piedra y el golpe sordo y pesado del hierro al chocar con el pavimento.

Grace soltó el encaje, se puso de pie y se acercó a la ventana.

La escena de abajo era caótica. Un carro de reparto había intentado girar con demasiada brusquedad cerca de la entrada del lavadero. La rueda trasera izquierda se había quebrado y los radios habían cedido bajo el peso. La caja del carro se había inclinado violentamente, vertiendo su carga de barriles de vino sobre los adoquines.

El vino tinto se encharcaba sobre las piedras, denso y oscuro bajo la luz mortecina. El conductor gritaba y agitaba los brazos ante los caballos asustados que se encabritaban en sus arreos. Los mozos de cuadra ya acudían corriendo desde las caballerizas, con las botas chapoteando contra el suelo mojado.

Grace observaba la actividad. Ciertamente era un desastre, pero un desastre mundano. Una rueda rota; un cargamento echado a perder.

Entonces lo vio a él.

Nathaniel estaba de pie cerca del muro del jardín, separado del caos del carro por una hilera de rosales inactivos.

No estaba gritando órdenes. No corría para calmar a los caballos.

Se hallaba pegado a la pared de ladrillo. Tenía la espalda rígida, la columna aplastada contra la superficie rugosa como si intentara fundirse con la piedra. Miraba en dirección opuesta a la casa, pero Grace podía ver claramente su perfil desde su posición elevada.

Tenía las manos alzadas. No descansaban a sus costados, sino que arañaban el aire cerca de su pecho, forcejeando en busca de un arma que no estaba allí.

Grace se arrimó más al cristal.

Nathaniel estaba temblando. No era un escalofrío de frío; eran unos temblores violentos y rítmicos que se apoderaban de todo su cuerpo. Su pecho jadeaba, y el aliento escapaba de él en visibles nubes blancas que se desvanecían al instante en el aire gélido.

No miraba el carro destrozado. Tenía la vista clavada en el espacio que quedaba entre los barriles y el muro. Mantenía los ojos muy abiertos, fijos en un punto a media distancia.

Grace reconoció aquella mirada. La había visto antes en los callejones de Spitalfields. La había visto en los rostros de los hombres sentados en los escalones de las tabernas de ginebra, hombres que aún vestían los restos andrajosos de sus casacas rojas. Eran los hombres que habían regresado de Crimea con los miembros intactos, pero con la mente desgarrada.

Lo llamaban «la mirada de las mil yardas». Era la mirada de un hombre que veía fantasmas.

El conductor del carro volvió a gritar, lanzando una maldición dirigida al eje.

Nathaniel se estremeció. El movimiento fue brusco y crispado. Se apretó con más fuerza contra el muro, cerrando los puños.

Grace se apartó de la ventana.

Miró hacia la puerta de la sala de costura. La casa empezaba a agitarse. Oyó pasos en el pasillo, el parloteo excitado de una criada que corría a ver el accidente.

Si el servicio lo veía así, con el señor de la casa encogido contra un muro, las habladurías no cesarían jamás. Aquello le arrebataría su autoridad. Sería su vergüenza.

Grace no se detuvo a pensar. Actuó.

Abrió la puerta y se escabulló por el pasillo. Ignoró a la criada que pasó a su lado. Bajó por la escalera de servicio, rozando la barandilla con la mano. Se movía con la invisibilidad silenciosa y experta de una mujer que ha pasado la vida evitando llamar la atención.

Llegó a la puerta del jardín, la abrió y salió al encuentro del viento cortante.

El aire frío la golpeó en el rostro. Se rodeó la cintura con los brazos, pero no se detuvo.

El ruido en el patio era más fuerte allí. Los caballos seguían pateando, y sus herraduras de hierro sacaban chispas contra la piedra. El jefe de cuadra discutía con el conductor.

Grace caminó por el borde del sendero, manteniendo el seto entre ella y los hombres. Se dirigió hacia el muro del jardín.

Nathaniel estaba exactamente donde lo había visto.

Se encontraba aislado en la sombra de la casa. El sol poniente no llegaba a aquel rincón. Se le veía gris, despojado de todo color. Los temblores no habían cesado; se habían extendido a sus piernas, haciendo que sus rodillas chocaran entre sí con un sonido suave y terrible.

Grace se detuvo a un metro de distancia.

No corrió hacia él. No alargó la mano para tocarlo. Sobresaltar a un hombre en ese estado era peligroso. Tocarlo era invitar a la violencia.

—Señor —dijo.

Su voz era baja. Estaba tranquila. Era la voz que empleaba cuando una clienta se ponía histérica durante una prueba, o cuando Lucy se despertaba gritando por una pesadilla.

Nathaniel no la oyó. Sus ojos permanecieron fijos en el horror invisible. Sus labios se movían, articulando palabras mudas. *Fuego. Al suelo. Al suelo.*

Grace dio un paso más. Colocó las manos frente a su delantal, entrelazando los dedos para mostrarle las palmas vacías.

—Señor Hartwell —dijo. Le dio un cariz tajante al apellido, una orden destinada a rasgar la niebla.

Nathaniel soltó un jadeo. Giró la cabeza hacia ella bruscamente.

Tenía los ojos enloquecidos. Las pupilas se habían dilatado tanto que devoraban el iris, dejando solo dos agujeros negros donde debería haber estado el gris. La miró, pero no vio a Grace Tinsley. Vio una amenaza. Vio a un enemigo.

Arremetió.

Fue un movimiento pequeño, una transferencia de peso hacia las puntas de los pies, alzando las manos para golpear.

Grace no se achantó. No retrocedió. Se mantuvo firme, anclándose a la tierra helada.

—Es un carro —dijo con claridad.

Señaló hacia el patio.

—Un carro de reparto —continuó, con voz firme y monótona—. La rueda trasera se ha roto. La llanta de hierro se ha quebrado. Ese es el ruido que has oído.

Nathaniel la miró fijamente. Su pecho subía y bajaba con agitación. Miró el dedo de ella y luego siguió la dirección en la que apuntaba.

Vio el carro. Vio el vino derramado. Vio al conductor rascándose la cabeza.

—Es vino —dijo—. Vino tinto de Francia. No es sangre.

Nathaniel parpadeó. Fue un movimiento lento y penoso, como si sus párpados estuvieran oxidados.

Volvió a mirar hacia la pared. Miró sus propias manos, aún alzadas en posición defensiva.

La tensión se quebró.

Lo abandonó de golpe. Los hombros se le hundieron. La rigidez abandonó su columna, dejándolo desfallecido contra los ladrillos. Bajó las manos y se las miró, observando los temblores que aún sacudían sus dedos.

Miró a Grace.

La oscuridad de sus pupilas retrocedió, revelando el gris. El reconocimiento lo inundó todo, seguido al instante por una vergüenza abrumadora y devastadora.

Apartó el rostro. Apoyó la frente contra el ladrillo rugoso.

—Vete —dijo con voz ronca. Su voz era una ruina.

—No lo haré —respondió ella.

—Grace —advirtió él—. Déjame.

—El jefe de cuadra está ocupado —dijo Grace, ignorando su orden —. El conductor discute por el coste del barril. Nadie mira hacia aquí.

Cambió de posición, bloqueando la línea de visión desde la ventana del lavadero. Se convirtió en un escudo.

Nathaniel tomó aire. Le castañeteó en el pecho. Luchó por recuperar el control, obligando a su respiración a calmarse, obligando a sus manos a quedarse quietas. Fue una batalla de voluntad brutal, librada en silencio contra sus propios nervios.

Grace esperó. Observó cómo el viento agitaba el dobladillo del abrigo de él. Vio una hoja muerta revolotear por el sendero.

Finalmente, Nathaniel se separó de la pared. Se volvió hacia ella.

Tenía el rostro pálido y las líneas alrededor de su boca estaban profundamente marcadas. Parecía diez años mayor de lo que aparentaba esa mañana. Se ajustó los puños, un gesto mecánico de normalidad que resultaba desgarrador por su inutilidad.

—Lo has visto —dijo. No era una pregunta.

—He visto a un hombre sobresaltado por un ruido —dijo Grace.

—No me mientas —espetó él. La rabia era defensiva, un muro que levantaba para ocultar su humillación—. Has visto a un cobarde encogido de miedo en el jardín.

—No he visto a un cobarde —dijo—. He visto a un soldado.

Nathaniel la miró con agudeza. —¿Qué sabes tú de soldados?

—Mi padre era fusilero —dijo ella.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire frío.

Nathaniel se quedó inmóvil. —¿Un fusilero?

—Sirvió en las guerras sij —dijo Grace—. Volvió a casa cuando yo tenía seis años.

Miró hacia abajo, a sus manos. El recuerdo era viejo, desgastado por el tiempo, pero aún conservaba su peso.

—Era un buen hombre —dijo Grace—. Trabajaba duro. Amaba a mi madre. Pero no podía sentarse de espaldas a una puerta.

Nathaniel la observaba. Ahora escuchaba, con su propia vergüenza olvidada ante el relato de ella.

—Cuando había tormenta —continuó Grace—, se escondía bajo la mesa. Se tapaba los oídos. Decía que oía los cañones en los truenos. Decía que el cielo se estaba desplomando.

Ella levantó la vista. Se encontró con la mirada de Nathaniel.

—Yo solía sentarme con él —dijo—. Le cogía la mano hasta que paraba de llover. Aprendí que el ruido en su cabeza era más fuerte que el ruido del mundo.

Nathaniel la contempló fijamente. El viento le revolvió el pelo.

—¿Nunca se recuperó? —preguntó Nathaniel en voz baja.

—No —admitió Grace—. Lo llevó consigo hasta que murió. Formaba parte de él. Como sus manos. Como sus ojos.

Ella dio un paso más. La distancia entre ellos ya no era solo un espacio físico; era un puente construido sobre un entendimiento mutuo.

—El carro ha hecho un ruido fuerte, señor —dijo Grace—. Ha resonado contra la piedra. Ha sonado como un disparo.

Nathaniel cerró los ojos un segundo. —Ha sonado como un mortero.

—Entonces hiciste bien en agacharte —dijo Grace.

Nathaniel abrió los ojos. La miró. La miró de verdad.

Durante semanas, la había mirado con curiosidad. La había mirado con admiración por su destreza. La había mirado con una atracción creciente que intentaba reprimir.

Pero este vistazo era diferente.

Era crudo. Habían desaparecido las capas de amo y sirvienta, de comerciante y costurera. La miraba como un hombre que se estaba ahogando, y ella fuera la única que supiera nadar.

—No has pedido ayuda —dijo él.

—No necesitabas ayuda —dijo Grace—. Necesitabas un momento.

—Si me hubieran visto... —Su voz se apagó mientras miraba hacia la entrada de servicio.

—No han visto nada —le aseguró—. Han visto una rueda rota.

Nathaniel soltó un largo suspiro. La nube blanca flotó entre ambos.

—Te estás congelando —observó él.

Se había dado cuenta. Incluso en medio de su propio desmoronamiento, había notado la incomodidad de ella.

—Estoy bien, señor —dijo Grace.

—No llevas chal —dijo él. Alargó la mano y le tocó el brazo; sus dedos rozaron la lana de la manga. Su mano aún temblaba ligeramente—. Tienes frío por mi culpa.

—Tengo frío porque es invierno —corrigió ella—. Entre en casa, señor. Beba un brandy. Siéntese junto al fuego.

—¿Y tú?

—Tengo un encaje que zurcir —dijo Grace—. Con el estruendo se me ha caído la aguja.

Nathaniel observó su propia mano sobre el brazo de ella. No la retiró de inmediato.

—Grace —dijo él.

—¿Dime, señor?

—Gracias.

No era la gratitud educada de un caballero agradeciendo a una sirvienta por una tarea. Era algo profundo, cargado de significado.

—No hay de qué —dijo Grace.

Hizo una breve reverencia. Era la única defensa que le quedaba ante la intensidad de aquella mirada.

Se dio la vuelta y caminó de vuelta hacia la casa. Oyó los pasos de él tras ella, el crujido de sus botas sobre la grava. No se adelantó; caminó unos pasos por detrás, acompasando su zancada a la de ella, escoltándola de regreso al calor.

Llegaron a la puerta. Grace la abrió y entró en el pasillo. Se giró para cerrarla.

Nathaniel se quedó en el umbral. La miró una última vez antes de que la puerta se cerrara. El rastro de locura se había esfumado de sus ojos, sustituido por una claridad oscura y ardiente. La estaba viendo. No como un problema que resolver, ni como un par de manos a su servicio.

La veía como a una igual en el territorio del dolor.

La puerta se cerró con un clic.

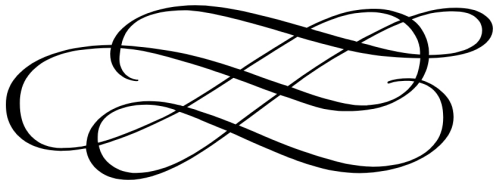
Grace se apoyó contra la madera. Su corazón martilleaba contra sus costillas, un ritmo frenético que nada tenía que ver con el frío. Se apretó las manos heladas contra las mejillas ardientes.

Regresó a la sala de costura y recogió el encaje.

Se sentó junto a la ventana y miró hacia el patio. Estaban reparando el carro. Estaban limpiando el vino.

Pero la sombra del soldado permanecía en el jardín, y Grace supo, con una certeza aterradora, que acababa de adentrarse en ella junto a él.

CAPÍTULO 11



El silencio en la tienda era denso. Presionaba contra los tímpanos de Grace, un peso físico que resultaba mucho peor que la cacofonía habitual de la ira de la señora Brant. Durante tres días, la patrona no había alzado la voz. No había lanzado ningún alfiletero. No había golpeado la mesa con su bastón.

Simplemente se limitaba a sentarse tras el alto mostrador de caoba, pasando las páginas de su libro de contabilidad.

Grace permanecía ante la mesa de corte, alisando una pieza de lana de color gris paloma con las manos moviéndose con precisión mecánica. Cogió la tiza y marcó la línea para el corpiño para después coger las tijeras. Las cuchillas de acero rebanaron la tela con un sonido rítmico y áspero que resonaba en la estancia en calma.

Ras. Ras. Ras.

Grace sentía unos ojos clavados en su espalda. No se volvió. Sabía que la señora Brant la observaba. Podía sentir la mirada, una presión fría y fija entre los omóplatos.

Terminó el corte y dejó las tijeras sobre la madera, girándose después para recoger un paquete de alfileres.

La señora Brant la miraba fijamente.

La patrona permanecía totalmente inmóvil. Tenía las manos entrelazadas sobre el libro abierto. Su rostro, habitualmente moteado por el rubor rojo del esfuerzo o el enfado, estaba pálido y sereno. Sus labios se curvaban en una pequeña y tensa sonrisa.

No era una sonrisa de placer. Era la expresión de un depredador que ya ha asegurado su presa y simplemente espera a que aparezca el hambre.

Grace se estremeció. Un escalofrío que nada tenía que ver con las corrientes de aire de la habitación le recorrió la columna vertebral.

—¿Es satisfactoria la lana, Grace? —preguntó la señora Brant. Su voz era baja, suave, y aterrorizaba a Grace más que un grito.

—La trama es cerrada, señora —respondió Grace—. Tendrá una buena caída.

—Bien —dijo la señora Brant—. Debemos mantener los estándares. Incluso cuando... se avecinan cambios.

Grace no preguntó qué cambios. Se volvió hacia la mesa y cogió los alfileres. Tenía los dedos torpes. Se le cayó uno, que golpeó el suelo con un tintineo metálico apenas perceptible.

Se agachó para recogerlo.

La puerta de la escalera trasera chirrió al abrirse. Sarah entró sigilosamente en la habitación. Llevaba una cesta de mimbre llena de retales de tela, los desechos del trabajo de la semana.

Sarah parecía aterrorizada. Tenía los hombros encogidos hasta las orejas. Sus ojos se dirigieron al mostrador, comprobando la posición de la patrona, antes de escabullirse hacia la mesa de corte.

—Vacía el cajón, Sarah —ordenó la señora Brant. No levantó la vista del libro.

—Sí, señora —chilló Sarah.

Sarah llegó a la mesa y se arrodilló, ostensiblemente para recoger un retal caído cerca del pie de Grace.

—Grace —susurró Sarah. El sonido apenas fue una perturbación en el aire.

Grace se quedó quieta. Mantuvo los ojos fijos en la lana—. ¿Qué pasa?

Sarah hurgó en la cesta, creando un ruido de crujidos para cubrir su voz—. Ha estado escribiendo cartas.

—La señora Brant escribe cartas todos los días —murmuró Grace, clavando un alfiler en la tela.

—No como estas —susurró Sarah. Levantó la vista, con los ojos muy abiertos y enrojecidos—. Envió al chico a Bloomsbury. Dos veces. A nombre de un tal señor Sterling.

Grace hizo una pausa. El nombre no le decía nada, pero la ubicación sí. Bloomsbury era una zona adinerada, pero no era el centro de la moda. Era un lugar de casas señoriales y vidas privadas.

—Sonreía mientras derretía el lacre —continuó Sarah con voz temblorosa—. Parecía... triunfante. Como se pone cuando encuentra un error en las cuentas.

—¡Sarah!

La voz de la señora Brant cortó el aire. No fue fuerte, pero sí afilada.

—Deja de holgazanear —ordenó la señora Brant—. Los retales no van a ir solos al cajón.

Sarah se sobresaltó violentamente. Agarró el retal del suelo y se puso en pie, estrechando la cesta contra su pecho. Lanzó una última

mirada desesperada a Grace antes de apresurarse hacia la puerta trasera.

Grace se quedó sola de nuevo.

Miró la lana gris. El patrón se emborronó ante sus ojos.

Bloomsbury. Cartas. Una sonrisa.

Un nudo frío de pavor se formó en su estómago. La señora Brant no era una mujer que perdonara una humillación. Grace había usurpado su autoridad con la condesa. Grace había robado la atención de la clientela. La señora Brant había jurado destruirla y ahora estaba escribiendo cartas a un hombre en Bloomsbury.

Grace se dio cuenta, con una claridad repentina y nauseabunda, de que el silencio de los últimos tres días no era paz. Era el dar cuerda a un mecanismo. Era la tensión de un muelle que se enrolla más y más, acumulando energía para una liberación violenta.

El reloj de pie del rincón dio las horas. Las cinco en punto. La jornada laboral había terminado.

Grace exhaló y empezó a recoger sus herramientas. Guardó las tijeras en su funda de cuero y recogió los alfileres. Quería salir de aquella habitación. Quería estar en el desván o, mejor aún, caminando por las calles donde el aire se movía.

—¿A dónde va? —preguntó la señora Brant.

Grace se quedó paralizada y se dio la vuelta—. Son las cinco, señora. Ya no hay luz.

—Hay luz suficiente —afirmó la señora Brant. Mojó su pluma en el tintero—. Y usted no ha terminado.

—He cortado el corpiño y las mangas —dijo Grace—. No puedo coser sin una luz mejor.

—No estoy hablando de la lana —dijo la señora Brant. Garabateó una marca en el libro—. Hay un inventario especial esta noche. Los envíos de seda del mes pasado no cuadran. Los volverá a contar.

—Las sedas están en el sótano —dijo Grace—. Llevará horas.

—Entonces será mejor que empiece —dijo la señora Brant.

—Pero las demás... —argumentó Grace, señalando hacia la escalera vacía por donde las otras chicas ya habían subido—. Sarah y Jane pueden ayudar.

—No —dijo la señora Brant. Levantó la vista. Sus ojos eran inexpresivos y duros—. Esto requiere precisión. Es la única en la que confío con los números, Grace. Es tan... capaz.

El cumplido era una burla.

—Lo haré por la mañana —dijo Grace. Dio un paso hacia la escalera.

La señora Brant se puso en pie y cogió su bastón. Rodeó el mostrador, moviéndose con una lentitud pesada y deliberada, y bloqueó el camino a las escaleras.

—Lo hará ahora —dijo la señora Brant.

Levantó el bastón y señaló con la punta de latón el pecho de Grace.

—Come de mi pan —dijo la señora Brant en voz baja—. Duerme bajo mi techo. Me debe veinte libras por su contrato de aprendizaje. ¿A menos que tenga el dinero en el bolsillo para pagarme ahora mismo?

Grace se aferró al delantal. No tenía nada. Sus salarios eran ficticios, números en un libro que nunca se le permitía tocar. Las monedas del

arreglo del vestido estaban escondidas en su media, pero no eran suficientes para comprar su libertad.

—No lo tengo —susurró Grace.

—Entonces trabaje —dijo la señora Brant—. Trabaje hasta que yo diga que ha terminado. O váyase.

Se hizo a un lado y señaló la puerta principal.

—Puede cruzar esa puerta ahora mismo —ofreció la señora Brant—. Al frío. Sin abrigo. Sin dinero. Sin referencias. Puede dormir en la cuneta esta noche.

Grace miró hacia la puerta principal. El cristal estaba oscuro. En la calle hacía un frío glacial. Pensó en el viento mordiendo a través de su fino vestido. Pensó en las historias de chicas que morían de hambre en la acera.

Miró a la señora Brant. La mujer sonreía de nuevo. Sabía que había ganado. Ella tenía las llaves de la jaula y sabía que Grace estaba demasiado asustada para volar.

—¿Y bien? —preguntó la señora Brant—. ¿El inventario o la calle?

Grace bajó la cabeza. La combatividad se le fue del cuerpo, reemplazada por una resignación pesada y plúmbea. No podría sobrevivir a la noche a la intemperie. Tenía que quedarse. Tenía que obedecer.

—El inventario —dijo Grace.

—Excelente —dijo la señora Brant. Metió la mano en su bolsillo y sacó una llave—. El sótano está abierto. Tengo una entrega que organizar. Volveré en breve.

—¿Va a salir? —preguntó Grace.

—Tengo asuntos que atender —dijo la señora Brant—. Asuntos que conciernen al futuro de esta tienda. Usted limítese a contar la seda, Grace. Sea una buena chica.

La señora Brant caminó hacia la puerta principal y la abrió. La campanilla sonó alegremente. Salió a la noche y cerró la puerta tras de sí.

Grace oyó girar la llave.

El sonido fue estrepitoso en la tienda vacía. El cerrojo encajó con un clic final y decisivo.

Grace estaba sola.

Se quedó en el centro de la habitación. La lámpara de gas siseaba sobre su cabeza, proyectando sombras largas y saltarinas contra las paredes. El silencio regresó, pero ahora era diferente. Ya no estaba esperando. Ya había llegado.

Miró la puerta del sótano. Era una fauce negra esperando para engullirla.

Miró la puerta principal. Estaba cerrada por fuera.

Caminó hacia la ventana y pegó el rostro al cristal. Vio a la señora Brant caminando por la calle. Se movía rápido para ser una mujer con bastón. Giró la esquina y desapareció.

Grace se volvió hacia la estancia. El aire parecía enrarecido. Las paredes daban la impresión de haberse acercado entre sí.

Recordó el susurro de Sarah. Bloomsbury. Cartas. Una trampa.

Ella era el ratón. El queso habían sido los encargos de vestidos y el elogio de la condesa. Y ahora, el muelle se había soltado.

Grace se rodeó con los brazos. Estaba temblando. No sabía qué se avecinaba, pero sabía, con una certeza primaria instalada en lo más profundo de su ser, que el inventario era una mentira. No había seda que contar. Solo había tiempo que dejar pasar hasta que la trampa cerrara sus mandíbulas.

Cogió la lámpara. Le temblaba la mano, haciendo que la llama bailara.

Caminó hacia la puerta del sótano. No tenía elección. Era una sirvienta. Era una propiedad. Tenía que hacer lo que se le ordenaba, incluso si cada paso se sentía como caminar hacia una tumba.

Las horas transcurrieron lentas. Grace se movía por el sótano como un fantasma, contando piezas de seda que ya había contado una docena de veces antes. Las cifras cuadraban perfectamente, tal como ella sabía que ocurriría. Aquello nunca había tenido que ver con el inventario.

Cuando el reloj de pie dio las nueve, oyó abrirse la puerta de arriba. Los pesados pasos de la señora Brant bajaron las escaleras.

Grace volvió a subir y se encontró la tienda *transformada por la luz de las lámparas y las sombras. La señora Brant estaba ante* la mesa de corte, ya no con su ropa de calle, sino con su delantal de trabajo. Llevaba en las manos una caja rectangular envuelta en papel marrón y atada con cordel. *A medida que caminaba hacia Grace,* el bastón *golpeaba* con un ritmo constante sobre la madera. Su rostro mostraba una expresión que Grace nunca había visto antes: sus labios se curvaban en una sonrisa, pero los ojos permanecían inexpresivos y fríos.

—Grace —dijo la señora Brant con suavidad—. Suelta las tijeras.

Grace *dejó la lámpara y* miró la caja. ¿Hay más trabajo, señora?

—Un envío —dijo la señora Brant. Colocó la caja sobre la mesa—. El señor Sterling requiere esto inmediatamente. Es un regalo para su esposa, que se marcha al continente por la mañana.

—Es tarde —observó Grace. Miró hacia la ventana oscura—. Las calles no son seguras.

—El señor Sterling vive en Bloomsbury —dijo la señora Brant, restando importancia al peligro con un gesto de la mano—. Es una zona respetable. Y paga bien la puntualidad. Irás tú.

Grace vaciló. Cada instinto de su cuerpo se puso en guardia. La petición era inusual, y la repentina amabilidad de la señora Brant resultaba aún más alarmante. *La advertencia de Sarah resonó en su mente. Bloomsbury. Cartas. El señor Sterling.*

—Ve —ordenó la señora Brant. La sonrisa desapareció, reemplazada por el acero habitual—. No me obligues a decírtelo dos veces.

Grace se levantó y tomó su chal del gancho, envolviéndoselo dos veces alrededor de los hombros. Recogió la caja. Era ligera, sospechosamente ligera para ser un vestido.

—Sí, señora —dijo Grace.

Salió a la noche.

La niebla había descendido sobre Londres. Era una sopa espesa y amarillenta que se tragaba las farolas de gas y amortiguaba el sonido de la ciudad. Grace caminaba rápido, con la cabeza baja. El aire húmedo se le pegaba a la piel. Apretó la caja contra su pecho, usándola como un escudo contra la oscuridad.

Llegó a la dirección en Bloomsbury. Era una casa señorial alta y estrecha con barandillas negras. Una única luz ardía en la ventana de la planta baja.

Grace subió los peldaños y llamó.

La puerta se abrió al instante, como si alguien hubiera estado esperando justo detrás. Un mayordomo aguardaba allí, con el rostro impasible.

—Traigo una entrega para el señor Sterling —dijo Grace.

—La está esperando —dijo el mayordomo. Dio un paso atrás—. En el salón.

Grace entró en el vestíbulo. La puerta se cerró tras ella con un clic pesado.

El mayordomo señaló una puerta a la derecha. Grace caminó hacia ella y llamó en el panel de madera.

—Adelante —dijo una voz masculina.

Grace giró el pomo y entró.

El salón estaba amueblado con pesadas cortinas de terciopelo que estaban echadas contra la noche. Un fuego ardía débilmente en la chimenea. Junto a ella, había un hombre al que Grace reconoció. Era uno de los caballeros que había visto susurrando con la señora Brant en la tienda hacía semanas.

No era el señor Sterling.

Él se volvió para mirarla. Tenía una copa de brandy en la mano. Vestía una bata de caballero de seda carmesí oscuro.

—Ha traído el paquete —dijo.

—Sí, señor —dijo Grace. Le tendió la caja—. La señora Brant dijo que era urgente.

—Póngalo sobre la mesa —dijo él.

Grace colocó la caja en la mesa baja cerca de la puerta e hizo una reverencia. —Con su permiso, me marcharé ya, señor.

Se volvió hacia la puerta.

El hombre se movió. Fue más rápido de lo que sugería su corpulencia. Cruzó la habitación y estampó la mano contra el panel de la puerta, justo por encima de la cabeza de Grace.

Giró la llave en la cerradura. El cerrojo metálico se cerró con un chasquido que resonó en la estancia.

Grace se quedó helada. Su mano quedó suspendida sobre el pestillo.

—No hay necesidad de apresurarse —dijo el hombre. Se inclinó más cerca—. La señora Brant ya ha cobrado. Por la entrega. Y por el contenido.

Grace retrocedió. Chocó con el borde de la mesa y la caja cayó al suelo. Se abrió de golpe.

Estaba vacía.

Grace miró la caja vacía y luego al hombre. La comprensión la golpeó con la fuerza de un impacto físico. No había ningún vestido. No había ninguna esposa.

—Es una trampa —susurró Grace.

—Es una transacción —corrigió el hombre. Avanzó hacia ella—. Es una cosita bonita. Un poco delgada, quizá, pero con carácter.

—Déjeme salir —dijo Grace. Su voz era firme, aunque sus rodillas temblaban violentamente—. Abra la puerta.

—La señora Brant dice que es difícil —dijo el hombre. Alargó la mano—. Dice que necesita recibir una lección.

Grace intentó correr y se lanzó hacia la izquierda, en dirección al espacio entre el sofá y la pared.

El hombre la agarró. Le cerró la mano sobre el brazo, clavándole los dedos en el músculo. Tiró de ella hacia atrás. Grace tropezó y cayó contra su pecho. *Sintió su aliento cálido en la cara.*

—¡Suélteme! —gritó Grace.

Luchó contra él. Le arañó el rostro con las uñas. Él se rió, un sonido bajo y húmedo. Agarró la parte delantera de su vestido. La tela se rasgó con un fuerte jirón, dejando a la vista su camisón.

El sonido de la tela rasgándose rompió algo dentro de Grace. Era el sonido de su trabajo, de su dignidad, siendo destruida.

Dejó de gritar. Se concentró.

Él tenía una mano apretada sobre su boca ahora, silenciándola. La empujó hacia atrás, hacia el sofá.

Grace abrió la boca. Encontró la parte carnosa de la palma de él, entre el pulgar y el índice.

Mordió.

Puso cada onza de su fuerza en su mandíbula. Sus dientes atravesaron la piel y llegaron al músculo. Saboreó el sabor salado de la sangre.

El hombre aulló. Retiró la mano de golpe, mirando la herida con asombro.

—¡Maldita zorra! —gritó.

Grace no esperó. Se dio la vuelta. La ventana estaba a metro y medio.

Agarró un pesado candelabro de latón de la repisa de la chimenea y lo lanzó contra el cristal.

El cristal estalló.

El aire frío entró de golpe en la habitación.

—¡Detenedla! —vociferó el hombre agarrándose la mano ensangrentada.

Grace trepó al alféizar. Los fragmentos de vidrio le cortaron las palmas, pero no lo sintió. Miró hacia abajo. Era un salto corto hasta la calle.

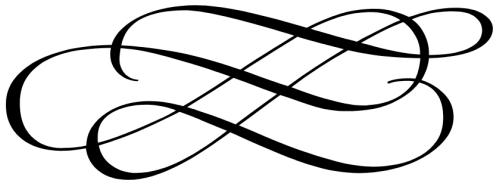
Saltó.

Aterrizó con fuerza sobre los adoquines. Se le torció el tobillo, enviando un punzante latigazo de dolor pierna arriba. Se desplomó sobre las manos y las rodillas.

Levantó la vista. El hombre estaba en la ventana, con el rostro desencajado por la rabia.

Grace se puso en pie como pudo. Ignoró el dolor de su tobillo. Echó a correr.

CAPÍTULO 12



Sus palmas se rasparon contra la piedra rugosa, reabriendo los cortes del cristal. Jadeó buscando aire, con los pulmones ardiendo a cada inhalación. Se puso en pie a duras penas, protegiendo su pierna izquierda. No sabía dónde estaba, pero el instinto —primario e innegable— la empujaba hacia el único santuario que había conocido.

Echó a correr. Cojeó por el laberinto de Bloomsbury, ignorando las miradas furtivas de un farolero que pasaba. Necesitaba la tienda. Necesitaba el altillo. La señora Brant se enfadaría por el vestido roto, sí, pero seguro que lo entendería. Sin duda protegería su propia mercancía.

Tardó una hora en cruzar la ciudad. Para cuando Grace torció por la calle familiar de Spitalfields, su pie se arrastraba inútilmente contra el pavimento. La tienda estaba a oscuras, pero una sola luz ardía en el escaparate delantero.

Grace se abalanzó contra la puerta. Golpeó la madera con el puño ensangrentado. —¡Señora Brant! —gritó—. ¡Abra la puerta! ¡Por favor!

La cerradura giró de inmediato.

La puerta se abrió hacia adentro. Grace tropezó al cruzar el umbral, cayendo de rodillas. Alzó la vista, esperando ver un camisón, una

vela, una expresión de desconcierto.

En su lugar, vio a la señora Brant completamente vestida con su atuendo negro de los domingos.

La señora Brant estaba de pie en el centro de la tienda. Detrás de ella, la puerta de la trastienda estaba abierta, y Grace pudo ver los rostros del señor Henderson, el panadero, y de la señora Higgins, la lavandera, asomándose y sosteniendo tazas de té como si esperaran a que comenzara una función de teatro.

Grace se quedó helada. El frío del suelo se le filtró hasta los huesos. No habían estado durmiendo. Habían estado esperando.

—Has vuelto —dijo la señora Brant. Su voz no denotaba sorpresa. Denotaba satisfacción.

Pasó por el lado de Grace y abrió de par en par la puerta de la tienda hacia la calle. Agarró a Grace por el cuello del vestido arruinado y la arrastró fuera, al pavimento, bajo el crudo resplandor de la farola.

—¡Mirad! —se lamentó la señora Brant, elevando la voz en un grito teatral que rompió el silencio de la noche—. ¡Mirad qué es lo que ha venido arrastrándose de vuelta a mi puerta!

El señor Henderson y la señora Higgins salieron a la acera, formando un semicírculo irregular de juicio.

—¡Intenté salvarla! —gritó la señora Brant a la multitud que se congregaba, señalando con un dedo tembloroso el corpiño desgarrado de Grace—. ¡La envié a un recado honrado y vuelve así! ¡Arruinada! ¡Borracha de ginebra y vicio!

—No —susurró Grace, alzando la vista hacia aquel público orquestado—. He corrido a casa. Solo... he corrido a casa.

—¡Aquí no tienes hogar! —escupió la señora Brant.

El grupo la observaba. Sus ojos recorrieron la apariencia desaliñada de Grace. Vieron el cabello alborotado. Vieron el corpiño roto que dejaba al descubierto su camisa. Vieron la sangre en su mano.

Grace sacudió la cabeza. —No. Ha sido una trampa. El hombre...

—¿Una trampa? —La señora Brant se volvió hacia los testigos—. ¿La oís? Habla de trampas. ¡Mirad su vestido! Desgarrado en un arrebato de pasión, sin duda.

—¡Él me ha atacado! —gritó Grace. Tenía la voz en carne viva—. ¡Usted me envió allí! ¡La caja estaba vacía!

La señora Brant ahogó un grito. Se tapó la boca con la mano. —¡Qué mentiras! Señor Henderson, ¿oyes estas calumnias? La envié con un regalo para la esposa de un cliente. Un caballero respetable. ¿Y ella lo acusa a él?

La señora Brant avanzó hacia Grace. Su rostro estaba retorcido en una máscara de dolor, pero sus ojos eran triunfantes.

—Te acogí —sollozó la señora Brant ruidosamente para beneficio del sereno—. Te traté como a una hija. Te di un oficio. Te di un hogar. ¿Y cómo me lo pagas? Te escapas a hurtadillas para reunirte con hombres. Te vendes en los callejones como una ramera cualquiera.

—¡No lo hice! —Grace retrocedió. Su tobillo flaqueó. Se sostuvo de una farola—. Él cerró la puerta con llave. Tuve que romper la ventana.

—Está borracha —murmuró la señora Higgins—. Mirad cómo se tambalea.

—Asqueroso —convino el señor Henderson. Escupió al suelo, cerca de los pies de Grace—. Después de todo lo que la señora Brant ha

hecho por usted.

—No estoy borracha —dijo Grace. Extendió la mano—. Mirad. Estoy sangrando. Luché contra él.

—Luchaste en una riña de amantes —escupió la señora Brant. Abandonó su papel de madre afligida. Se cernió sobre Grace, bajando la voz hasta un siseo que solo ella podía oír con claridad, aunque proyectaba su ira para la multitud—. Estás arruinada, Grace. Mírate. ¿Quién va a creerte? ¿Una rata de alcantarilla contra un caballero?

Grace miró los rostros de los vecinos. Eran duros. Juzgaban. No veían a una víctima. Veían a una muchacha con el vestido roto y los ojos desorbitados, de pie en una esquina por la noche. Veían exactamente lo que la señora Brant quería que vieran.

—Intenté salvarte —gritó la señora Brant, alzando la voz de nuevo—. Intenté mantenerte pura. Pero tienes al demonio dentro. Igual que tu madre.

El insulto aterrizó como una bofetada.

—¡Vete! —chilló la señora Brant. Agitó los brazos, espantando a Grace como si fuera un perro callejero—. ¡Fuera de mi vista! Estás despedida. No vuelvas a oscurecer mi puerta. No tendré a una mujer de moral distraída bajo mi techo. ¡Pensad en las otras chicas! Debo protegerlas de tu inmundicia.

—Señora Brant, por favor —susurró Grace. El frío se le metía en los huesos. No tenía a dónde ir.

—¡Largo! —vociferó la señora Brant—. ¡Y que se sepa! ¡Ninguna tienda respetable de Londres debería contratar a esta chica! ¡Es una ladrona de virtud! ¡Es una mujer caída!

El sereno dio un paso al frente, balanceando su linterna. —Circula, muchacha. Antes de que te detenga por indecencia pública.

Grace los miró por última vez. Vio la satisfacción en los ojos de la señora Brant. La mujer no solo la había despedido. La había destruido. Había tomado la destreza de Grace, su reputación y su futuro, y lo había quemado todo en un intervalo de cinco minutos en una esquina.

Grace se dio la vuelta.

Echó a correr.

Ignoró el dolor de su tobillo. Obligó a sus piernas a moverse. Corrió dejando atrás al panadero, a la lavandera, dejó atrás el círculo de luz y se adentró en la oscuridad.

Oyó la voz de la señora Brant persiguiéndola calle abajo. —¡Perdida! ¡Perdida!

Grace corrió hasta que los edificios se desdibujaron. Corrió hasta que le ardió el pecho y sintió sabor a sangre en la garganta. Corrió hasta que no pudo más.

Se desplomó en un callejón, deslizándose por la pared de ladrillo húmedo. Se llevó las rodillas al pecho y se cubrió el vestido roto con los brazos.

Estaba sola. Tenía frío. Y ante los ojos de Londres, estaba arruinada.

* * *

* * *

Grace caminó. No sabía cuánto tiempo llevaba moviéndose. La niebla se había espesado, convirtiendo las calles en un laberinto de vapor gris y piedra mojada. Su bota izquierda raspaba el pavimento a cada dos pasos, un sonido rítmico de arrastre que marcaba su avance.

Se detuvo en la esquina de un callejón estrecho. Apoyó el hombro contra el ladrillo rugoso de la pared de un almacén. Su aliento salía en nubes blancas que se desvanecían al instante en la bruma. Se miró el pie. El tobillo estaba hinchado, tirante contra el cuero de su bota. Cambió el peso de lado y la pierna le falló. Se sujetó a la pared, con las uñas arañando el mortero.

Se miró las manos. Estaban cubiertas de mugre y sangre seca del cristal roto. Los cortes de sus palmas estaban abiertos, supurando pequeñas cuentas rojas que se emborronaban cuando cerraba los puños.

Se impulsó contra la pared y continuó.

La ciudad se cerraba para pasar la noche. Las contraventanas se cerraban de un golpe en los pisos superiores de las casas de vecindad. Las farolas de gas siseaban, y su luz amarillenta luchaba por penetrar en la penumbra. Grace evitaba los charcos de luz. Se mantenía en las sombras, apretándose contra los portales cada vez que oía el traqueteo de las ruedas de un carruaje o el paso pesado de un sereno.

No tenía destino. Spitalfields había quedado atrás, un lugar de gritos y dedos acusadores. El West End estaba a un mundo de distancia, una fortaleza de piedra blanca que no abriría sus puertas a una mujer con un vestido roto y el cabello desgreñado.

Metió la mano en el bolsillo del delantal. Sus dedos rozaron pelusas y un único alfiler doblado. No había monedas. Sus jornales estaban en el libro de cuentas de la señora Brant. Las monedas de plata del arreglo del vestido estaban en su media, pero no podía alcanzarlas

sin desatarse la bota, y tenía los dedos demasiado entumecidos para deshacer los nudos. Incluso si pudiera alcanzarlas, no había lugar que aceptara su dinero. Las posadas exigían una carta de recomendación o la ausencia de sangre en la ropa.

Era un fantasma en su propia ciudad.

La temperatura bajó. La humedad de la niebla se convirtió en una escarcha mordaz que cubría las barandillas de hierro y los adoquines con una capa blanca y brillante. Grace se rodeó el pecho con los brazos. La lana rasgada de su vestido no ofrecía protección contra el viento que se canalizaba por la calle. Sus dientes empezaron a castañear, un sonido agudo y rítmico que no podía controlar.

Torció por una calle flanqueada por casas oscuras y silenciosas. Un perro ladró tras una verja, arrojando su cuerpo contra la madera. Grace se sobresaltó y pasó de largo a toda prisa, con su cojera cada vez más pronunciada.

Necesitaba refugio. La calle abierta era una sentencia de muerte.

Más adelante, la silueta dentada de una aguja de iglesia se alzaba contra el cielo gris. Era una antigua estructura de piedra, cuyos terrenos estaban rodeados por una valla de hierro oxidado. La puerta estaba entreabierta, colgando de una sola bisagra.

Grace se escurrió por el hueco.

El cementerio estaba descuidado. La hierba alta, rígida por la escarcha, rozaba sus faldas. Las lápidas se inclinaban en ángulos extraños, hundiéndose en la tierra blanda como hombres que se ahogan. El ruido de la ciudad parecía desvanecerse aquí, amortiguado por los muros de piedra y la densa copa de un tejo en la esquina.

Caminó hacia el árbol. El suelo era irregular. Tropezó con una raíz y cayó de rodillas. El impacto no le dolió; tenía las piernas

entumecidas.

Gateó los últimos pasos hasta la base del árbol. El tronco era ancho, ofreciendo un pequeño resguardo contra el viento. Se sentó apoyada en la corteza y se llevó las rodillas a la barbilla. Se metió las manos en las axilas.

Se quedó allí sentada, una pequeña forma gris en la oscuridad.

Se miró la manga del vestido. Estaba rasgada desde la costura del hombro hasta el codo. Intentó juntar los bordes, pero la tela estaba deshilachada y no se sostenía. La piel de debajo estaba de un blanco azulado y cubierta de carne de gallina.

Miró fijamente el desgarro.

La imagen del hombre de la chaqueta de fumador surgió en su mente. Vio su mano aferrándose a la tela. Vio las pesadas cortinas de terciopelo del salón. Vio la caja vacía en el suelo.

Se frotó el brazo con violencia, restregando la piel como si quisiera quitar una mancha. Se frotó hasta que la piel se puso roja, pero la sensación de aquel agarre permanecía.

Entonces la imagen cambió. Vio el rostro de la señora Brant bajo la farola. Vio las bocas de los vecinos moviéndose, dando forma a las palabras. *Caída. Perdida. Arruinada.*

Grace se tapó los oídos con las manos. Presionó con fuerza, intentando bloquear el recuerdo de los gritos. Pero el silencio del cementerio era ensordecedor. Amplificaba el eco de la voz de la señora Brant.

Bajó las manos. Miró la lápida más cercana. El agua y el tiempo la habían desgastado hasta dejarla lisa, el nombre se había erosionado hasta que solo quedaban unas pocas letras. *...LIZ...ETH...*

Se preguntó quién sería Elizabeth. Se preguntó si Elizabeth habría muerto en una cama caliente, rodeada de su familia, o si habría muerto de frío.

Grace apoyó la cabeza en el árbol. Los párpados le pesaban, hundidos por un agotamiento que iba más allá de los músculos y los huesos.

Pensó en la casa de los Hartwell.

Visualizó el cuarto de costura. Vio el fuego crepitar en la chimenea. Vio la casaca azul del lacayo sobre la mesa. Vio el vestido plateado reluciendo en el maniquí.

Luego vio a Nathaniel.

Lo vio de pie en el umbral, con sus ojos grises observándola. Lo vio alargando la mano para tocar la lana de la casaca. Lo vio bailando con la chica del encaje blanco.

Cerró los ojos con fuerza. Una sola lágrima se escapó y trazó un camino frío por su mejilla. Se congeló antes de llegar a su mandíbula.

Él se enteraría. La señora Brant se encargaría de ello. El chisme viajaría de Spitalfields a Mayfair. Se susurraría en los salones y en las cocinas. *La costurera. Esa a la que dejó entrar en su casa. Es una buscona. La pillaron en la calle.*

Él se lo creería. ¿Por qué no iba a hacerlo? Era un hombre de mundo. Sabía que las chicas del arroyo siempre volvían al arroyo. Miraría el lugar donde ella se había sentado en su cuarto de costura y ordenaría que lo fregaran. Quemaría la silla.

Grace se apretó más el fino chal. Estaba húmedo y era inútil.

Los escalofríos empezaron de nuevo. Sacudían todo su cuerpo, vibrando en sus dientes y en sus huesos. Se encogió más sobre sí misma, intentando conservar el último calor de su cuerpo.

El viento arreció. Hizo castañear las ramas desnudas del tejo. Las hojas muertas se deslizaban por la hierba helada con un sonido parecido a susurros secos.

Grace observó su aliento. Salía más despacio ahora. Las nubes blancas eran más pequeñas.

Miró al cielo. La niebla se clareaba por zonas, revelando un vacío negro. No había estrellas.

Estaba completamente sola.

Dejó de luchar contra el frío. Al principio fue doloroso, una aguda sensación punzante en los dedos de las manos y de los pies, pero luego empezó a cambiar. Se convirtió en un peso sordo y pesado. Le adormeció el dolor del tobillo. Le adormeció el escozor de los cortes de las manos.

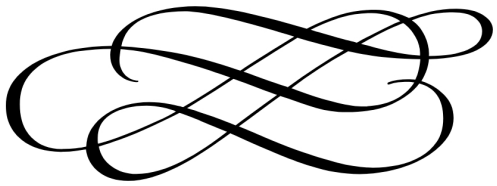
Se dio cuenta, con una calma distante, de que así era como terminaba. No habría ninguna tienda con un letrero dorado. No habría pan recién hecho con mantequilla. No habría ningún gato naranja en el escaparate.

Solo existirían este árbol, y la escarcha, y el silencio.

Apoyó la mejilla en las rodillas. Sus ojos se cerraron. La oscuridad tras sus párpados no le daba miedo. Era pacífica. Era un lugar donde la señora Brant no podía gritar, donde los hombres no podían zarandearla, donde el hambre no la roía.

Se quedó sentada en el cementerio, esperando a que la nieve la cubriera, esperando a que la larga noche terminara lo que el mundo había empezado.

CAPÍTULO 13



La luz de la mañana en el comedor de los Hartwell era nítida e implacable. Destellaba en el servicio de café de plata y en la mesa de caoba pulida. Nathaniel Hartwell estaba sentado a la cabecera de la mesa, con un periódico desplegado ante él. Pasó una página; el crujido del papel fue el único sonido en la estancia.

La puerta se abrió de par en par.

Clara apareció en el umbral. Llevaba puesta su bata de casa y el cabello le caía suelto sobre los hombros. Estaba pálida, despojada de su habitual alegría matutina. Estrujaba un trozo de papel en la mano.

—¿Es cierto? —exigió Clara.

Nathaniel levantó la vista. Dobló el periódico con parsimonia. —¿Qué es cierto, Clara? Estás gritando.

—El rumor —dijo Clara—. Se lo ha oído Mrs. Gable a la ayudante de cocina, que a su vez se lo oyó al panadero. —Se acercó a la mesa y arrojó el papel sobre el plato de su hermano. Era una nota, escrita con la letra apresurada de la ama de llaves—. Dicen que Grace Tinsley fue expulsada de su taller anoche. Dicen que la sorprendieron prostituyéndose en la calle.

Nathaniel miró la nota. No la cogió. En su lugar, tomó su taza de café.

—Spitalfields es un lugar peligroso —dijo Nathaniel con calma—. Te advertí que no te encariñaras tanto con esa chica. Estas cosas pasan.

—Estas cosas no le pasan a Grace —insistió Clara. Le temblaba la voz—. Ella no es así. Sabes perfectamente que no lo es.

—Sé que es una costurera de un barrio sumido en la pobreza —dijo Nathaniel, y dio un sorbo al café—. Sé que no tiene familia ni protección. La desesperación hace que la gente cometa imprudencias, Clara; tal vez intentara complementar sus ingresos y la pillaran.

—¿Cómo puedes decir eso? —Clara se aferró al respaldo de la silla. Tenía los nudillos blancos—. Has visto su trabajo. Has visto su dignidad. Remendó las libreas cuando estaba exhausta. Confeccionó mi vestido. ¿Acaso parece ese el trabajo de una... de una mujer de mala vida?

—El talento no es sinónimo de moralidad —afirmó Nathaniel—. Probablemente buscaba un protector rico y apuntó demasiado alto. Es una tragedia común.

Volvió a prestar atención al periódico. Para él, el asunto estaba zanjado. La muchacha había regresado a la condición propia de su clase. Era una decepción, ciertamente, pues su trabajo era excelente, pero difícilmente una sorpresa.

Clara alargó la mano y le arrebató el periódico. Lo tiró al suelo.

Nathaniel se puso tenso. Miró el papel arrugado y luego a su hermana. Tenía la mirada fría.

—Componte —le ordenó.

—No —dijo Clara. Se inclinó sobre la mesa—. No me voy a componer. La estás juzgando. Estás decidiendo su destino basándote

en un prejuicio que te niegas a admitir que tienes. Crees que porque es pobre, es corrupta. Crees que porque vive en un ático, su lugar es el arroyo.

—Creo que la encontraron en una situación comprometida —rebatió Nathaniel—. Los rumores son específicos. Un vestido rasgado. Un hombre. Una humillación pública.

—Y te crees lo peor —acusó Clara—. Das por hecho que ella lo provocó. Asumes que es culpable porque es más fácil que creer que fue una víctima.

Nathaniel apartó la vista. Miró el fuego que ardía en la chimenea. Las llamas lamían el carbón.

—Es orgullosa —dijo Nathaniel en voz baja—. Demasiado orgullosa para su propio bien.

—Está sola —dijo Clara. Bajó el tono de voz—. Anoche hacía un frío glacial, Nathaniel. Si Mrs. Brant la echó a la calle, ¿a dónde ha ido? No tiene dinero. Nosotros le pagamos directamente a Mrs. Brant.

Nathaniel no dijo nada.

—Está ahí fuera —continuó Clara—. Ahora mismo. En medio del frío. Mientras tú estás aquí sentado bebiendo café y juzgándola.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Nathaniel, volviéndose a mirarla—. ¿Que recorra las calles de Londres? Podría estar en cualquier parte. Probablemente haya ido a un asilo para pobres. O algo peor.

—Encuéntrala —le ordenó Clara—. Coge el carruaje, coge los caballos... Me da igual. Pero sal ahí fuera y encuéntrala. Y tráela aquí.

—Clara, sé razonable. El escándalo...

—¡Me importa un bledo el escándalo! —gritó Clara—. Me importa ella. Si no vas tú, iré yo misma. Caminaré por Spitalfields en bata si hace falta.

Nathaniel miró a su hermana. Vio la feroz determinación en sus ojos. Vio que se negaba rotundamente a dar su brazo a torcer.

Miró la silla vacía donde Grace se solía sentar en el cuarto de costura. Recordó cómo había hablado de la lana. *Me dice que está cansada, pero que es lo bastante fuerte para aguantar.*

Sintió que su certeza se resquebrajaba. Era una fisura pequeña, pero estaba ahí. Había asumido que era una imprudente. ¿Pero y si sencillamente era una desdichada? ¿Y si el orgullo que había visto no era arrogancia, sino una armadura?

Se puso en pie. La silla chirrió con fuerza contra las tablas del suelo.

—Pide que preparen el carruaje —dijo Nathaniel.

Clara soltó un suspiro de alivio—. Gracias.

—No me des las gracias todavía —dijo Nathaniel con tono sombrío mientras se abotonaba el abrigo—. Londres es una ciudad muy grande. Y si ha estado en la calle toda la noche…

No terminó la frase antes de salir de la habitación.

Nathaniel viajó en el carruaje hasta donde el empedrado se lo permitió y luego lo abandonó. La niebla había descendido, espesa y amarillenta, asfixiando las farolas de gas hasta convertirlas en simples y enfermizos halos en la oscuridad.

Caminaba rápido, con sus botas golpeando el pavimento. Pero la niebla le jugaba malas pasadas a su mente. El olor del humo de carbón se mezclaba con el aire húmedo del río, transformándose en el aroma acre de la pólvora negra.

Ataque inminente, susurró su mente.

Un carro de transporte traqueteó sobre las piedras en una calle cercana. Para los oídos de Nathaniel, era el retumbar de un carromato de artillería. Se sobresaltó y se llevó la mano a la cadera buscando un arma que no estaba allí. Su respiración se volvió entrecortada y jadeante.

Concéntrate, se ordenó a sí mismo. *Ella está ahí fuera. Tiene frío.*

Pero Londres era un campo de batalla esa noche. Cada sombra parecía una baja y cada forma acurrucada en un portal parecía un cadáver. El pánico le subió por la garganta, una marea negra que amenazaba con ahogarlo. Se detuvo apoyándose contra una pared de ladrillo, cerrando los ojos con fuerza, luchando contra la mirada perdida que intentaba fijar su visión en horrores del pasado.

¿A dónde iría?, pensó desesperadamente. *Spitalfields es una trampa. El West End es una fortaleza.*

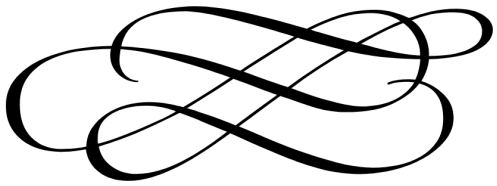
El fragor de la ciudad aumentó: un grito, el ladrido de un perro, el repique lejano de una campana.

Una campana.

El recuerdo afloró entre las interferencias de su trauma. Su voz, en la cocina. *St. Botolph's. El tejo. Es el único lugar donde la ciudad deja de gritar.*

Nathaniel se impulsó desde la pared y echó a correr. Esta vez no huía de los recuerdos; corría hacia la única persona que podía silenciarlos.

CAPÍTULO 14



Grace estaba sentada al pie del tejo, con el cuerpo ladeado. El frío había dejado de ser un dolor agudo para convertirse en una manta pesada y sofocante. La cabeza se le caía hacia delante, con la barbilla apoyada en el pecho. La niebla gris remolineaba alrededor de sus botas, ocultando el suelo donde la escarcha había transformado la hierba en espinas quebradizas.

—¡Grace!

El grito llegó desde el camino. Era un sonido áspero y desesperado que desgarró el silencio amortiguado del parque.

Grace no levantó la vista. Tenía la mente aletargada, a la deriva en el espacio gris entre la vigilia y el sueño. Creyó que la voz era una crueldad del viento, una alucinación nacida de su propio anhelo.

—¡Grace!

Unos pasos crujieron sobre la grava. Eran zancadas pesadas de alguien que corría y que vibraban a través del suelo.

Grace se obligó a abrir los ojos. Levantó la cabeza. El movimiento hizo que el mundo diera vueltas en un arco nauseabundo.

Una figura surgió de la niebla cerca de la puerta rota.

Llevaba un gabán oscuro que ondeaba tras él como el humo. No llevaba sombrero. Tenía el cabello oscuro pegado a la frente por la humedad. Se detuvo a cinco yardas, con el pecho agitado mientras luchaba por recuperar el aliento. Escudriñó el parque vacío con ojos desorbitados hasta que su mirada se clavó en ella.

Era Nathaniel.

Se quedó petrificado.

Miró la manga desgarrada que colgaba de su hombro. Miró los hematomas azulados que florecían en su brazo. Miró el barro incrustado en su falda y la sangre seca en sus manos.

Grace retrocedió gateando. Su instinto de supervivencia se encendió, como una chispa débil y agonizante. Se apretó contra la corteza rugosa, tratando de hacerse pequeña. Juntó los jirones de su corpiño, intentando ocultar las pruebas de su ruina.

—No —balbuceó. Su voz era un susurro roto—. Vete.

Se cubrió la cara con las manos. La vergüenza era una agonía física, más afilada que la escarcha. No podía soportar que la viera así, sucia, desechada y rota.

—Por favor —suplicó—. Déjame.

Nathaniel no se marchó. Acortó la distancia que los separaba en dos largas zancadas.

Cayó de rodillas en el barro.

No le importó que la tierra húmeda le arruinara los pantalones. Alargó la mano y le cogió las suyas, apartándolas con suavidad pero con firmeza de su rostro.

—Grace —dijo él.

La miró. Vio el hundimiento de sus mejillas y el terror en sus ojos. Vio el temblor que sacudía su cuerpo como una hoja en una tormenta.

Grace vio el cambio en su rostro. La máscara rígida del comerciante se desmoronó. El juicio que ella tanto había temido no estaba presente. En su lugar, su expresión se rompió, revelando una vulnerabilidad cruda y aterradora. Los prejuicios de clase que se habían interpuesto entre ellos como un muro se disolvieron al instante ante la realidad de su sufrimiento.

Él se levantó bruscamente. Se desabrochó el pesado abrigo de lana. Se lo quitó de los hombros, ignorando el viento cortante que golpeaba su chaleco.

—Te estás congelando —dijo él.

Le envolvió con el abrigo. Pesaba y aún conservaba el calor de su cuerpo. Lo apretó bien, envolviéndola en calor y cubriendo el vestido roto.

—Estoy arruinada —sollozó Grace. El calor rompió su compostura—. La señora Brant... dijo que todo el mundo lo sabe... soy una mujer caída.

—Shhh —susurró Nathaniel—. No me importa. No me importa nada de eso.

Se agachó. Deslizó un brazo bajo las rodillas de ella y el otro tras su espalda.

—No —protestó Grace débilmente, empujando contra su pecho—. Estoy sucia. Mancharás tu ropa.

—Que se manche —dijo Nathaniel.

La levantó en vilo.

Grace contuvo el aliento cuando el suelo desapareció. Pesaba poco, aterradoramente poco. Nathaniel la sostenía en alto contra su pecho, anclándola a él con un agarre que prometía que no la soltaría.

Ella dejó de luchar. Sus fuerzas se evaporaron. Apoyó la cabeza en el hombro de él. La lana de su chaleco era áspera contra su mejilla. Oyó el latido fuerte y rápido de su corazón bajo la tela.

Él echó a andar. La llevó a través del parque, con paso firme sobre la grava. No miró a izquierda ni a derecha. Solo miraba hacia delante, con la mandíbula apretada en un gesto de sombría determinación.

Un carruaje esperaba a las puertas del parque. Los caballos lanzaban nubes de vapor al aire. El cochero saltó y abrió la puerta de un tirón.

Nathaniel no esperó ayuda. Subió al carruaje con Grace aún en brazos.

Se sentó en el banco de terciopelo y la acomodó en su regazo. Le ajustó más el abrigo alrededor de los hombros, subiéndole el cuello para protegerle el rostro.

—A casa —le gritó Nathaniel al conductor—. Rápido.

El carruaje se puso en marcha con un sacudón. Las ruedas traquetearon sobre las piedras.

Grace lo miró. Su rostro estaba cerca del suyo. Él la observaba, comprobando su respiración, con los ojos oscuros por una mezcla de rabia y ternura.

—Has venido —susurró ella.

—Siempre vendré —dijo Nathaniel.

Grace cerró los ojos. El calor del abrigo y el ritmo del carruaje la adormecieron. Abandonó el miedo. Se hundió en la oscuridad, pero esta vez no estaba sola.

* * *

* * *

Grace abrió los ojos.

El techo que tenía encima era blanco. No era el yeso gris y manchado de humedad del ático, ni el cielo surcado de hollín del cementerio de la iglesia. Estaba inmaculado, bordeado por una delicada cornisa de enredaderas moldeadas.

Se quedó perfectamente quieta. Sentía el cuerpo pesado, hundiéndose en un colchón tan grueso que parecía engullirla. Las sábanas que la cubrían eran de algodón fino, suaves y frescas contra su piel.

Giró la cabeza. Un fuego ardía en una pequeña rejilla al otro lado de la habitación. Las llamas lamían los troncos, proyectando una luz constante y cálida. En la mesilla de noche, una sola vela de cera de abeja ardía en un candelabro de plata.

Grace se incorporó. La habitación dio vueltas. Se aferró al borde de la manta.

Se miró los brazos. Las mangas de un camisón blanco y limpio le cubrían la piel. Se subió la manga. Los hematomas seguían allí, de un púrpura oscuro que moteaba la carne pálida, pero el barro había desaparecido. La sangre había desaparecido.

El pomo de la puerta giró.

Grace se sobresaltó. Se llevó las rodillas al pecho y apretó la espalda contra el cabecero.

Clara Hartwell entró. Llevaba un cuenco de porcelana en una bandeja.

—Has despertado —dijo Clara suavemente.

Grace la miró fijamente. —¿Dónde estoy?

—Estás en el cuarto de invitados —dijo Clara. Dejó la bandeja en la mesilla—. Nathaniel te trajo a casa.

El nombre golpeó a Grace como una piedra. *Nathaniel.*

Los recuerdos regresaron de golpe. El frío. El barro. La forma en que él se había arrodillado en la suciedad. La forma en que la había llevado en brazos.

Grace se miró las manos. Estaban limpias, con los cortes vendados con pulcras tiras de lino.

—Debo irme —dijo Grace. Su voz era un rasguño. Apartó las mantas —. No puedo estar aquí. Si la señora Brant se entera...

—La señora Brant no se enterará —dijo Clara con firmeza. Dio un paso adelante y puso una mano en el hombro de Grace—. Tumbate, Grace. Tienes fiebre.

—Estoy arruinada —susurró Grace—. No lo entiendes. Se lo contó a todo el mundo. Los vecinos... vieron mi vestido. Me llamaron...

No pudo pronunciar la palabra.

—Sé lo que dijeron —dijo Clara—. Y no me importa.

—Debería importarte —dijo Grace. Miró a Clara, desesperada por hacerle comprender la mancha que ahora la marcaba—. Soy un

lastre. Nadie me contratará. Si me tienes aquí, el escándalo te salpicará a ti también.

—Que nos salpique —dijo Clara. Cogió el cuenco—. Bebe esto. Es caldo de buey. Necesitas fuerzas.

Grace cogió el cuenco. Las manos le temblaban con tanta violencia que la cuchara repiqueteó contra la porcelana. Clara sostuvo el cuenco con sus propias manos para estabilizarlo.

Grace bebió. El caldo estaba caliente y salado. Reconfortó el dolor vacío de su estómago.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Grace cuando terminó—. ¿Me mandaréis al hospicio?

Clara se sentó en el borde de la cama. Alisó la colcha.

—Te quedarás aquí —anunció Clara—. He hablado con la señora Gable. Tenemos un puesto de doncella. Consiste sobre todo en quitar el polvo en las habitaciones superiores. Los visitantes no te verán.

Grace parpadeó. —¿Una doncella?

—Y —continuó Clara—, siempre hay remiendos que hacer. La lencería, las cortinas. Trabajarás en la casa. Tendrás una habitación en los aposentos del servicio. Tendrás un salario.

—¿Por qué? —preguntó Grace—. ¿Por qué harías esto?

—Porque eres una modista brillante —dijo Clara con sencillez—. Y porque mi hermano nunca me perdonaría si dejara que te fueras.

Grace miró al fuego. La mención de Nathaniel hizo que se le encogiera el pecho. Recordó su rostro en el parque. La mirada cruda y desprotegida de sus ojos.

—No puedo verlo —dijo Grace—. Por favor. No me obligues a verlo.

—No te molestará —prometió Clara—. Descansa ahora.

Clara cogió la bandeja y salió. La puerta se cerró con un clic.

Grace volvió a deslizarse en la suavidad de la cama. Estaba a salvo. Tenía trabajo. Pero al cerrar los ojos, sintió que la pesada capa de la vergüenza se posaba sobre sus hombros. Ya no era Grace Tinsley, la modista ambiciosa. Era un caso de caridad, escondida en el ático de las mismas personas a las que había esperado impresionar.

Dos días después, Grace se mudó a los aposentos del servicio. Su habitación era pequeña, situada bajo el alero, pero estaba limpia y seca. Tenía una ventana que daba al jardín, lejos de la calle.

Se adaptó al ritmo de la casa. Fregaba los suelos. Quitaba el polvo de la biblioteca cuando sabía que la familia estaba fuera. Mantenía la cabeza agachada. Llevaba un sencillo vestido negro y una cofia blanca que le cubría el cabello.

Era un fantasma. Se movía por los pasillos en silencio, apretándose contra la pared si oía pasos. Evitaba la escalera principal. Evitaba las ventanas.

Pero no podía evitar el cuarto de costura.

La pila de remiendos crecía. La señora Gable le encargó reparar la mantelería para la próxima cena.

Grace se sentó en la silla de siempre junto al fuego. El trabajo era relajante. El mantel de damasco pesaba en su regazo. Se concentró en el tejido, buscando los hilos rotos y entrelazándolos de nuevo.

La puerta se abrió.

Grace se levantó al instante. Mantuvo la vista en el suelo.

—Señora Gable, he terminado las servilletas —dijo Grace.

—No es la señora Gable.

La voz era profunda.

Grace se quedó helada. El corazón le golpeó las costillas. Se aferró al mantel.

Nathaniel entró en la habitación.

Llevaba una levita oscura. Parecía cansado. Tenía unas arrugas alrededor de los ojos que no estaban allí hacía una semana.

Se detuvo cerca de la puerta. La miró.

Grace no podía sostenerle la mirada. Recordaba el barro en sus rodillas. Recordaba sus propios sollozos. La humillación le ardía en las mejillas.

—Señor —susurró ella. Hizo una reverencia.

—Siéntate, Grace —dijo Nathaniel.

Grace se sentó. Cogió su aguja. Se quedó mirando la tela blanca, con la visión borrosa.

Nathaniel caminó hacia el escritorio. Cogió un libro de contabilidad. Lo abrió.

El silencio se prolongó. El fuego chisporroteó. El reloj marcaba el tictac.

Grace esperó. Esperó a que él preguntara. Esperó a que le exigiera una explicación. *¿Por qué estabas en la calle? ¿Incitaste la atención de ese hombre? ¿Es cierto lo que dicen?*

Él pasó una página.

—El inventario del armario de la lencería está incompleto —observó Nathaniel. Su voz era neutra—. La señora Gable dice que nos faltan tres sábanas.

Grace parpadeó. Levantó la vista, sorprendida. —¿Señor?

—Las sábanas —repitió Nathaniel. No la miraba. Miraba los números —. ¿Tenemos que pedir más?

—Yo... creo que hay algunas en la lavandería, señor —tartamudeó Grace—. Necesitaban lejía.

—Ah —dijo Nathaniel—. Bien.

Hizo una anotación en el libro.

No preguntó por el escándalo. No preguntó por la señora Brant. Habló de sábanas.

Grace exhaló. Sus hombros descendieron un poco.

Él se quedó diez minutos. Revisó las cuentas. Preguntó por el suministro de carbón para la chimenea. Luego se marchó.

Regresó al día siguiente.

Grace estaba cosiendo un desgarrón en una cortina de terciopelo. Nathaniel entró, la saludó con la cabeza y se sentó al escritorio.

—Este terciopelo —dijo Nathaniel al cabo de un rato—. Es de Italia, ¿verdad?

Grace miró la pesada tela roja. —Sí, señor. El pelo es muy denso.

—Recuerdo cuando mi padre lo compró —dijo Nathaniel. Se recostó en su silla—. Tenía diez años. Solía esconderme detrás de estas cortinas durante sus fiestas. Pensaba que eran lo bastante pesadas como para bloquear el sonido de los violines.

Grace lo miró. Estaba observando la cortina con una sonrisa pequeña e irónica en los labios.

—¿No le gustaba la música? —preguntó Grace.

—No me gustaban las multitudes —admitió Nathaniel—. Prefería la tranquilidad. Me sentaba allí con mis soldaditos de juguete y representaba batallas en el alféizar.

—Yo solía esconderme bajo la mesa de corte —ofreció Grace. El recuerdo afloró sin previo aviso—. Mi madre me daba retales de seda. Hacía vestidos para las pinzas de la ropa.

Nathaniel la miró. Sus ojos grises eran dulces. —¿Pinzas de la ropa?

—Eran las únicas muñecas que teníamos —dijo Grace—. Pero eran unas pinzas muy bien vestidas. Llevaban encaje.

Nathaniel soltó una risita. Fue un sonido bajo y cálido.

El terror en el pecho de Grace retrocedió. Fue reemplazado por un calor extraño y titubeante. Él no estaba mirando a la chica caída. Estaba mirando a la chica que vestía pinzas de la ropa.

—Imagino que eran las pinzas más elegantes de Londres —dijo Nathaniel.

—Lo eran —asintió Grace. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios.

Las visitas se convirtieron en un ritual. Cada tarde a las tres, Nathaniel entraba en el cuarto de costura. Traía el libro de contabilidad, pero rara vez lo abría.

Hablaban.

Hablaban de las telas. Hablaban del tiempo. Hablaban de libros.

Una tarde, la lluvia azotaba el cristal de la ventana.

—Es un día lúgubre —dijo Nathaniel. Estaba junto al fuego, calentándose las manos.

—Es un buen tiempo para coser —dijo Grace—. La luz es constante.

—Grace —dijo Nathaniel.

Se giró para mirarla. El tono informal había desaparecido. Su voz era seria.

Grace detuvo sus manos. —¿Sí, señor?

—¿Tienes suficiente calor? —preguntó él—. ¿En tu habitación? La señora Gable dice que las corrientes de aire del ático pueden ser fuertes.

Grace lo miró. Sabía que no estaba preguntando por la temperatura. Estaba preguntando si estaba a salvo. Estaba preguntando si estaba sanando.

—Tengo calor, señor —dijo Grace—. Tengo todo lo que necesito.

—Bien —dijo Nathaniel.

La miró durante un largo momento. Había una pregunta en sus ojos, un deseo de cruzar la habitación, de salvar la brecha entre el señor y la criada.

Grace contuvo el aliento. Vio el conflicto en el rostro de él. Vio el recuerdo del parque en sus ojos, la forma en que la había sostenido en brazos.

Entonces él asintió. Se abrochó el abrigo.

—Debo ir al almacén —dijo—. Buen día, Grace.

—Buen día, señor —susurró Grace.

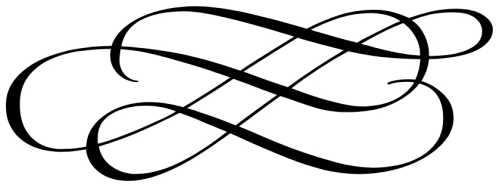
La puerta se cerró.

Grace se sentó en la habitación silenciosa. Se tocó la mejilla. Estaba caliente.

Seguía siendo una sirvienta. Seguía estando arruinada a los ojos del mundo. Pero en esta habitación, con el fuego y el hombre tranquilo que escuchaba sus historias, no se sentía una mujer caída.

Se sentía hallada.

Capítulo 15



Grace se detuvo ante las pesadas puertas de roble de la biblioteca; le temblaban los dedos contra el almidón del delantal. La señora Gable la había mandado llamar cinco minutos antes, con rostro severo, limitándose a decir que el señor requería su presencia de inmediato.

Grace llamó a la puerta.

—Adelante —dijo la voz de Nathaniel.

Grace empujó la puerta. La biblioteca era una estancia cavernosa, revestida de suelo a techo con libros encuadernados en cuero oscuro. Un fuego rugía en el hogar de mármol, luchando contra la penumbra de la tarde lluviosa.

Nathaniel estaba de pie junto a su escritorio. Se encontraba solo. Se dio la vuelta cuando ella entró.

—Señor —dijo Grace. Hizo una breve reverencia—. ¿Me ha mandado llamar?

—Pasa, Grace —dijo Nathaniel—. Cierra la puerta.

Grace obedeció. El pestillo encajó con un clic, aislando el ruido de la casa.

—Siéntate —dijo Nathaniel, señalando la silla frente a su escritorio.

Grace se sentó en el borde del asiento. Se aferró las rodillas con las manos.

Nathaniel no se sentó. Se acercó a la ventana, contempló la lluvia y luego se volvió de nuevo hacia ella.

—Llevas con nosotros seis semanas —dijo Nathaniel.

—Sí, señor.

—Y en ese tiempo, has completado más arreglos de los que la anterior costurera hizo en un año. —Cogió un libro de contabilidad de su escritorio—. La señora Gable me ha enseñado las cuentas. Trabajas rápido. Con eficacia. La calidad es excepcional.

Grace no sabía qué decir. —Gracias, señor.

—Estás desperdiciada como doncella —dijo Nathaniel con franqueza.

Grace levantó la vista, sorprendida.

Nathaniel dejó el libro de contabilidad. —Tengo una propuesta para ti.

A Grace se le encogió el estómago. Ya había oído esa palabra antes, en un salón de Bloomsbury.

Nathaniel debió de ver cómo le cambiaba el rostro, porque levantó la mano rápidamente. —Una propuesta de negocios. Nada más.

Grace exhaló lentamente. —Le escucho, señor.

—Quiero invertir en ti —dijo Nathaniel—. Te prestaré doscientas libras. Las usarás para alquilar un local, comprar materiales y establecerte como modista independiente. Devolverás el préstamo con un interés del cinco por ciento en cinco años.

Grace se le quedó mirando. Doscientas libras. Era una fortuna.

—¿Por qué? —preguntó Grace. La pregunta sonó más cortante de lo que pretendía—. ¿Por qué haría usted esto?

Nathaniel volvió a su escritorio. Se sentó, entrelazando los dedos. —Porque eres un activo que se está desperdiciando. Porque invierto en textiles y eres la costurera con más talento que he conocido. Porque es un buen negocio.

—¿Y? —insistió Grace. Podía percibir la otra razón, la que no estaba diciendo.

Nathaniel la miró a los ojos. —Y porque mereces algo mejor que esconderte en un desván, cosiendo a oscuras, esperando a que el mundo olvide lo que la señora Brant dijo de ti.

Aquella sinceridad la golpeó en el pecho.

—No podré pagárselo —dijo Grace—. Si la tienda fracasa...

—No fracasará —dijo Nathaniel—. He visto tu trabajo. He visto cómo responden las mujeres ante él. Tendrás más clientas de las que podrás atender en un mes.

—Usted no puede saber eso.

—Soy un hombre de negocios, Grace. Reconozco una inversión que merece la pena en cuanto la veo.

Grace se miró las manos. Estaban ásperas, marcadas por los pinchazos de las agujas. Estas manos habían creado belleza. ¿Podrían crear libertad?

—Hay una condición —dijo Nathaniel.

Grace levantó la cabeza de golpe. Ahí estaba. La trampa.

—Debes aceptar el préstamo como una transacción comercial —continuó Nathaniel—. Esto no es caridad. No es un regalo. Firmarás

un contrato. Realizarás los pagos. Me tratarás como tratarías a cualquier acreedor: con profesionalidad y distancia.

Grace frunció el ceño. —No lo entiendo.

Nathaniel tensó la mandíbula. —Necesito que entiendas que no hago esto para que estés en deuda conmigo. No lo hago para... para tener poder sobre ti. Cuando salgas de esta habitación, me deberás dinero. Eso es todo lo que me deberás.

Grace lo comprendió entonces. La estaba protegiendo. De las habladurías. De la obligación. De las implicaciones de que un hombre rico diera dinero a una mujer arruinada.

—¿Por qué importa lo que le deba? —preguntó Grace en voz baja.

Nathaniel la contempló durante un largo momento. —Porque algún día me gustaría cortejarte. Y no puedo cortejar a alguien que esté en deuda conmigo. El desequilibrio de poder haría imposible que pudieras rechazarme. No permitiré que ocurra eso.

La habitación se quedó en silencio, a excepción del crepitar del fuego.

El corazón de Grace latía con fuerza. Quería cortejarla. Un caballero. Un rico comerciante. Alguien como él quería cortejar a la mujer a la que la señora Brant había calificado de caída.

—De modo que acepto el préstamo —dijo Grace lentamente— y lo devuelvo. Y solo entonces...

—Solo entonces podré pedirte permiso para visitarte formalmente —concluyó Nathaniel—. Si tú lo deseas.

Grace lo miró. Vio la rigidez de sus hombros, la cuidadosa distancia que mantenía. Le estaba ofreciendo la libertad. Una libertad real. No un rescate. No caridad. Una oportunidad de valerse por sí misma.

Y solo cuando ella se mantuviera firme por su cuenta, se atrevería él a acercarse como un igual.

—Acepto —dijo Grace.

Nathaniel relajó los hombros un poco. —¿De veras?

—Acepto el préstamo. Las condiciones son justas. Le devolveré hasta el último penique.

Nathaniel sacó un fajo de papeles del cajón de su escritorio. —He hecho que mi abogado redacte el contrato esta mañana.

Por supuesto que lo había hecho. Lo tenía planeado.

Grace cogió la pluma que él le ofrecía. Leyó el contrato con atención. Era exactamente como él lo había descrito. Doscientas libras. Cinco por ciento de interés. Cinco años.

Firmó con su nombre al pie. Grace Tinsley.

Nathaniel firmó como testigo. Su mano rozó la de ella al recuperar la pluma.

—Gracias —dijo Grace. Se puso de pie—. No le decepcionaré, señor Hartwell.

—Procure que así sea, señorita Tinsley —dijo Nathaniel—. Pero sus ojos irradiaban calidez.

Grace caminó hacia la puerta y luego se detuvo con la mano en el pestillo.

—¿Señor Hartwell?

—¿Sí?

—Cuando haya devuelto el préstamo… —Grace se dio la vuelta para mirarlo—. Podrá preguntarme entonces. Y lo consideraré.

Una sombra de sonrisa cruzó el rostro de Nathaniel. —Es todo lo que puedo pedir.

Antes de que Grace pudiera abrir la puerta, sonó un golpe al otro lado.

Nathaniel levantó la vista, frunciendo ligeramente el ceño. —Adelante.

La puerta se abrió para revelar a un hombre menudo con un anodino traje de lana marrón. Tenía el rostro como una manzana seca y unas gafas posadas precariamente sobre una nariz afilada. Llevaba un fajo de papeles en el regazo.

—Ah, señor Blackwood —dijo Nathaniel—. Es usted puntual. Señorita Tinsley, por favor. Quédese un momento más. Esto le concierne.

Grace retrocedió de la puerta, con el corazón empezando a acelerársele de nuevo. Miró alternativamente a Nathaniel y al desconocido.

—Grace —dijo Nathaniel, señalando al recién llegado—. Este es el señor Blackwood. Es investigador privado.

Grace se detuvo en el centro de la habitación. El corazón le dio un vuelco violento contra las costillas. —¿Es un asunto policial, señor?

—Un asunto privado —rectificó Nathaniel. Se acercó a la chimenea y apoyó el brazo en la repisa—. Cuando la encontré en el parque, Grace, le dije que no me importaba el escándalo. Era cierto. Pero no lo acepté.

Miró al investigador. —El señor Blackwood ha pasado la última semana en Spitalfields.

Grace miró al hombrecillo. No parecía alguien capaz de sobrevivir en los callejones peligrosos de su antiguo barrio.

El señor Blackwood se acomodó en el sillón de orejas cerca del fuego, ordenando sus papeles con precisión metódica.

—Por favor, siéntese, señorita Tinsley —dijo él, ajustándose las gafas.

Grace se sentó en el borde del sofá. Se agarró las rodillas con las manos. El contrato que acababa de firmar le pesaba en el bolsillo.

—El señor Hartwell me contrató para investigar el historial del establecimiento de la señora Brant —comenzó Blackwood. Su voz era seca y precisa, como el crujir del papel—. Específicamente, la rotación de sus aprendizas.

Grace frunció el ceño. —¿Rotación?

—He encontrado a otras tres muchachas —dijo Blackwood. Levantó una hoja de papel—. Mary Sutherland, expulsada hace dos años por «robo». Ellen Pringle, despedida el invierno pasado por «conducta inmoral». Y una chica conocida solo como Rose, a la que encontraron en una taberna tras ser acusada de buscar clientes.

Grace sintió que la sangre se le retiraba del rostro. Los nombres le resultaban desconocidos, pero las historias eran idénticas.

—Lo hace a propósito —susurró Grace.

—Es un ciclo —confirmó Blackwood—. Recluta huérfanas. Las hace trabajar hasta que tienen edad para exigir un salario justo o hasta que resultan... rentables de otras maneras. Cuando se resisten, o cuando se convierten en una carga, fabrica un escándalo.

—Destruye su reputación —dijo Nathaniel. Su voz sonaba dura—. Se asegura de que no puedan encontrar trabajo en ningún otro sitio.

Las silencia mediante la vergüenza.

Grace miró el fuego. Vio el rostro de la señora Brant, retorcido en una falsa pena bajo la farola. *He intentado salvarte. Llevas el diablo dentro.*

Todo había sido un guion.

—Me lo hizo a mí —dijo Grace—. Porque amenacé con irme. Porque las clientas preferían mi trabajo.

—Precisamente —dijo Blackwood—. Vio que usted estaba adquiriendo influencia. Así que la eliminó.

Nathaniel se acercó al sofá. Se plantó frente a Grace. —Tenemos declaraciones de las otras chicas. Blackwood las localizó. Están dispuestas a hablar.

—¿Ante quién? —preguntó Grace.

—Ante todo el mundo —dijo Nathaniel—. He entregado este expediente al magistrado. Pero, lo que es más importante, Clara ha difundido la información en su círculo.

Grace lo miró. —¿Se lo ha contado a las damas?

—La sociedad londinense se mueve por los cotilleos, Grace —dijo Nathaniel—. La señora Brant los usó como arma contra ti. Nosotros los estamos usando contra ella.

Grace sintió una sensación extraña en el pecho. No era alegría. Era una reivindicación feroz y ardiente. Ella no era la pecadora que la señora Brant había pintado. Era la víctima de una maquinaria calculada.

—¿Qué le ocurrirá? —preguntó Grace.

—Sus clientas ya están cancelando sus pedidos —dijo Nathaniel—. Lady Worthington ha enviado a un lacayo esta mañana para recoger sus encargos sin terminar. La condesa de Harrogate ha declarado que no volverá a cruzar el umbral de esa tienda jamás.

Grace imaginó la escena. La campana sonando, no por clientas, sino por reclamaciones de reembolsos. La señora Brant de pie en la tienda vacía, viendo cómo su imperio de alfileres y agujas se disolvía.

—Estará arruinada —dijo Grace.

—Será desenmascarada —corrigió Nathaniel—. Hay una diferencia.

Hizo una señal a Blackwood, quien recogió sus papeles y se puso de pie.

—Le dejaré el expediente, señor —dijo Blackwood. Se inclinó ante Grace—. Señorita Tinsley. Le deseo todo el éxito posible en su nueva empresa.

Grace parpadeó. ¿Cómo lo sabía?

La expresión de Nathaniel permaneció neutral, pero Grace lo comprendió. Por supuesto que el investigador lo sabía. Nathaniel había estado planeando ambas conversaciones —el préstamo y la investigación— al unísono. Le había estado construyendo un futuro mientras, simultáneamente, desmantelaba su pasado.

El investigador abandonó la estancia.

Grace se quedó sentada en el silencio. Miró el expediente sobre la mesa. Contenía la ruina de la mujer que la había atormentado durante cinco años.

—¿Por qué? —preguntó Grace. Miró a Nathaniel—. Esto debe de haber costado una fortuna.

—Así ha sido —dijo Nathaniel con sencillez.

—No soy más que una costurera —dijo Grace—. No valgo tantas molestias.

Nathaniel la miró. Sus ojos grises eran intensos, despojándola de sus defensas.

—No es solo una costurera —dijo él—. Es Grace.

Pronunció el nombre como si fuera un título.

Grace sintió que las lágrimas le escocían en los ojos. Eran calientes y repentinas. Parpadeó para contenerlas.

—Gracias —susurró.

—No me dé las gracias —dijo Nathaniel. Se volvió de nuevo hacia la ventana, observando la lluvia—. La justicia no debería ser un lujo.

Grace se levantó. Caminó hasta la mesa y tocó la cubierta de cuero del expediente. Sus dedos recorrieron el borde.

Caminó hacia la ventana y se situó a su lado. Miró hacia la calle. En algún lugar, en el laberinto gris de Londres, la señora Brant estaba descubriendo que su poder tenía límites.

Grace observó la lluvia lavar los adoquines. Sintió que un peso se levantaba de sus hombros, una carga que no se había dado cuenta de que llevaba hasta que desapareció. La vergüenza no era suya. Nunca lo había sido.

Miró el perfil de Nathaniel. Estaba mirando hacia la calle, con la mandíbula tensa. Había hecho esto por ella. Le había dado una tienda y había limpiado su nombre. Había desmantelado su pesadilla con un talonario y un detective privado.

Sintió una oleada de emoción tan fuerte que la asustó. Era gratitud, sí. Pero debajo había algo más profundo, algo que la atraía hacia él como una marea.

Entrelazó las manos sobre su delantal para evitar que se extendieran hacia él.

—Nunca volverá a hacer daño a nadie más —dijo Grace.

—No —asintió Nathaniel—. No lo hará.

* * *

* * *

El aviso llegó a última hora de la tarde. Grace estaba en el armario de la lencería, contando pilas de fundas de almohada planchadas, cuando la señora Gable apareció en el umbral. El rostro de la ama de llaves era ilegible; tenía las manos fuertemente entrelazadas sobre el delantal.

—El señor Hartwell desea verla —anunció la señora Gable—. En el salón.

Grace bajó la pila de ropa blanca. —¿En el salón?

—Sí —dijo la señora Gable. Se hizo a un lado para dejar pasar a Grace—. Ha dicho que es urgente.

Grace recorrió el pasillo. El salón era territorio formal, un lugar para invitados y familia, no para el servicio. Sus pasos sobre el parqué sonaban fuertes e intrusivos para sus propios oídos. Se alisó el cabello, comprobando que su cofia estuviera bien sujeta con alfileres.

Llegó a las puertas dobles. Llamó una vez.

—Adelante.

Empujó las puertas para abrirlas.

El salón era inmenso, dominado por una lámpara de cristal que captaba los últimos rayos del sol de invierno. De las paredes colgaban retratos de los antepasados de Hartwell, hombres con pelucas y terciopelo que la miraban con expresiones severas.

Nathaniel estaba junto a la chimenea. No miraba el fuego. Miraba hacia la puerta, esperándola.

Sostenía un trozo de papel en la mano. Su expresión era grave, su boca una línea dura y tensa.

—Cierre la puerta, Grace —dijo.

Grace la cerró. El clic del pestillo resonó en el silencio. Caminó hasta el centro de la estancia y se detuvo. La alfombra persa bajo sus pies era gruesa y suave.

—¿Ocurre algo malo, señor? —preguntó Grace. Su voz era débil. Temía que la señora Brant hubiera encontrado una nueva forma de atacar, una nueva mentira que difundir.

Nathaniel caminó hacia ella. Se detuvo a un metro de distancia. Extendió el papel, pero no se lo entregó.

—La policía lo encontró —dijo Nathaniel.

Grace parpadeó. —¿Encontró a quién?

—Al hombre —dijo Nathaniel. Su voz era baja, controlada, pero había una vibración de ira bajo ella—. El hombre de la casa de Bloomsbury. El que la atacó.

Grace sintió que la sangre se le retiraba del rostro. La habitación pareció inclinarse. La imagen del hombre con la chaqueta de fumar, su mano tapándole la boca, surgió en su mente con una claridad aterradora.

—¿Está… aquí? —susurró Grace. Dio un paso atrás.

—Está en una celda —le aseguró Nathaniel rápidamente—. No volverá a hacer daño a nadie.

Grace se rodeó la cintura con los brazos. —¿Habló?

—Lo hizo —dijo Nathaniel. Miró el papel que tenía en la mano—. Blackwood lo encontró en un garito de juego. Fue… persuadido para que dijera la verdad.

Nathaniel levantó la vista del papel. Miró directamente a los ojos de Grace.

—Confesó, Grace. Admitió que la señora Brant le pagó. Admitió que fue una farsa diseñada para que hubiera testigos.

Grace asintió lentamente. Ella lo sabía. Lo había vivido.

—Pero hay más —dijo Nathaniel. Dio un paso más hacia ella—. Confesó que nada ocurrió esa noche.

Grace lo miró fijamente. —¿Señor?

—Admitió que nunca… que no abusó de usted —dijo Nathaniel. Las palabras le resultaron difíciles, pero las pronunció con claridad—. Rasgó su vestido para crear una escena. La aterrorizó para que huyera. Pero confirmó, para que conste oficialmente, que no fue tocada de la manera que la señora Brant afirmó. No está usted «arruinada», Grace. Es inocente.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. *Inocente.*

Grace sintió una sacudida física en el pecho, como si una banda de hierro que la oprimía se hubiera roto de repente. Durante semanas, había cargado con el peso de la palabra *caída*. Había creído que, aunque ella supiera la verdad, el mundo nunca la aceptaría. Había creído que estaba marcada.

Pero una confesión era diferente. Una confesión era una prueba.

Las piernas le fallaron.

Se desplomó en el suelo, golpeando la gruesa alfombra con las rodillas con un ruido sordo. Se cubrió la cara con las manos. Un sollozo surgió de su garganta, crudo y desgarrador.

—¡Grace! —exclamó Nathaniel.

Cayó de rodillas a su lado. No la tocó, pero permaneció muy cerca, siendo su presencia un cálido muro contra la inmensidad de la estancia.

—Ha terminado —dijo él en voz baja—. La mentira ha muerto.

Grace lloró. Lloró por el terror de aquella noche, por el frío del cementerio y por el puro y abrumador alivio de que la creyeran. La vergüenza que se le había adherido a la piel como mugre se lavó. Estaba limpia.

Bajó las manos. Miró a Nathaniel.

Él estaba arrodillado en el suelo de su salón formal, con su elegante abrigo de lana, mirándola con una intensidad que le cortaba la respiración. No era el comerciante que ponía orden en el mundo. No era el amo que revisaba los libros de contabilidad.

Era el hombre que había perseguido a quienes la atormentaban. Era el hombre que la había sacado del lodo. Era su paladín.

—Gracias —susurró ella. Se le quebró la voz—. Me ha devuelto la vida.

—Nunca estuvo perdida —dijo Nathaniel con fiereza—. Solo robada.

Extendió la mano. Retiró una lágrima de su mejilla con un roce. Su pulgar descansó allí un momento, áspero y cálido contra su piel.

El aire de la habitación cambió.

El silencio dejó de estar vacío. Se volvió pesado, cargado de una tensión repentina que tiraba de ellos. Grace le miró los labios, luego los ojos. Vio cómo se le dilataban las pupilas, tragándose el gris. Vio cómo su mirada descendía hasta su boca.

Un anhelo brotó en su pecho, ardiente y aterrador. Quería inclinarse hacia su mano. Quería cerrar la pequeña distancia que los separaba. Sentía la atracción magnética que él ejercía, una fuerza que ignoraba las reglas de la casa y las leyes de Londres.

Nathaniel se inclinó. Su aliento rozó su frente.

Grace se quedó helada.

Sus ojos se desviaron por encima del hombro de él. Vio la pata de una mesa de caoba, tallada con garras intrincadas. Vio las cortinas de terciopelo recogidas con borlas doradas. Vio el retrato de su abuelo mirándola con desdén.

La realidad de la estancia cayó sobre ella con estrépito.

Ella era una criada. Llevaba una cofia de sirvienta. Estaba arrodillada sobre una alfombra que costaba más de lo que ella ganaría en diez vidas.

Él era Nathaniel Hartwell. Pertenecía a los retratos y al terciopelo.

Si se inclinaba hacia delante, lo destruiría. La sociedad no perdonaría a un hombre por amar a una costurera, aunque fuera inocente. Ella sería la piedra atada a su cuello, arrastrándolo hacia el ostracismo que ella conocía tan bien.

Grace se apartó.

Retiró la cabeza bruscamente de su mano como si su toque la hubiera quemado. Se puso de pie atropelladamente, tropezando con el dobladillo de su delantal.

Nathaniel se levantó lentamente. Parecía confundido, con la mano todavía suspendida en el aire, donde había estado la mejilla de ella.

—¿Grace? —preguntó él.

—No —dijo Grace. Retrocedió hasta que sus piernas chocaron con el borde de un sofá—. No, señor.

—Grace, espere —dijo Nathaniel. Dio un paso hacia ella—. ¿Qué ocurre?

—No podemos —dijo Grace. Le temblaba la voz, pero la forzó para que sonara dura—. Se olvida de quién es, señor.

Nathaniel se detuvo. Un rubor le subió por el cuello. —No olvido nada. La veo a usted, Grace. Veo quién es.

—Ve un caso de caridad —dijo Grace. Hizo un gesto vago hacia la habitación—. Mire a su alrededor. Mire esta casa. Y míreme a mí.

—La estoy mirando —dijo Nathaniel—. La casa no importa.

—Importa a todos los demás —rebatió Grace—. Le importa a su hermana. Les importa a sus socios comerciales. Es un caballero. Yo soy... yo soy la chica que cose sus sábanas.

—Eso es una circunstancia —argumentó Nathaniel—. No una definición.

—Es un muro —dijo Grace—. Un muro que no puede escalar sin caer.

Se apretó las manos. El dolor de rechazarlo era un sufrimiento físico en su garganta, agudo y sofocante. Pero tenía que hacerlo. Tenía que protegerlo de su propio corazón.

—Le estoy agradecida, señor —dijo Grace formalmente. Clavó los ojos en el nudo de su corbata—. Siempre estaré agradecida por lo que ha hecho. Ha limpiado mi nombre. Eso es suficiente. Debe ser suficiente.

—Grace —dijo él. Su voz sonaba ronca.

—Por favor —susurró ella—. No lo haga más difícil.

Hizo una reverencia, rápida y brusca.

—¿Me permite retirarme, señor?

Nathaniel la miró. La vulnerabilidad de sus ojos se endureció hasta convertirse en una máscara de dolor. Dejó caer la mano a su costado. Miró la puerta cerrada y luego volvió a mirarla a ella. Vio el miedo en su postura, las líneas rígidas de su defensa.

—Puede retirarse —dijo.

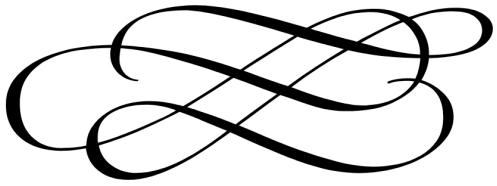
Grace se dio la vuelta. Caminó hacia las puertas dobles. Sentía los pies pesados, como si caminara por aguas profundas. Abrió la puerta y salió al pasillo.

Cerró la puerta entre ellos.

Apoyó la frente contra la madera. Escuchó el silencio al otro lado. Tenía de nuevo su nombre. Era libre.

Pero mientras regresaba a los aposentos del servicio, la libertad se sentía fría y vacía, como una casa sin fuego.

CAPÍTULO 16



Diciembre llegó con una escarcha mordiente que recubrió las ventanas de la casa Hartwell con un delicado encaje blanco. En la sala de costura, sin embargo, la temperatura iba en aumento. Grace se movía entre la mesa de corte y el maniquí, sorteando los rollos de terciopelo y satén que abarrotaban el suelo.

La habitación se había convertido en un asedio de seda.

Clara entró, apretándose para pasar junto a una pila de sombrereras. Llevaba tres sobres en la mano.

—Otra más —anunció Clara, agitando la carta de arriba—. Lady Beresford quiere un vestido para la gala de Nochebuena. Dice que debe llevar la silueta «Grace Tinsley».

Grace se detuvo, con las tijeras suspendidas sobre un trozo de brocado esmeralda. —¿Lady Beresford? Pero la gala es dentro de solo dos semanas.

—Le dije que estabas hasta arriba —dijo Clara, despejando un espacio en la mesa para dejar las cartas—. Insistió. Ofreció el doble de tu tarifa habitual.

Grace miró los sobres. Eran de un papel grueso, cremoso, sellados con cera espesa. Hacía dos meses había estado durmiendo en el

cementerio de una iglesia. Ahora, las damas de Mayfair pujaban por su tiempo.

—No tengo sitio —dijo Grace, señalando la habitación abarrotada—. Si traigo más tela, tendré que cortar en el techo.

—Podríamos mover los muebles —sugirió Clara con poca convicción.

—La luz es el problema —dijo Grace. Cogió un alfiletero—. Y la pelusa. La señora Gable ya se queja de que los hilos van dejando rastro en el pasillo.

Se abrió la puerta.

Nathaniel estaba allí. Llevaba su pesado sobretodo; acababa de regresar de la ciudad. Miró la habitación caótica. Miró la seda colgada de las sillas, las cajas apiladas contra la pared y a Grace en medio de todo, con las mejillas encendidas y una aguja en la mano.

—Parece que el negocio prospera —observó Nathaniel.

—Es un desastre —corrigió Grace, aunque en su voz se coló una nota de orgullo que no pudo reprimir—. Me he quedado sin espacio, señor.

Nathaniel entró en la habitación, cuidando de no pisar un lazo que había caído al suelo. Se detuvo junto al escritorio y miró la pila de encargos.

—No puede trabajar así —afirmó—. Es ineficiente.

—Me las apaño —dijo Grace.

—No debería tener que «apañarse» —dijo Nathaniel. La miró. Sus ojos grises estaban claros, desprovistos de la compasión que los había ensombrecido desde lo del parque. Ahora mostraban otra cosa. Respeto—. Tengo una propuesta.

Grace se irguió. —¿Señor?

—Esta mañana estaba hablando con un conocido —mintió Nathaniel con aplomo. Se ajustó el puño de la manga, mirando a la pared en lugar de a ella—. El señor Thornton. Es dueño de un almacén cerca de Covent Garden. Tiene un pequeño espacio en una esquina de la planta baja. Un antiguo despacho. Tiene un ventanal y una entrada independiente.

Grace escuchó, con las manos inmóviles sobre la tela.

—Busca inquilino —continuó Nathaniel—. Pero quiere a alguien tranquilo. Alguien que no moleste a los demás comerciantes. Le hablé de su situación.

—¿Un taller? —preguntó Grace. La palabra le supo dulce.

—No es un palacio —advirtió Nathaniel—. Las paredes son de ladrillo basto. Pero la luz es buena. Y, como es pequeño, el alquiler es... insignificante. Considera que me hace un favor al tener a alguien fiable en el local.

Grace le miró. Un taller propio. No un desván. No un cuarto prestado en casa de un rico. Un lugar con llave.

—¿Podría pagar el alquiler? —preguntó Grace—. ¿Con mis propios ingresos?

—Con facilidad —dijo Nathaniel—. Con el volumen de trabajo que tiene aquí, cubriría el coste de todo el año en un mes.

Grace miró a Clara. Clara resplandecía.

—Cógelo, Grace —apremió Clara—. Sal de este cuarto angosto. Sé tu propia dueña.

Grace volvió a mirar a Nathaniel.—¿Dónde está?

—En King Street —dijo Nathaniel—. Puedo llevarla ahora mismo.

Grace dejó las tijeras.—Voy a coger el chal.

El trayecto en carruaje fue silencioso. Grace se sentó enfrente de Nathaniel, las manos fuertemente entrelazadas en el regazo. Observó la ciudad desfilar. Pasaron junto a las tiendas con sus escaparates de Navidad, las coronas de acebo colgadas en las puertas, los vendedores callejeros asando castañas.

El carruaje se detuvo ante un sólido edificio de ladrillo. No era un gran local comercial, pero era firme.

Nathaniel abrió la puerta con una llave que sacó del bolsillo.

Grace entró.

El espacio era exactamente como él lo había descrito. Las paredes eran de ladrillo visto, pintadas de un blanco limpio. El suelo, de roble de anchas tablillas, estaba pulido por los años de uso. Un gran ventanal dominaba la pared delantera, dejando entrar la luz gris del invierno. Había una pequeña chimenea en la esquina y una mesa de madera maciza en el centro.

Hacía frío. Estaba vacío.

Era perfecto.

Grace caminó hasta el centro de la estancia. Sus botas resonaron sobre la madera. Giró en un círculo lento.

—Hay un cuarto trasero —dijo Nathaniel, señalando una puerta—. Con un catre y una jofaina. Podría dormir allí, si quisiera estar cerca de su trabajo.

Grace se acercó a la pared. Extendió la mano y tocó el ladrillo áspero. Parecía sólido. Parecía real.

—El señor Thornton pide cinco chelines al mes —dijo Nathaniel.

Grace se volvió hacia él.—Es muy poco.

—Es un hombre acaudalado —dijo Nathaniel, encogiéndose de hombros—. No necesita el dinero. Prefiere la seguridad de un inquilino conocido.

Grace miró la llave en la mano de Nathaniel. Era una pieza de hierro sencilla, pero para ella parecía de oro.

—Lo tomaré —dijo Grace.

Nathaniel le tendió la llave.

Grace la tomó. Sus dedos rozaron la palma de él. Su mano estaba cálida, la piel endurecida por montar. Retiró la llave con rapidez, apretándola con fuerza.

—Gracias, señor —dijo—. Por favor, déle las gracias al señor Thornton de mi parte.

—Lo haré —dijo Nathaniel.

La observó. Vio cómo se erguía, cómo alzaba la barbilla. Vio el regreso de la mujer que había discutido sobre la calidad de la lana.

—Enviaré a los lacayos para ayudarla a trasladar sus materiales mañana —dijo Nathaniel.

—No —dijo Grace. Miró la estancia vacía—. Los llevaré yo. Quiero hacerlo yo misma.

Nathaniel asintió. Lo comprendía.—Muy bien.

La dejó allí.

Grace se quedó sola en el silencio del almacén. Caminó hasta la ventana y miró a la calle. La gente pasaba, ocupada con sus vidas, sin saber de la mujer que estaba tras el cristal.

Miró la llave en su mano.

Lo había logrado. Había sobrevivido a la señora Brant. Había sobrevivido al escándalo. Había sobrevivido al frío.

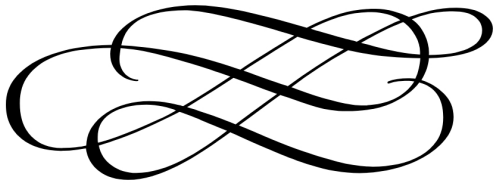
Se acercó a la mesa y apoyó la mano plana sobre la madera. Esta era su mesa de corte. Ese era su fuego. Esta era su tienda.

Ya no era un objeto de caridad. Era una inquilina. Era propietaria de un negocio.

Inspiró hondo. El aire de la estancia estaba frío y olía a polvo y a promesa. El aire de la estancia estaba frío y quieto.

Grace Tinsley sonrió. Fue una sonrisa pequeña y feroz. Se mantenía en pie por sí misma, y el suelo bajo sus pies le parecía firme por primera vez en su vida.

CAPÍTULO 17



Grace caminaba por King Street con paso rítmico y decidido. El aire de la mañana era gélido y le azotaba las mejillas, pero no sentía el frío. En su bolsillo, cinco chelines de plata tintineaban entre sí con cada paso. Era un sonido pesado y rotundo.

Llegó a la pequeña oficina situada al final del bloque de almacenes. El letrero sobre la puerta decía: *H. J. Miller, Propietario*.

Grace se detuvo. Nathaniel le había dicho que el nombre del dueño era el señor Thornton. Supuso que el señor Miller era el agente o que quizá el señor Thornton había comprado el edificio recientemente. No importaba. Tenía el dinero del alquiler. Se lo había ganado con sus propias manos, cosiendo hasta que los ojos le ardieron y los dedos le sangraron.

Abrió la puerta de un empujón.

Un hombre estaba sentado tras un escritorio abarrotado. Era corpulento, con patillas de hacha y un chaleco que se tensaba sobre un estómago generoso. Levantó la vista de su libro de contabilidad, entrecerrando los ojos ante la luz que entraba por el umbral.

—¿Dígame? —preguntó el hombre.

—Buenos días —dijo Grace. Se acercó al escritorio y se llevó la mano al bolsillo, sintiendo la seguridad que le infundían las monedas—.

Soy Grace Tinsley. Soy la inquilina de la unidad de la esquina. La unidad 4.

El hombre frunció el ceño. Abrió un cajón y sacó un libro grueso. Deslizó un dedo por la columna. —Tinsley... Tinsley...

—Vengo a pagar el alquiler —dijo Grace—. Cinco chelines. Por el mes de diciembre.

El hombre se detuvo. La miró por encima de la montura de sus gafas. —¿Cinco chelines?

—Esa es la tarifa acordada —dijo Grace—. Con el señor Thornton.

—¿Thornton? —El hombre soltó una carcajada. Fue un sonido tosco, como un ladrido—. Aquí no hay ningún Thornton, señorita. Soy Henry Miller. Soy el dueño de este edificio desde hace veinte años.

Grace se quedó helada. Un escalofrío de inquietud le recorrió la nuca. —Pero el señor Hartwell dijo...

—Ah, Hartwell —dijo Miller. Su expresión se relajó. Cerró el libro de golpe—. ¿Por qué no lo ha dicho antes? Sí, unidad 4. Las llaves se le entregaron al señor Hartwell el martes.

—Traigo el alquiler —repitió Grace. Sacó las monedas de su bolsillo y las apiló sobre el escritorio. Brillaban con un fulgor apagado bajo la tenue luz—. Cinco chelines.

Miller miró el dinero y luego a Grace. Parecía confundido.

—Guarde su dinero, muchacha —dijo Miller—. El alquiler está pagado.

—¿Pagado? —preguntó Grace. Su voz era apenas un hilo.

—Pagado por completo —confirmó Miller—. Por todo el año. El propio señor Hartwell firmó el pagaré. Y no han sido cinco chelines

al mes, se lo aseguro. Una fachada de primera como esa sale por dos libras.

El mundo se inclinó sobre su eje.

Grace se quedó mirando al hombre. —¿Dos libras?

—Sí —asintió Miller—. Dijo que era para un caso de caridad. Alguna pariente pobre a la que estaba ayudando. Dijo que mantuviéramos los papeles entre nosotros.

Grace miró las monedas de plata sobre el escritorio. Habían sido su orgullo. Habían sido la prueba de que era independiente, de que se mantenía por sus propios medios. Ahora parecían juguetes de niños.

No era una inquilina. Era un caso de caridad.

Era una mascota.

Grace recogió las monedas con avidez. Se las metió en el bolsillo de un tirón.

—Gracias, señor Miller —dijo. Su voz era de hielo.

—¡Oiga! —exclamó Miller mientras ella se daba la vuelta—. ¿Va todo bien?

Grace no respondió. Salió de la oficina y cerró la puerta de un portazo.

El camino de vuelta a Mayfair fue un borrón. Grace no vio los carruajes ni a los vendedores ambulantes. Solo veía rojo. Una furia, ardiente y devoradora, le quemaba en el pecho. No era el enfado de una sirvienta reprendiendo a un señor. Era la rabia de una mujer cuya dignidad había sido comprada y vendida sin su consentimiento.

Llegó a la casa de los Hartwell. No se dirigió a la entrada del servicio. Subió los escalones principales y tocó el timbre.

El mayordomo abrió la puerta. Pareció sorprendido al verla en la entrada principal, sin aliento y despeinada por su paso furioso.

—¿Señorita Tinsley? —preguntó el mayordomo—. Debería usar la...

—¿Dónde está? —exigió Grace.

—El señor Hartwell está en el despacho —dijo el mayordomo, retrocediendo instintivamente ante la mirada de sus ojos—. Pero está trabajando.

Grace pasó de largo. Cruzó el vestíbulo de mármol; sus botas golpeaban la piedra con ecos duros y coléricos. Llegó a la puerta del despacho. No llamó.

Abrió la puerta de par en par.

Nathaniel estaba sentado a su escritorio con una pluma en la mano. Levantó la vista, sobresaltado por la intrusión. Al verla, su expresión pasó de la molestia a la preocupación.

—¿Grace? —dijo. Se puso en pie—. ¿Qué pasa?

Grace se acercó al escritorio. Metió la mano en el bolsillo. Sacó los cinco chelines.

Los arrojó.

Las monedas golpearon la madera pulida del escritorio y se dispersaron. Una rodó por el borde y giró sobre el suelo, con un sonido tintineante y burlón en el silencio.

—Me ha mentido —dijo Grace.

Nathaniel miró las monedas. La miró a ella. Su rostro permaneció tranquilo, pero sus ojos estaban alerta.

—Veo que has conocido al señor Miller —dijo Nathaniel.

—No existe ningún señor Thornton —acusó Grace—. No hay ningún alquiler de cinco chelines. Son dos libras. Y tú lo pagaste.

—Quería asegurarme de que tuvieras el local —dijo Nathaniel—. El precio era... irrelevante.

—¡Irrelevante para ti! —gritó Grace—. ¡Todo es irrelevante para ti porque puedes comprar el mundo! ¡Pero para mí importa!

—Grace, sé razonable —dijo Nathaniel. Rodeó el escritorio, intentando acercarse a ella—. Sabía que no podías pagar el precio de mercado. Quería ayudarte a empezar tu negocio. ¿Qué importa de quién sea el nombre que figura en el libro?

—¡Importa porque no soy la dueña de un negocio! —Grace retrocedió, esquivando su mano—. ¡Soy una mujer mantenida! Eso es lo que es esto, ¿verdad? Tú pagas mi habitación. Tú pagas mi techo. Tú pagas mi existencia.

Nathaniel se detuvo. Tenson la mandíbula. —Eso es un insulto. Para ambos.

—¿Lo es? —Grace soltó una carcajada, un sonido áspero y quebradizo—. ¿Cómo llamas tú a una mujer cuya vivienda paga un caballero rico? ¿A una mujer que vive en secreto en una habitación que él le proporciona?

—Te considero una amiga a la que intento ayudar —espetó Nathaniel. Su voz se elevó, igualando la de ella—. Te considero una mujer con talento que merece una oportunidad.

—¡No quiero una oportunidad comprada! —exclamó Grace—. Quería ganármela. Quería mirar esas paredes y saber que mi trabajo las había pagado. Tú me arrebataste eso. Convertiste mi trabajo en un pasatiempo financiado por tu caridad.

—¡Intentaba protegerte! —gritó Nathaniel—. ¡Dormías en un desván! ¡Te estabas congelando en el cementerio de una iglesia! ¿Crees que podía ver cómo te esforzabas por reunir unos chelines cuando yo podía solucionar el problema con un trazo de pluma?

—¡Sí! —chilló Grace—. ¡Porque el esfuerzo es mío! ¡Es lo único que es mío! Cuando tú lo solucionas por mí, me conviertes en una niña. O algo peor.

Le señaló con un dedo tembloroso.

—Estás intentando convertirme en tu amante —acusó—. Me instala en una habitación privada. Paga las facturas. Me visita. Es el arreglo clásico, ¿no es así? El rico comerciante y su costurera.

Nathaniel palideció. El color huyó de su rostro, dejándolo con un aspecto desolado. —Grace, detente.

—¿Es por eso por lo que lo hiciste? —exigió Grace. Avanzó hacia él, impulsada por la humillación que le ardía en las entrañas—. ¿Pensaste que si me comprabas una tienda, acabaría estando lo bastante agradecida como para abrirte la puerta trasera?

—¡Basta! —rugió Nathaniel.

El grito hizo vibrar la estancia.

La agarró por los hombros. Su agarre era firme, y la obligó a guardar silencio por la impresión. La miró desde su altura, con sus ojos grises llameando con una furia que igualaba la de ella.

—No vuelvas a decir eso jamás —siseó Nathaniel—. No menosprecies lo que he hecho. Y no te menosprecies a ti misma.

—No soy yo quien se menosprecia —susurró Grace, aunque no se soltó—. Soy la que intenta pagar su propio camino. Eres tú quien insiste en convertirme en una dependiente.

—No insisto en nada —dijo Nathaniel—. Solo quería que estuvieras a salvo.

—No quiero estar a salvo —dijo Grace—. Quiero ser libre. Y no puedo ser libre si estoy en deuda contigo.

Miró las manos de él sobre sus hombros. Miró la fina lana de su chaqueta. Miró el costoso mobiliario de la habitación.

—Crees que el dinero lo soluciona todo —dijo Grace en voz baja—. Pero solo construye jaulas. Y no viviré en la tuya.

Se zafó de su agarre con brusquedad.

—No aceptaré la tienda —dijo—. Volveré al desván. Volveré a la calle. Pero no seré su obra de caridad.

—Grace, estás siendo terca —dijo Nathaniel—. No puedes volver atrás.

—Mírame —dijo Grace.

Se dirigió a la puerta.

—¡Grace! —llamó Nathaniel.

Ella no se detuvo. Alargó la mano hacia el pomo.

—¡Te quiero!

Las palabras la golpearon por la espalda.

Grace se quedó paralizada. Su mano quedó suspendida sobre el pestillo de latón. El silencio que inundó de nuevo la habitación era ensordecedor. El reloj de la chimenea hacía tictac. El fuego chisporroteaba.

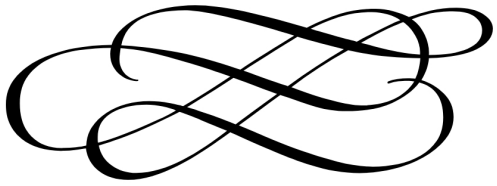
Se quedó mirando la madera de la puerta. Oyó la respiración de él, irregular y agitada a sus espaldas.

Se dio la vuelta lentamente.

Nathaniel estaba de pie junto al escritorio. Parecía destrozado. La ira había desaparecido, reemplazada por un terror desesperado y evidente. Parecía un hombre que acabara de dar un paso al vacío.

—¿Qué has dicho? —susurró Grace.

CAPÍTULO 18



La confesión flotaba en el silencio del despacho, pesada y sofocante. El fuego chisporroteó en la chimenea, un sonido seco que hizo que Grace se sobresaltara. Se quedó mirando a Nathaniel. El pecho de él subía y bajaba por el esfuerzo de su arrebato; tenía el rostro pálido y despojado de toda su habitual y reservada cautela.

—Me ama —repitió Grace. Su voz era plana, carente de inflexión.

—Sí —dijo Nathaniel. Dio un paso hacia ella, con las manos abiertas en un gesto de rendición—. La amo. La he amado desde el momento en que se plantó en mi puerta y me dijo que el mundo no podía ordenarse a mi antojo.

Grace sacudió la cabeza. El movimiento fue brusco, un rechazo físico a sus palabras.

—No diga eso.

—Es la verdad —insistió Nathaniel—. Me acusa de intentar comprarla. Me acusa de convertirla en una amante. Pero no he pagado el alquiler para poseerla, Grace. Lo he pagado porque no puedo soportar la idea de que sufra cuando está en mi mano evitarlo.

Alargó la mano y sus dedos rozaron la manga del vestido gris de ella.

—Lo he hecho porque quiero que prospere —dijo él—. No como alguien que dependa de mí. Sino como usted misma.

Grace miró la mano de él sobre su brazo. Era un peso cálido y firme. Por un segundo, la aterradora belleza de su confesión amenazó con hacerle flaquear las rodillas. La amaba. El hombre que la había llevado en brazos por el barro, el hombre que escuchaba sus historias sobre pinzas de la ropa, la amaba.

Pero entonces miró más allá de él. Vio los libros encuadernados en cuero en las estanterías. Vio el tintero de plata sobre el escritorio. Vio los siglos de riqueza y expectativas que formaban los cimientos mismos de aquella casa.

Sus defensas internas se cerraron de golpe con la fuerza de la verja de una prisión.

Retrocedió, rompiendo el contacto.

—Es imposible —dijo Grace.

—Nada es imposible —dijo Nathaniel—. Soy un hombre de recursos considerables. No rindo cuentas a nadie.

—¡Usted rinde cuentas a todo el mundo! —exclamó Grace. Señaló hacia la ventana, hacia la calle—. Rinde cuentas a la sociedad. Rinde cuentas a su apellido. ¿Cree que puede simplemente decidir amar a una costurera y que el mundo lo aplaudirá?

—No me importa el mundo —dijo Nathaniel.

—Le importará —dijo Grace. Su voz bajó de tono, dura y segura—. Cuando dejen de llegar las invitaciones. Cuando su hermana sea rechazada por la mujer con la que se haya casado su hermano. Cuando entre en una habitación y la conversación cese porque yo voy del brazo de usted.

—Que hablen —dijo Nathaniel—. Son unos hipócritas.

—Son su gente —corrigió Grace—. Son sus socios. Sus amigos. Su familia.

Dio otro paso atrás, interponiendo el pesado escritorio de roble entre los dos. Necesitaba esa barrera. Necesitaba la madera y la distancia para no desmoronarse.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Grace—. ¿Cree que quiero ser la pobre huérfana a su sombra? ¿El caso de caridad que tuvo suerte? Cada vez que me pusiera un vestido de seda, dirían que usted lo ha pagado. Cada vez que hablara, aguzarían el oído buscando el rastro del arroyo en mi voz.

—Yo la protegería —dijo Nathaniel.

—¡No puede protegerme de la verdad! —gritó Grace—. Somos diferentes, Nathaniel. Eso no es un prejuicio. Es un hecho. Usted nació para gobernar este mundo. Yo nací para servirlo.

Nathaniel la miró. La esperanza en sus ojos empezó a resquebrajarse.

—¿Me está rechazando por mi posición?

—Le estoy rechazando porque no seré la piedra que lo hunda —dijo Grace. Se aferró al borde del escritorio hasta que se le pusieron blancos los nudillos—. No seré la razón por la que su familia sufra. Y no viviré una vida en la que tenga que estar pidiendo perdón constantemente por mi existencia.

—Grace —suplicó él—. Por favor.

—No —dijo Grace. Se obligó a mirarlo, a memorizar las líneas de su rostro, el gris de sus ojos, porque sabía que nunca volvería a tenerlo así de cerca—. Me ha ofrecido una jaula, Nathaniel. Era una jaula de

oro, construida con amor y dinero, pero seguía siendo una jaula. No puedo respirar en ella.

—Jamás la enjaularía —susurró Nathaniel. Parecía destrozado. Sus hombros se hundieron; la lucha lo abandonaba.

—No lo haría a propósito —dijo Grace—. Pero lo haría.

Enderezó la espalda. Se apretó el chal sobre los hombros, envolviéndose en lo único que de verdad poseía.

—El alquiler —dijo formalmente—, se lo devolveré. Hasta el último penique. Enviaré los pagos al Sr. Miller.

—Grace, no tiene por qué...

—Se lo devolveré —repitió ella—. No estaré en deuda con usted. Ni por dinero. Ni por esto.

Se volvió hacia la puerta. Sentía las piernas pesadas, como si caminara por aguas profundas.

—Grace —dijo Nathaniel. Su voz era un susurro roto.

Se detuvo, con la mano en el pestillo de latón. No se dio la vuelta. Se quedó mirando la veta de madera del panel de la puerta.

—Adiós, señor —dijo ella.

Abrió la puerta y salió.

Cruzó el vestíbulo de mármol. El mayordomo no estaba a la vista. Abrió la pesada puerta principal y salió al pórtico.

El aire gélido la golpeó en la cara como una bofetada. El viento había arreciado, cargado con la punzada aguda de la nieve inminente.

Grace bajó los escalones. Llegó a la acera y se dirigió hacia la ciudad. No volvió la vista hacia el ventanal iluminado del despacho. Caminó hacia la tarde gris, con la cabeza alta y el corazón roto en el pecho a cada paso que la alejaba del único hombre que la había visto de verdad.

* * *

* * *

Grace se sentó a la pesada mesa de roble en el centro de la tienda vacía. La luz del invierno entraba por el gran ventanal delantero, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire. Tenía una pluma en la mano. La punta rascó sobre el pergamino, un sonido nítido y decidido en la estancia tranquila.

Yo, Grace Tinsley, reconozco una deuda de veinticuatro libras con el Sr. Nathaniel Hartwell por el arrendamiento del local situado en el número 4 de King Street. Acepto devolver esta suma en cuotas mensuales de una libra.

Firmó con su nombre al pie. La tinta era negra y estaba fresca.

Esparció arena sobre la firma húmeda y observó cómo los granos absorbían el exceso de líquido. Sopló la arena. Dobló el papel con pliegues precisos y marcados. Lo metió en un sobre y lo selló con una oblea de cera roja.

Depositó el sobre en la esquina del escritorio. Se quedó allí como un ladrillo. Era una barrera. Transformaba la pasión del estudio de nuevo en un asiento contable. Convertía un romance en una transacción.

Grace se puso en pie. Se acercó al ventanal. Pegó un trozo de cartulina rígida al cristal. Ella misma lo había rotulado esa mañana, con un tarro de pintura negra y buen pulso.

Grace Tinsley, Costurera.

Retrocedió para admirarlo. Las letras eran audaces. No pedían perdón. No pedían permiso.

Se dio la vuelta y examinó sus dominios. Era un lugar austero. Una mesa de corte, una sola silla y su maniquí de costura ocupaban la estancia principal. Los estantes estaban vacíos, a la espera de las piezas de tela que aún tenía que comprar.

Caminó hacia la habitación trasera. No era más que un cuartito, estrecho y con corrientes de aire. Un catre descansaba contra la pared de ladrillo, cubierto con una fina manta de lana. Un jofaina descansaba sobre un cajón.

Grace se sentó en el catre. El colchón estaba relleno de paja. Crujió bajo su peso. El aire allí era más frío que en la estancia de delante. Las paredes de ladrillo absorbían el calor de la pequeña estufa de hierro que había encendido hacía una hora.

Se apretó el chal a los hombros. Se estremeció.

Pero mientras contemplaba la pintura descascarillada del techo, una feroz satisfacción floreció en su pecho. Era una sensación física, cálida y sólida. Nadie podía echarla de allí. Nadie podía decirle cuándo dormir ni qué coser. Aquel frío le pertenecía. Aquella pobreza era elección suya.

Se recostó en el catre. Se quedó mirando el techo.

El rostro de Nathaniel afloró en su mente. Vio la desolación en sus ojos grises cuando ella cruzó la puerta. Oyó el desgarro de su voz llamándola.

Un dolor intenso nació en el centro de su pecho. Se irradió hacia fuera, un latido sordo que le dificultaba la respiración. Se apretó la mano contra el corpiño, como si quisiera sujetar físicamente su corazón. Le echaba de menos. El silencio de la tienda, que tan triunfal le había parecido hacía un momento, ahora se antojaba inmenso y solitario.

* * *

* * *

Grace abrió la puerta del número 4 de King Street. La bisagra gruñó, rígida por la escarcha matinal. Empujó la puerta y entró. El aire de la tienda estaba más frío que el de la calle, una bolsa de gélido estancamiento que se había asentado durante la noche entre los ladrillos.

Se dirigió a la pequeña estufa de hierro de la esquina. Sus dedos estaban torpes por el frío mientras colocaba la leña. Rascó una cerilla contra el hierro rugoso. Se encendió y se apagó. Rascó otra. Esta vez la madera prendió, enviando un fino penacho de humo gris por la chimenea.

Se frotó las manos, tratando de devolver la vida a sus nudillos. Miró alrededor de la habitación. Los estantes seguían desnudos, salvo por una única pieza de muselina que había comprado con su último chelín. La mesa de corte estaba fregada y limpia. El cartel del ventanal daba a la calle, una declaración en blanco y negro de su existencia.

Grace Tinsley, Costurera.

Se alisó el delantal. Se apostó tras el mostrador y esperó.

La ciudad se despertó. Los carros tableteaban sobre los adoquines, cargados con cajas de verduras de invierno. Hombres con gruesos abrigos pasaban deprisa, con la cabeza gacha contra el viento cortante.

Grace los observaba. Esperaba una pausa en el tránsito, que una dama se detuviera a mirar el escaparate.

Dieron las diez. El sol subió más alto, librando una batalla perdida contra las nubes cargadas.

Un carruaje aminoró la marcha fuera.

A Grace le dio un vuelco el corazón. Reconoció el escudo de la puerta. Pertenecía a la Sra. Sterling, una mujer que había comprado tres vestidos a la Sra. Brant el mes pasado. Grace recordaba haberle tomado las medidas para un hábito de montar de terciopelo.

El carruaje se detuvo. El lacayo saltó y abrió la puerta.

La Sra. Sterling bajó. Llevaba una capa ribeteada de marta cibelina. Miró los números de los edificios, comprobando su ubicación.

Grace dio un paso al frente. Abrió el cerrojo de la puerta de la tienda y la entornó, lista para recibir a su primera cliente.

La Sra. Sterling se volvió. Miró el ventanal. Leyó el cartel.

Sus ojos fueron más allá del cristal. Miró directamente a Grace.

Grace hizo una pequeña y tímida reverencia.

La Sra. Sterling no sonrió. Su labio se curvó en una mueca de desprecio, clara y visible, que distorsionó su rostro empolvado. Le dio la espalda deliberadamente. Le dijo algo tajante a su lacayo.

No caminó hacia la tienda. Cruzó la calle, levantándose mucho las faldas para evitar el barro, y se alejó rápidamente por la acera

opuesta.

El lacayo cerró la puerta del carruaje y volvió a subir al pescante. El vehículo se marchó con estrépito.

Grace se quedó en la puerta abierta. El viento frío azotaba sus faldas contra sus tobillos. El rechazo fue un golpe físico. Fue una bofetada propinada desde seis metros de distancia.

Cerró la puerta. Echó la llave.

Se alejó del ventanal. Se sentía expuesta. El cristal no era un escaparate. Era una lente que magnificaba su vergüenza. El escándalo había surtido efecto. Tenía una tienda, tenía un oficio, pero para las mujeres de Londres, era una paria.

Miró la estancia vacía. Se sentía inmensa e insensata.

Las lágrimas le escocieron en los ojos. Estaban calientes y picaban. Se presionó las palmas contra los ojos, negándose a dejarlas caer. No regaría los tablones de su propia tienda con lágrimas.

Caminó hacia la mesa de corte. Cogió sus tijeras; el peso del acero la ancló a la realidad.

Volvió a mirar por la ventana.

La calle estaba ahora vacía de peatones. Pero al otro lado del camino, a la sombra del almacén de enfrente, había un carruaje estacionado.

Era un brougham oscuro y sencillo. No había ningún escudo en la puerta. Parecía cualquier coche de alquiler de la ciudad.

Pero Grace se fijó en los caballos.

Eran una pareja de caballos bayos, con el pelaje reluciente como caoba pulida incluso bajo la luz mate. Estaban perfectamente

quietos, disciplinados y poderosos. El cuero de los arreos era negro y estaba aceitado; las hebillas eran de plata.

Conocía aquellos caballos. Los había visto en las caballerizas de los Hartwell.

Grace caminó hacia el ventanal. Apoyó la mano contra el cristal frío.

El carruaje no se movió. Las cortinillas estaban echadas.

Miró al cochero. Estaba sentado inmóvil en el pescante, con el sombrero calado. Era Thomas, el cochero personal de Nathaniel.

Grace clavó la vista en la ventana oscura del carruaje. Sabía quién estaba sentado dentro.

Nathaniel.

Él no iba a entrar. Había prometido respetar su independencia. Había jurado no pagar para que ella eludiera sus dificultades.

Pero estaba allí.

Estaba vigilando. Había visto a la Sra. Sterling despreciarla. Había visto la calle vacía. Estaba sentado en el frío, esperando. Se estaba asegurando de que, aunque el mundo la ignorara, no estuviera sola.

Grace se tragó el nudo de su garganta. El aislamiento de la tienda retrocedió. El silencio se sintió menos hostil.

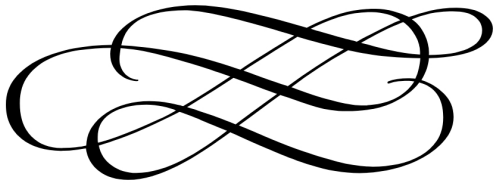
Él estaba haciendo la guardia.

Miró al carruaje una última vez. Luego se volvió hacia su mesa de trabajo. Desenrolló la muselina. Cogió su tiza.

La tienda estaba vacía y el fuego era pequeño, pero fuera, en la mañana gris, un centinela esperaba.

Grace empezó a cortar.

CAPÍTULO 19



El cascabel sobre la puerta de la tienda tintineó.

Grace se incorporó rápidamente. Se alisó el cabello y caminó hacia la sala principal.

Clara Hartwell estaba en la entrada. Vestía una pesada capa de terciopelo azul y un sombrero adornado con bayas de invierno. Parecía fuera de lugar frente a las toscas paredes de ladrillo, un ave del paraíso en el nido de un gorrión.

—Grace —dijo Clara.

—Señorita Hartwell —dijo Grace. No hizo una reverencia. Se quedó detrás de su mesa de corte, manteniéndola entre ambas—. No la esperaba.

Clara miró alrededor de la tienda. Observó los estantes vacíos, la única mesa y el aire frío que flotaba en la estancia.

—Es... suya —observó Clara.

—Lo es —asintió Grace—. Le he enviado el primer pago al Sr. Miller. He redactado un contrato para el resto.

Clara miró el sobre que había sobre el escritorio y suspiró. —Eres terca, Grace. Nathaniel no deja de caminar por la biblioteca. No ha comido nada desde ayer.

Grace bajó la vista hacia las vetas de madera de la mesa. —Se recuperará. Los caballeros siempre lo hacen.

—¿De verdad? —preguntó Clara—. Se adentró más en la sala y pasó un dedo enguantado por el borde del maniquí de costura—. Te marchaste muy de repente. Él me contó lo que pasó. O mejor dicho, se lo gritó a las paredes.

—No podía quedarme —dijo Grace—. Lo sabes, Clara. Tú, mejor que nadie, sabes lo que la sociedad le haría.

—Sé lo que dice la sociedad —respondió Clara—. Pero también conozco a mi hermano. Él no entrega su corazón a la ligera.

—Lo que ofreció fue caridad —corrigió Grace—. Pagó mi alquiler a mis espaldas.

—Quería que estuvieras a salvo —dijo Clara—. ¿Tan terrible fue ese crimen?

—Fue una mentira —sentenció Grace—. Y no pienso construir una vida sobre los cimientos de una deuda.

—Así que eliges esto —dijo Clara, señalando la fría estancia—. Eliges el frío. Eliges la penuria.

—Elijo mi dignidad —afirmó Grace, levantando la barbilla—. Aquí soy libre.

—¿Lo eres? —preguntó Clara con suavidad.

Clara caminó hacia la mesa y miró a Grace a los ojos. Su expresión no era de enfado, sino de tristeza.

—¿Por qué lo rechazaste realmente, Grace? —preguntó Clara—. ¿Fue de verdad solo por el alquiler? ¿O fue por miedo?

Grace se aferró al borde de la mesa. —Es el mundo, Clara. Míranos. Tú vistes terciopelo. Yo visto lana. Tú vives en una mansión. Yo duermo en un catre en un cuarto trastero. Hay un muro entre nosotros. Es alto y es grueso.

—Los muros se pueden escalar —dijo Clara.

—Y la gente se cae —rebatió Grace—. Si me casara con él, lo destruiría. Sus amigos lo abandonarían. Sus negocios se resentirían. Tú misma te verías mancillada por la asociación conmigo. Yo sería el ancla que os hundiría a todos.

—Has decidido nuestro destino por nosotros —dijo Clara—. Asumes que somos demasiado débiles para soportar el peso de una costurera.

—Asumo que sois humanos —dijo Grace con voz vacilante—. Y los humanos son crueles. He aprendido bien esa lección.

Pensó en la señora Brant. Pensó en el hombre de Bloomsbury. Pensó en los vecinos de la esquina de la calle.

—No puedo ser la causa de su ruina —susurró Grace—. Le quiero demasiado para eso.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire gélido.

Clara la miró. Vio la desdicha grabada en el rostro de Grace. Vio el vacío en sus ojos que contradecía las valientes palabras sobre la libertad.

—Oh, Grace —dijo Clara en voz baja—. Estás tan ocupada protegiendo a todos los demás que te has olvidado de proteger tu propia felicidad.

Grace negó con la cabeza. —La felicidad es un lujo para los ricos, Clara. La supervivencia es para el resto de nosotros.

Clara no habló de inmediato. Observó el cartel en la ventana: *Grace Tinsley, costurera.* Luego volvió a mirar a la muchacha que temblaba en su propia tienda, aferrada a su orgullo como a un escudo que la estaba aplastando lentamente.

Grace esperó a que Clara se marchara. Esperó el sermón sobre el decoro o la aceptación de su situación. Esperó a que la puerta se cerrara para poder volver a la trastienda y dejar que el dolor en su pecho la consumiera.

Pero Clara no se fue. Retiró una silla y se sentó.

—Siéntate, Grace —ordenó Clara.

—Tengo trabajo que hacer —dijo Grace.

—Siéntate —repitió Clara. Se desabrochó la capa de terciopelo—. Tenemos que hablar de muros.

* * *

* * *

El reloj de caja en el pasillo de la planta baja dio las tres. Las notas profundas y resonantes subieron por la escalera de servicio y vibraron a través de los tablones del suelo del ático.

Grace se incorporó de golpe en su estrecha cama. Respiraba de forma entrecortada y brusca. Sus manos se aferraban a la tosca lana de la manta, con los nudillos blancos en la oscuridad.

El sonido del reloj se desvaneció, pero el sonido en su cabeza permaneció. Era el *clic* agudo y definitivo de una llave girando en una cerradura. Era el sonido de un cerrojo de latón al encajar,

encerrándola en una habitación con cortinas de terciopelo y un hombre con bata de fumar.

Se presionó las palmas de las manos contra los oídos. La habitación estaba en silencio. La puerta no tenía echado el pestillo. Estaba a salvo en la casa de los Hartwell.

Pero su corazón no lo creía. Martilleaba contra sus costillas, como un pájaro frenético atrapado en una jaula de huesos. La oscuridad de la pequeña estancia se sentía pesada, presionando sus ojos y su boca.

Se quitó las mantas de encima. No podía quedarse allí. Necesitaba luz. Necesitaba espacio.

Se puso la bata y se anudó el cinturón con fuerza a la cintura. Se calzó las zapatillas. Cogió su vela, pero le temblaban demasiado las manos como para encender una cerilla. La dejó apagada.

Abrió la puerta. El pasillo era un túnel de sombras grises. Caminó hasta las escaleras, rozando la pared con la mano para mantener el equilibrio. La casa respiraba a su alrededor, una corriente lenta y rítmica que susurraba a través de las rendijas de los marcos de las ventanas.

Bajó a la cocina. Las losas de piedra del suelo estaban lo suficientemente frías como para atravesar las suelas de sus zapatillas. Deseaba la realidad tangible de los cazos de cobre y la mesa de madera fregada. Deseaba el consuelo mundano de un vaso de leche caliente.

Empujó la pesada puerta de roble.

Se detuvo.

Una sola vela ardía en la larga mesa en el centro de la estancia. La llama parpadeaba, proyectando sombras largas y danzantes contra las paredes encaladas.

Un hombre estaba sentado a la mesa.

Estaba desplomado en una silla, con los codos apoyados en la madera y la cabeza gacha. Se había quitado la chaqueta y el chaleco. Su camisa blanca estaba desabrochada en el cuello, con las mangas remangadas revelando unos antebrazos fuertes y musculosos.

Era Nathaniel.

Grace dio un paso atrás. El tablón del suelo crujió bajo su peso.

Nathaniel levantó la cabeza de golpe. Su reacción fue instantánea y violenta. Se impulsó lejos de la mesa, y su silla chirrió ruidosamente contra la piedra. Se llevó la mano a la cintura, buscando un sable que no estaba allí.

La vio. Se quedó helado.

Tenía los ojos muy abiertos, con las pupilas dilatadas por la escasa luz. Durante un segundo, la miró sin reconocerla, como un hombre que todavía estuviera perdido en otro tiempo y lugar. Luego, la tensión abandonó sus hombros. Exhaló un suspiro largo y entrecortado.

—Grace —dijo él. Su voz sonaba ronca por el cansancio.

—Señor —susurró Grace. Se cerró más la bata en el cuello, consciente de su falta de decoro—. Yo... no sabía que estaba aquí. Me iré.

—No —dijo Nathaniel. Se pasó una mano por el pelo, dejándolo revuelto—. No se vaya. Por favor.

Miró la silla vacía frente a él. Era una invitación. Era una infracción de cada regla que gobernaba sus vidas. Los señores no se sentaban

con los sirvientes en la cocina a las tres de la mañana. Los caballeros no se presentaban en mangas de camisa ante las damas.

Grace lo miró. Vio las ojeras bajo sus ojos. Vio el temblor en su mano cuando alcanzó un vaso de agua.

Entró en la estancia. La puerta se cerró a sus espaldas.

Se sentó en la silla.

La vela estaba entre ellos. Era un pequeño sol dorado en la inmensa oscuridad de la casa.

—La he despertado —dijo Nathaniel—. Le pido disculpas. Estaba... caminando de un lado a otro.

—Usted no me ha despertado —dijo Grace. Entrelazó las manos sobre la mesa. La madera estaba fresca y suave—. No podía dormir.

Nathaniel miró sus manos. —¿La habitación?

—La cerradura —corrigió Grace—. He oído la cerradura girar.

Nathaniel asintió. Comprendía. No ofreció perogrulladas. No le dijo que solo había sido un sueño. Aceptó la realidad de su terror.

—Odio el silencio —admitió él. Miró más allá de ella, hacia el rincón oscuro donde estaba la puerta del fregadero—. Por la noche, la casa está demasiado callada. Cuando hay silencio, oigo cosas.

—¿Los cañones? —preguntó Grace en voz baja.

—La espera —repuso Nathaniel—. El silencio antes de los cañones. Es un sonido pesado. Oprime el pecho.

Se frotó el esternón, un gesto inconsciente de dolor.

La miró. —¿A dónde va usted, Grace? ¿Cuando el ruido de la tienda se vuelve demasiado insoportable y las agujas suenan como cuchillos?

Grace recorrió el borde de su vaso de agua con el dedo. —Hay un cementerio —dijo en voz baja—. El de St. Botolph. Justo al límite de la parroquia.

—¿Un cementerio?

—Está descuidado —explicó Grace—. La hierba está alta y la puerta está rota. Pero hay un tejo en la esquina que resguarda del viento. Me siento allí e imagino que él me escucha. Es el único lugar de Londres donde la ciudad deja de gritar.

Nathaniel memorizó el nombre. —St. Botolph —repitió suavemente —. Un santuario para los fatigados.

—Sí —asintió Grace—. Es el único lugar donde soy verdaderamente invisible.

—He bajado aquí por el fuego —dijo él, señalando el hogar—. Pero se ha apagado.

Grace miró la rejilla. Había un lecho de ceniza gris, con solo un rescoldo rojo y apagado palpitando en el centro. Era un corazón moribundo.

—Puedo encenderlo —se ofreció Grace.

—No —dijo Nathaniel—. Déjelo.

Cogió su vaso de agua y lo hizo girar entre las manos, observando cómo la luz de la vela se refractaba a través del cristal.

—Hacemos buena pareja —murmuró—. Dos fantasmas rondando la misma cocina.

Grace lo miró. Bajo la luz tenue, despojado de sus ropas formales y de su actitud autoritaria, parecía más joven. Parecía el niño que se escondía detrás de las cortinas.

—Usted no es un fantasma, señor —dijo Grace—. Usted es cálido.

Nathaniel levantó la vista. Sus ojos grises se clavaron en los de ella. La barrera de clase, normalmente tan alta e insuperable, se había erosionado por lo avanzado de la hora y el peso compartido de sus pesadillas.

—¿Y usted? —preguntó él—. ¿Siente calor?

—En ello estoy —respondió Grace.

—Ese hombre —dijo Nathaniel, y su voz se endureció—. Si pudiera encontrarlo de nuevo... si pudiera deshacer lo que ocurrió aquella noche...

—No puede —dijo Grace—. Ya pasó. El cristal se ha roto.

—Debería haberla protegido —dijo Nathaniel. La culpa era evidente en su rostro, una línea quebrada de tensión entre sus cejas.

—Me está protegiendo ahora —dijo Grace.

Nathaniel pareció confundido. —Estoy sentado en una cocina bebiendo agua.

—Está sentado conmigo —dijo Grace—. Está manteniendo alejado el silencio.

Nathaniel se quedó inmóvil. La miró a través de la mesa. La intimidad del momento se instaló sobre ellos. No era la pasión ardiente de una novela romántica. Era el consuelo tranquilo y constante de un matrimonio que ya hubiera capeado una tormenta.

Extendió el brazo. Puso la mano sobre la mesa, con la palma hacia arriba. No la tocó. Simplemente ofreció su mano como un punto de contacto en la oscuridad.

Grace miró su palma. Vio los callos de las riendas al cabalgar. Vio la línea de la vida grabada en su piel.

Dudó. Luego, extendió la mano y la colocó al lado de la de él. Sus dedos no se entrelazaron. Simplemente descansaron uno al lado del otro, dos entidades separadas compartiendo el mismo espacio.

—La cerradura no está girando —dijo Nathaniel en voz baja—. La puerta está abierta.

Grace miró hacia la puerta. —Sí.

—Y el silencio no está vacío —añadió él—. Usted está aquí.

—Estoy aquí —susurró Grace.

Se quedaron sentados en la cocina mientras la vela se consumía. No volvieron a hablar. No lo necesitaron. Vieron las sombras alargarse y retirarse. Escucharon el asentarse de la casa.

Por primera vez en semanas, el nudo de miedo en el estómago de Grace se aflojó. Ella no era la doncella. Él no era el señor. Eran solo dos personas despiertas en la oscuridad, manteniendo a raya a los monstruos con el simple y aterrador poder de la presencia mutua.

Grace observó cómo se le entornaban los párpados. La tensión abandonó su mandíbula. Él estaba a salvo con ella.

Y ella, se dio cuenta con un sobresalto, estaba a salvo con él.

El reloj del pasillo dio las cuatro.

Nathaniel parpadeó. Se enderezó y retiró la mano. El hechizo flaqueó, pero no se rompió.

—Debería dormir —dijo él suavemente—. El día llegará pronto.

—Sí, señor —dijo Grace.

Se levantó y se ajustó el cinturón.

—Grace —dijo él.

Ella se giró en la puerta.

—Gracias —dijo él—. Por el ruido.

Grace sonrió. Fue un gesto leve y cansado, pero real.

—Buenas noches, Nathaniel —susurró.

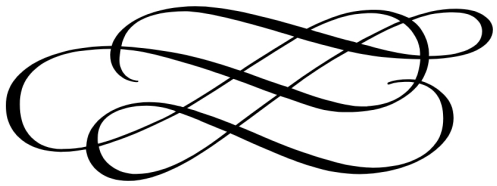
Había usado su nombre. Se le escapó antes de que pudiera evitarlo. Esperó la reprimenda, el recordatorio de su posición.

Nathaniel solo la miró, con los ojos suavizados por la luz moribunda.

—Buenas noches, Grace —dijo él.

Ella lo dejó allí. Volvió a subir las escaleras hacia su fría habitación. Pero mientras se metía en la cama y se subía las mantas hasta la barbilla, el sonido de la cerradura no regresó. El silencio era simplemente silencio. Y en la oscuridad, guardó el recuerdo de la mano de él sobre la mesa, un ancla en la noche.

CAPÍTULO 20



Grace se sentó frente a Clara en la pequeña mesa. El aire frío del taller estaba inmóvil, depositándose a su alrededor como una escarcha invisible. Clara se había quitado los guantes y apoyaba sus pálidas manos sobre la madera llena de muescas.

—Hablas de muros —dijo Clara con voz firme—. Hablas de las clases sociales como si fueran una ley de la física, como la gravedad. Crees que es imposible desafiarlas.

—Es una ley de supervivencia —respondió Grace, manteniendo los brazos cruzados sobre la cintura—. Tú no lo ves porque estás en lo alto de la torre. Yo estoy en el suelo.

—Lo veo perfectamente —rebatió Clara—. Veo cómo Lady Beresford mira a sus lacayos. Veo cómo la señora Gable habla con las fregonas. Conozco las reglas, Grace. Simplemente elijo ver la verdad que se oculta tras ellas.

Clara se inclinó hacia delante. El terciopelo de su manga rozó la veta rugosa de la mesa.

—Todos somos humanos —dijo Clara—. Quita los títulos. Quita la seda y la lana. ¿Qué queda? Carne y hueso. Todos sangramos del mismo color. Todos tiritamos cuando hace frío.

Sonrió; fue una curva leve y conspiradora en sus labios.

—¿Crees que un duque no parece un necio cuando tropieza con una alfombra? —preguntó Clara—. ¿Crees que una condesa no ronca cuando está resfriada? He visto a lores derramar sopa sobre sus chalecos y parecer tan desvalidos como bebés. Todos tenemos las mismas flaquezas, Grace. Todos envejecemos. Todos tenemos miedo. El estatus no es más que un disfraz que llevamos mientras tanto.

Grace miró a Clara. Intentó aferrarse a sus defensas, pero la imagen de una condesa roncando empezó a resquebrajar el granito de su determinación.

—No se trata solo de tropezar con alfombras —susurró Grace—. Se trata de pertenecer.

—A Nathaniel no le importa pertenecer —dijo Clara. Su tono cambió, volviéndose más suave, más apremiante—. Crees que él es el amo de su mundo. Pero no lo has visto como lo he visto yo.

Clara miró por la ventana hacia la calle gris.

—Se siente solo, Grace —dijo Clara—. Se queda sentado en esa biblioteca noche tras noche. Se queda mirando el fuego. Se ha rodeado de negocios y libros de contabilidad porque no tiene nada más. Carga con el peso de la familia, el peso del apellido, y lo hace en silencio. Sufre callado porque cree que eso es lo que debe hacer un caballero.

Grace sintió un nudo en la garganta. Recordó las líneas de cansancio alrededor de los ojos de Nathaniel en el cuarto de costura. Recordó cómo había mirado a los soldados de juguete en su memoria, un niño solitario escondido tras una cortina.

—Encontró algo en ti —continuó Clara, volviendo a mirar a Grace—. Encontró una chispa. Cuando vuelve de verte, el silencio de la casa cambia. Respira de otra manera. Se siente vivo.

Grace se miró las manos. Estaban rojas y ásperas, con las uñas cortas.

—Tengo miedo —confesó Grace. Sus palabras fueron apenas un susurro que apenas se oía por encima del viento que golpeaba los cristales.

—¿Miedo de qué? —preguntó Clara—. ¿De la sociedad?

—No —dijo Grace—. Levantó la vista y las lágrimas que había estado reteniendo se desbordaron, trazando surcos calientes por sus mejillas frías—. Tengo miedo de no ser suficiente. No soy más que Grace. No tengo nada que ofrecerle excepto aguja e hilo. Al final, se dará cuenta. Me mirará y verá la pobreza de la que vengo. Verá el abismo.

Clara alargó la mano sobre la mesa y tomó las de Grace entre las suyas. Su piel estaba tibia.

—Ya eres suficiente —dijo Clara con firmeza—. Eres valiente. Tienes talento. Posees una dignidad que la mayoría de los nobles no podrían comprar con todo su oro. Te salvaste a ti misma, Grace. ¿Sabes lo raro que es eso? Nathaniel no necesita a una debutante con dote. Necesita a una igual. Y la encontró en un almacén de King Street.

Grace contempló sus manos unidas. El terciopelo y la lana. La piel pálida y la piel áspera. Se aferraban la una a la otra.

El muro alrededor de su corazón, ese que había construido ladrillo a ladrillo desde el día en que entró en el desván de la señora Brant, sufrió una fractura. Fue un sonido aterrador en su propia mente, el sonido de la seguridad rompiéndose para dejar entrar la luz.

Liberó una mano y se secó la cara.

—Es un testarudo —dijo Grace. Una sonrisa trémula asomó a sus labios.

—Es imposible —asintió Clara, soltando una carcajada—. Es un Hartwell.

Grace tomó aire. El ambiente seguía siendo frío, pero el peso aplastante sobre su pecho se había aliviado.

—Tengo miedo —dijo Grace—. Pero... ya no quiero estar sola bajo el frío.

—Entonces no lo estés —dijo Clara.

—Si todavía me quiere —susurró Grace—. Después de lo que le dije. Fui cruel.

—Está fuera —dijo Clara—. Lleva veinte minutos recorriendo la calle de punta a punta.

Grace miró hacia la ventana. No podía verlo, pero sabía que estaba allí.

—Dile... —empezó Grace. Hizo una pausa y se alisó el delantal—. Dile que sigo siendo costurera. Dile que mantendré mi tienda.

—Se lo diré —prometió Clara.

—Y dile —añadió Grace, con la voz cobrando fuerza— que si desea visitarme, puede hacerlo. Pero debe llamar a la puerta.

Clara se puso en pie y se abotonó la capa. Miró a Grace con una expresión de profundo alivio.

—Le enviaré un mensaje —dijo Clara—. Estará aquí mañana. Prepárate, Grace. Él no se rinde fácilmente.

—Lo sé —dijo Grace.

Clara caminó hacia la puerta. Al abrirla, el estruendo de la calle se precipitó hacia el interior.

—¿Grace? —preguntó Clara desde el umbral.

—¿Sí?

—El gato naranja —dijo Clara—. Para el escaparate. Deberías conseguir uno. Completaría el cuadro.

Grace sonrió. Fue una expresión genuina que le iluminó los ojos. —Tal vez lo haga.

Clara se marchó. La puerta se cerró con un clic.

Grace se quedó sola en la tienda. Miró el contrato sobre el escritorio. Miró el cartel en el escaparate.

Era Grace Tinsley, costurera. Tenía una deuda que pagar. Tenía un negocio que dirigir. Y mañana, un caballero vendría a visitarla.

Cogió la aguja y la enhebró con mano firme. El miedo seguía allí, agazapado en un rincón como una sombra, pero ya no llenaba la habitación. Ahora había espacio. Espacio para el trabajo. Y espacio, tal vez, para algo más.

Grace estaba detrás del mostrador de pino de su tienda. La luz de la tarde se desvanecía, proyectando largas sombras grises sobre los tablones del suelo. Estaba midiendo un trozo de cinta carmesí; la seda se sentía fresca y suave entre sus dedos. La tienda estaba en silencio, a excepción del crepitar del carbón en la pequeña estufa de hierro.

La puerta se abrió de par en par con estrépito.

La campana sobre el marco repicó violentamente, un grito metálico y discordante.

Grace levantó la vista. Mantuvo las manos quietas sobre la cinta.

La señora Brant estaba en el umbral.

Parecía más pequeña de lo que Grace recordaba. Su pesada capa de lana tenía el dobladillo manchado de barro. El capó estaba torcido, con las plumas negras dobladas y raídas. Tenía el rostro cetrino y la piel le colgaba flácida alrededor de la mandíbula, pero sus ojos seguían siendo las mismas piedras duras y planas de siempre.

Entró en la tienda con paso decidido. El fuerte golpe de su bastón contra el suelo de madera era una amenaza rítmica y familiar.

—Así que —dijo la señora Brant. Recorrió con la mirada la estancia austera, curvando el labio—. Este es tu palacio.

Grace no salió de detrás del mostrador. La barrera de madera le llegaba a la cintura, una fortificación sólida entre ella y el pasado. Colocó la cinta sobre la superficie y entrelazó las manos.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora Brant? —preguntó Grace. Su voz era serena.

—Puedes ayudarte a ti misma —escupió la señora Brant. Se acercó al mostrador y se apoyó en él, invadiendo el espacio de Grace—. Puedes dejar de hacer tonterías. Puedes volver.

Grace parpadeó. —¿Volver?

—A Spitalfields —exigió la señora Brant—. La tienda es... un caos. Las chicas son lentas. Las clientes son difíciles. Preguntan por ti. Preguntan por el «toque Tinsley». Es agotador.

Grace miró a la mujer. Vio el temblor en las manos de la señora Brant. Vio la desesperación acechando tras la arrogancia.

—Las clientas no han preguntado por mí —dijo Grace—. La han abandonado. Eso es lo que dijo el señor Blackwood. Ya no tiene clientes.

El rostro de la señora Brant se contrajo. Un rubor de un rojo desagradable le moteó el cuello. —¡Mentiras! Tengo muchísimas. Pero necesito manos. Manos expertas. Estoy dispuesta a ser generosa, Grace. Estoy dispuesta a perdonar tus... indiscreciones.

Golpeó el suelo con el bastón.

—Te aceptaré de nuevo —ofreció la señora Brant—. Alojamiento y comida. Sin salario, por supuesto, hasta que pagues el daño que causaste a mi reputación. Pero tendrás un hogar.

Grace la observó fijamente. Cinco años atrás, esta oferta la habría aterrorizado. Cinco años atrás, se habría puesto de rodillas para suplicar clemencia.

Ahora, no sentía más que una lástima fría y distante.

—No —dijo Grace.

—¿Me rechazas? —La señora Brant alzó su bastón. La punta quedó a escasos centímetros del rostro de Grace—. ¡Miserable ingrata! ¡Yo te hice!

Grace no se inmutó. No retrocedió. Se inclinó hacia delante, apoyando las palmas de las manos sobre el mostrador. Miró a la mujer mayor desde su posición.

—Usted no me hizo —dijo Grace. Su voz resonó con claridad en la pequeña habitación—. Usted me usó. Me mató de hambre. Y cuando me volví demasiado valiosa, intentó destruirme.

—¡Te di un techo! —gritó la señora Brant. Salpicaduras de saliva saltaron de sus labios—. ¡Te salvé del arroyo!

—Me dio una jaula —corrigió Grace—. Y yo he roto el cerrojo.

La señora Brant vaciló. Bajó el bastón lentamente. Sus ojos recorrieron la habitación de un lado a otro, buscando un arma, buscando una debilidad. No encontró ninguna.

—Fracasarás —siseó la señora Brant—. No eres nada sin mí. Te morirás de hambre en esta caja y volverás arrastrándote a mi puerta.

—Preferiría morir de hambre aquí que darme un festín en su mesa —dijo Grace.

Buscó bajo el mostrador y sacó una carpeta gruesa de color manila. La depositó sobre la madera, entre las dos.

La señora Brant miró la carpeta. Miró a Grace.

—¿Qué es esto? —preguntó la señora Brant.

—Es un expediente del investigador del señor Hartwell —dijo Grace —. Contiene los nombres de las chicas a las que ha arruinado antes que a mí. Mary Sutherland. Rose.

La señora Brant palideció. El color huyó de su rostro como si le hubieran quitado un tapón. Dio un paso atrás.

—No tienes derecho —susurró la señora Brant.

—Tengo todo el derecho —dijo Grace—. Tengo sus declaraciones. Tengo el informe policial del hombre de Bloomsbury. Confesó, señora Brant. Se lo contó todo.

La señora Brant se quedó mirando la carpeta de manila. La realidad de su ruina descansaba sobre el mostrador de pino, con un grosor de una pulgada y pruebas condenatorias. Sus ojos se dirigieron a la

estufa de hierro en la esquina, donde las brasas brillaban al rojo vivo.

Se movió con la rapidez repentina y desesperada de un animal acorralado.

La señora Brant se abalanzó. Soltó el bastón y se lanzó hacia el mostrador, con su mano como una garra arrebatando el expediente.

—¡Bruja asquerosa! —gritó—. ¡Acabaré contigo!

Se escabulló hacia la estufa, apretando los papeles contra su pecho.

—¡No! —gritó Grace.

Grace saltó el mostrador. No pensó; actuó. Agarró el brazo de la señora Brant justo cuando la mujer alcanzaba el pestillo de hierro de la puerta de la estufa.

—¡Suéltame! —chilló la señora Brant, forcejeando violentamente. Golpeó a Grace en la cara con la mano libre, un golpe punzante que le partió el labio.

Grace no la soltó. Le retorció la muñeca a la señora Brant, obligando a la mujer mayor a retroceder contra la pared de ladrillo. La carpeta cayó al suelo, esparciendo papeles por los tablones polvorientos.

—¡Quémelos! —jadeó Grace, con el pecho agitado—. ¡Adelante! ¡Quémelos todos!

La señora Brant intentó alcanzar los papeles de nuevo, pero Grace los apartó de una patada.

—¡El señor Blackwood tiene los originales! —gritó Grace, y su voz resonó en las paredes—. ¿Cree que soy tan estúpida como para traer la única copia ante una víbora? El magistrado ya tiene el

expediente, señora Brant. La policía está recorriendo King Street en este mismo momento.

La señora Brant se quedó petrificada. Miró los papeles esparcidos y luego la ventana.

A través del cristal, vio a una figura con un abrigo oscuro deteniéndose en la acera de enfrente. Era el investigador, el señor Blackwood, vigilando la tienda.

La combatividad la abandonó. La señora Brant se desplomó contra la pared, con la respiración entrecortada y el rostro del color del pergamino viejo.

—Me has matado —susurró la señora Brant.

—No —dijo Grace, limpiándose la sangre del labio. Señaló la puerta —. Simplemente le he quitado el bastón. Fuera de aquí.

Grace la vio marcharse. Observó a la mujer alejarse cojeando por King Street, una sombra oscura que se retiraba y se disolvía entre la multitud gris.

Grace caminó hacia la puerta, la empujó para cerrarla y giró la llave en la cerradura.

El cerrojo encajó con un clic sólido y satisfactorio.

Apoyó la frente contra la madera. Le temblaban las rodillas, una reacción tardía a la adrenalina. Cerró los ojos.

Esperó el miedo. Esperó a que el viejo pánico surgiera y la asfixiara.

Pero no llegó.

En su lugar, un silencio profundo llenó la estancia. No era un silencio de espera. Era el silencio de la paz.

Se había enfrentado al monstruo. Lo había mirado a los ojos. Y había vencido.

Grace se apartó de la puerta. Regresó al mostrador y cogió la cinta carmesí.

No le temblaban las manos.

Recordó la mirada en los ojos de la señora Brant al final. Era la mirada de un animal acorralado. Y una rata acorralada siempre muerde.

Grace miró hacia la puerta cerrada. Sintió un escalofrío de inquietud, una fría premonición que le erizó el vello de la nuca. La señora Brant estaba derrotada, pero no había desaparecido. Y la malicia, privada de poder, a menudo se transformaba en desesperación.

Grace guardó la cinta. Tendría cuidado. Pero no tendría miedo.

* * *

* * *

La campana sobre la puerta de la tienda tintineó, un sonido agudo y metálico que interrumpió el ritmo tranquilo de la mañana de Grace. Levantó la vista de la mesa de corte, donde estaba sujetando con alfileres una pieza de raso color marfil.

Una figura aguardaba en el umbral, encogida contra el viento de diciembre. Era Sarah, la chica del desván de la señora Brant que tenía catorce años y vivía atemorizada. Parecía mayor ahora, con el rostro demacrado y los ojos ribeteados de rojo. Llevaba un chal que era poco más que un trapo.

—¿Grace? —susurró Sarah.

Grace dejó los alfileres. Rodeo la mesa. —Sarah. Entra. Cierra la puerta.

Sarah entró. Tiritaba violentamente y le castañeteaban los dientes. —Yo... he oído que tenías una tienda. He oído que buscabas personal.

—Así es —dijo Grace. Se fijó en las manos curtidas de la chica. Recordó la noche en que Sarah había regresado de un «encargo» con moratones en la muñeca—. ¿Sigues con la señora Brant?

—Me ha echado —dijo Sarah, mirando al suelo—. Ha dicho que era demasiado lenta. No tengo a dónde ir, Grace. Por favor. Trabajaré por la mitad del salario. Solo necesito pan.

Grace sintió un nudo en la garganta. Vio su propio pasado plantado ante ella.

—Trabajarás por el salario completo —dijo Grace—. Y empezarás ahora mismo. Tengo una entrega para lady Beresford. Es el brocado verde. Debe estar allí antes del mediodía.

Sarah levantó la vista, con el rostro inundado de esperanza. —Gracias. Oh, gracias, Grace.

Grace empaquetó el vestido en una caja grande. La ató con una cinta y se la entregó a Sarah.

—Ve directa allí —le instruyó Grace—. No te detengas.

Sarah asintió. Cogió la caja y salió apresurada al frío.

Grace la vio marchar. Sintió una cálida satisfacción en el pecho. Estaba rompiendo el ciclo. Estaba construyendo un santuario.

Dos horas más tarde, un lacayo con la librea de lady Beresford aporreó la puerta de la tienda.

—Se requiere su presencia —ladró el lacayo—. Su señoría está furiosa. Dice que el vestido está destrozado.

Grace sintió que la sangre se le retiraba del rostro. Agarró su costurero, con las manos temblorosas mientras metía tijeras e hilo en el bolso. Siguió al lacayo hasta el carruaje.

Llegaron a la mansión. Condujeron a Grace hasta el vestidor. Lady Beresford estaba en combinación, señalando con un dedo tembloroso el vestido verde que yacía sobre la chaiselongue.

—¡Mírelo! —gritó lady Beresford—. ¡Tengo que ponérmelo para el retrato en una hora! ¡Y su chica me ha traído esto!

Grace se acercó al vestido. Levantó el corpiño.

Un desgarro irregular iba desde el escote hasta la cintura. No había sido un accidente. La tela había sido acuchillada.

Grace observó el corte. Vio la precisión del mismo. Vio la malquerencia de la señora Brant en cada hilo cortado. Sarah no había tropezado. Sarah había sido un arma.

—La arruinaré por esto —juró lady Beresford—. Le diré a todo el mundo que emplea a incompetentes y vándalos.

Grace no habló. Su mente trabajaba a toda prisa. El pánico amenazaba con cerrarle la garganta, pero lo reprimió. Miró el vestido. La estructura estaba arruinada. El corpiño no tenía salvación.

Pero la falda estaba intacta. Y las mangas tenían mucha tela.

Grace abrió su bolso y sacó las tijeras.

—¿Qué está haciendo? —jadeó lady Beresford.

—Lo estoy arreglando —dijo Grace.

Cortó el corpiño por completo.

Lady Beresford soltó un alarido. —¡Lo está destruyendo!

—Estéese quieta —ordenó Grace. Su voz era firme, la voz de una profesional que solo veía el problema y la solución—. Póngase la falda.

Lady Beresford estaba demasiado atónita para discutir. Se puso la falda. Grace la subió, abrochando la cinturilla.

Grace cogió las mangas desprendidas. Abrió las costuras. Colocó el pesado brocado sobre los hombros de lady Beresford, cruzando los paneles sobre su pecho para crear un escote profundo y pronunciado que se unía en la cintura. Prendió la tela directamente al corsé.

—El desgarrón ha desaparecido —masculló Grace, con la boca llena de alfileres—. Haré el corpiño separado de la falda. Es un estilo de chaqueta spencer, pero de gala.

Cortó la tela restante en cintas. Las anudó en los hombros, creando lazos estructurales y llamativos que ocultaban los bordes sin rematar.

Grace dio un paso atrás. —Mire.

Lady Beresford se volvió hacia el espejo. El vestido ya no era un traje de baile convencional. Era dramático, arquitectónico. El corpiño cruzado acentuaba su cintura, y los nudos de los hombros añadían un aire marcial que era totalmente único.

—Es... —Lady Beresford tocó la seda—. Es magnífico.

—Es mejor —dijo Grace. Se quitó el sudor de la frente.

—Es usted una maga —susurró lady Beresford—. Debo tenerlo en azul. Y en rojo. Hágame dos más.

Grace asintió. —Le enviaré la factura.

Salió de la casa. Le temblaban las rodillas mientras bajaba los peldaños.

Regresó a la tienda. Sarah esperaba junto a la puerta, con el rostro pálido.

Grace entró. Cerró la puerta con llave tras de sí.

—La señora Brant te mandó hacerlo —dijo Grace. No era una pregunta.

Sarah rompió a llorar. Cayó de rodillas. —Dijo que le diría a la policía que le había robado. Dijo que me haría arrestar. Tenía tanto miedo, Grace.

Grace miró a la chica. Vio el terror que la señora Brant cultivaba como si fuera un jardín. Vio cómo el arma que se había utilizado contra su propia reputación se volvía ahora contra su negocio.

Podría llamar al agente de la ley. Podría destruir a Sarah para salvarse a sí misma. Así funcionaba el mundo.

Grace se acercó a la joven. Se inclinó y cogió la mano de Sarah.

—Levántate —dijo Grace.

Sarah se puso en pie, temblando. —¿Vas a pegarme?

—No —dijo Grace—. Voy a dejar que te marches.

—¿Marcharme?

—Vete de Londres —dijo Grace. Metió la mano en el bolsillo y sacó dos chelines. Se los puso a Sarah en la mano—. Toma esto. Ve con tu familia al campo, si la tienes. O acude a las organizaciones benéficas del norte. Pero no vuelvas con la señora Brant.

—¿Tú... me perdonas? —susurró.

—Te perdono —dijo Grace—. Pero no puedes trabajar aquí. Vete.

Sarah la miró fijamente. Luego se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta, apretando las monedas.

Grace la vio irse. Se apoyó en el marco de la puerta. Había perdido a una trabajadora, pero había conservado su alma.

La luz del atardecer tiñó el cielo de un color púrpura amoratado.

Una sombra se proyectó sobre el cristal.

Nathaniel Hartwell estaba allí. Llevaba un abrigo oscuro y portaba un bastón. No llamó. Simplemente esperó.

Grace abrió la puerta.

—Has tenido un día difícil —dijo Nathaniel.

—Las noticias vuelan —replicó Grace.

—Lady Beresford le está contando a todo el mundo la nueva moda que has inventado —dijo Nathaniel—. Lo llama el «corpiño Tinsley».

Grace soltó un suspiro que no sabía que estaba reteniendo. —Ha faltado poco.

—Camina conmigo —pidió Nathaniel.

Grace vaciló. Miró su tienda. Lo miró a él.

Cogió su chal.

Caminaron por King Street. Las farolas de gas se encendieron y proyectaron charcos de luz amarillenta sobre el pavimento. No

hablaron del alquiler ni de muros. Caminaron en un silencio cómplice, con el ritmo de sus pasos acompasado.

Nathaniel se detuvo bajo una farola. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un grueso sobre de color crema.

—El baile de Navidad —dijo—. En mi casa. Mañana por la noche.

Grace miró la invitación. —Soy una costurera, Nathaniel. Mi lugar no está en un baile.

—Eres la mujer a la que pretendo cortejar —dijo Nathaniel—. Tu lugar está donde estoy yo.

Grace le miró a la cara. Vio la determinación obstinada de su mandíbula. Vio la vulnerabilidad que intentaba ocultar.

Cogió el sobre. —Iré.

* * *

* * *

El salón de baile era una galaxia de luz de velas. Los cristales colgaban del techo, reflejando los diamantes en los cuellos de los invitados. El aire era cálido, pesado y denso.

Grace aguardaba cerca de la entrada. Llevaba un vestido confeccionado por ella misma, una columna sencilla de terciopelo azul medianoche sin encajes, sin cintas y sin joyas. Destacaba en aquel mar de tonos pastel y volantes como un trazo de tinta en una página en blanco.

La gente la miraba. Oyó los susurros. *La modista. La protegida de la caridad. El escándalo.*

Apretó su abanico. Quería huir. Quería esconderse en el cuarto de costura.

Nathaniel apareció a su lado. No la tocó, pero inclinó su cuerpo para protegerla de la sala.

—Están mirando —susurró Grace.

—Que miren —dijo Nathaniel—. Ven.

La alejó de la pista de baile. Abrió las puertas acristaladas que daban al balcón.

El aire frío de la noche los envolvió. Grace salió. El ruido de la fiesta se desvaneció hasta convertirse en un zumbido sordo tras el cristal.

Se detuvieron ante la barandilla de piedra. El cielo estaba despejado, una vasta cúpula negra salpicada por los puntos duros y brillantes de las estrellas. Londres se extendía bajo ellos, un mapa de luces y sombras.

—He pagado la deuda —dijo Grace en voz baja—. El primer plazo está en el correo.

—Lo sé —dijo Nathaniel—. El señor Miller me lo ha dicho.

—Necesitaba hacerlo —dijo Grace.

—Lo comprendo —respondió Nathaniel. Se volvió hacia ella—. No quiero poseerte, Grace. Quiero conocerte.

Se acercó más. El espacio entre ellos estaba cargado, eléctrico.

—No tengo nada que ofrecerte —dijo Grace—. Ni dote. Ni título. Solo mis manos.

—Grace —dijo Nathaniel. Alargó la mano y cogió la de ella. Le dio la vuelta, observando las yemas de los dedos callosas, las pequeñas

cicatrices de la aguja. Se llevó la mano a los labios y besó la piel áspera de su palma.

A Grace se le entrecortó la respiración y un escalofrío le recorrió la espalda ante el calor de su boca.

—Tengo que decirte algo —dijo Nathaniel contra su piel—. Algo que debería haberte dicho cuando te ofrecí el préstamo.

El corazón de Grace latía con fuerza. —¿Qué?

Nathaniel le soltó la mano pero no se apartó. —No te ofrecí ese dinero por Clara. Y no fue enteramente por negocios, aunque me dijera a mí mismo que lo era.

—¿Entonces por qué? —susurró Grace.

Nathaniel tensó la mandíbula. —Porque después de encontrarte en el parque, no podía dormir. Me quedaba despierto por las noches, viéndote en aquel cementerio, muriéndote de frío porque el mundo te había fallado. Porque yo te había fallado.

—Tú no...—

—Lo hice —interrumpió Nathaniel—. Vi la crueldad de la señora Brant semanas antes de que escaparas. Fui testigo de cómo te golpeaba. Sabía de lo que era capaz. Y no hice nada excepto proferir vagas amenazas y marcharme.

Cerró los puños a los lados. —Me dije que no eras mi responsabilidad. Que solo eras una modista con talento. Pero aquello era una mentira.

—¿Cuál era la verdad? —preguntó Grace.

Nathaniel la miró. Sus ojos grises se veían oscuros entre las sombras. —La verdad es que pasé por delante de la tienda de la

señora Brant seis veces en dos semanas, intentando pensar en una excusa para verte. La verdad es que me sentaba en aquel cuarto de costura con un libro de contabilidad que no necesitaba revisar porque quería oírte hablar sobre telas. La verdad es que cuando dijiste que un tejido estaba cansado pero era lo bastante fuerte como para resistir, no estaba pensando en absoluto en la tela.

Grace no podía respirar.

—Te ofrecí el préstamo porque me estaba enamorando de ti —confesó Nathaniel—. Y no podía soportar verte consumirte en esa casa. Necesitaba que fueras libre, incluso si usabas esa libertad para alejarte de mi lado.

A Grace le escocieron los ojos por las lágrimas. —¿Tú... me quieres?

—No quiero un título —murmuró Nathaniel. Su voz era ronca—. No quiero una dote. Quiero a la mujer que saltó por una ventana para salvarse a sí misma. Quiero a la mujer que se plantó en mi despacho y me dijo que era un necio. Quiero a la mujer cuyas manos crean belleza de la nada.

Alzó las manos y le acunó el rostro. Sus pulgares acariciaron sus pómulos.

—Te quiero a ti, Grace Tinsley. Toda tú. Tu orgullo, tu terquedad y tus manos con cicatrices. Quiero construir algo contigo. No porque me debas nada. No porque la sociedad lo espere. Sino porque no puedo imaginar mi vida sin ti en ella.

Grace lo miró. Vio la verdad en sus ojos. Él la veía. La veía por completo.

—Tengo miedo —susurró Grace.

—Yo también —admitió Nathaniel.

—No sé cómo ser amada —dijo Grace—. Todos los que alguna vez se preocuparon por mí, o bien murieron o bien me vendieron.

—Entonces déjame enseñarte —dijo Nathaniel con suavidad—. Déjame mostrarte lo que es ser elegida. No comprada. Ni rescatada. Elegida.

Grace sintió que las lágrimas se desbordaban. —Yo también te elijo.

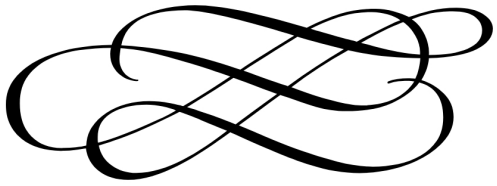
Nathaniel cerró los ojos brevemente, como si rezara una oración.

—¿Puedo besarte? —preguntó.

Grace asintió.

Él inclinó la cabeza y la besó.

EPÍLOGO



Grace estaba de pie en el umbral de su tienda, contemplando cómo la luz de la mañana entraba a raudales por el gran escaparate. Las letras doradas sobre el cristal relucían bajo el sol: Tinsley's. Sencillo. Elegante. Suyo.

En el interior, tres costureras trabajaban en la mesa de corte. Martha, rescatada de las cocinas de los Hartwell, estaba prendiendo un corpiño con alfileres. Otras dos muchachas que Grace había contratado de una casa de caridad planchaban seda.

La tienda era pequeña pero prosperaba. Los encargos se acumulaban con tres semanas de antelación.

La campana sobre la puerta tintineó.

Nathaniel entró. Vestía sus ropas de negocios, recién llegado de los muelles. Llevaba un maletín de cuero bajo el brazo.

—Señor Hartwell —dijo Grace formalmente. Ella sonrió.

—Señorita Tinsley —respondió Nathaniel. Sus ojos desprendían calidez.

Martha levantó la vista, sonrió de oreja a oreja y luego, muy deliberadamente, les dio la espalda para concederles privacidad.

Grace caminó hacia el escritorio y abrió el cajón. Sacó un sobre. Estaba abultado por los billetes.

—El último pago —dijo Grace. Se lo tendió.

Nathaniel cogió el sobre. Lo abrió y contó el dinero. Cuarenta libras. El último plazo del préstamo, pagado con tres años de antelación.

Él la miró.
—¿Está segura? Es una suma considerable. Podría utilizarla para ampliar el negocio...

—Estoy segura —dijo Grace—. Quiero pagarlo. Hoy.

Nathaniel asintió despacio. Sacó un documento de su maletín de cuero. Era el contrato original, firmado y con testigos. Cogió una pluma del escritorio de Grace.

Escribió en la parte superior con letras grandes: PAGADO EN SU TOTALIDAD.

Firmó y puso la fecha.

—Ya está —dijo Nathaniel. Le entregó el contrato—. Es usted libre.

Grace cogió el papel. Se quedó mirándolo. Durante dos años, este contrato había pendido sobre su cabeza. No exactamente como una carga, sino como un recordatorio de que aún estaba construyendo, aún estaba ascendiendo.

Ahora ya estaba hecho.

No le debía nada.

Nathaniel se aclaró la garganta.
—Señorita Tinsley.

—¿Sí, señor Hartwell?

Él sacó un segundo papel de su maletín. Este no era un contrato. Era una tarjeta de visita con su nombre y dirección impresos con elegante caligrafía.

—Creo —dijo Nathaniel con cautela— que nuestro acuerdo comercial ha concluido.

—Así es —convino Grace.

—Lo que significa —continuó Nathaniel— que ahora soy libre de hacerle una pregunta que llevo guardándome dos años.

El corazón de Grace empezó a acelerarse.
—¿Qué pregunta es esa?

Nathaniel la miró.
—Grace Tinsley, ¿me daría permiso para cortejarla? No como acreedor. No como socio de negocios, sino como un hombre que la ama desde el día en que le dijo que su lana era demasiado áspera para sus lacayos.

Grace se echó a reír. Fue un sonido brillante y alegre. —Yo no dije eso.

—Eso es lo que yo oí —dijo Nathaniel. Él sonrió—. ¿Y bien? ¿Puedo?

Grace miró el contrato que tenía en la mano. Pagado en su totalidad. Miró la tienda a su alrededor. Miró a Martha, que trabajaba en silencio en el rincón, segura y alimentada. Miró las letras doradas del escaparate.

Ella había construido aquello. Por sí misma. Con sus propias manos.

Y ahora, valiéndose por sí misma, podía elegir dejarle entrar.

—Sí —dijo Grace—. Puede venir a visitarme, señor Hartwell.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo —dijo Grace—. Esta noche. Prepararé la cena.

—¿Cocina usted? —preguntó Nathaniel, sorprendido.

—Fatal —admitió Grace—. Pero estoy aprendiendo.

—Entonces yo traeré vino —dijo Nathaniel—. Y fingiré que la comida está deliciosa.

Grace volvió a reír. Nathaniel alargó la mano y tomó la de ella. Acarició con el pulgar sus nudillos cicatrizados.

—Estoy muy orgulloso de usted —dijo en voz baja—. Lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé —dijo Grace.

—La quiero —dijo Nathaniel—. La he querido durante mucho tiempo. Y ahora por fin soy libre de decirlo en voz alta.

Grace le apretó la mano. —Yo también le quiero.

A Martha se le cayó un alfiletero. Rebotó con estrépito en el suelo.

—¡Perdón! —exclamó Martha, sin sonar arrepentida en absoluto—. ¡Se me ha escurrido!

Tanto Grace como Nathaniel se echaron a reír.

—Debería irme —dijo Nathaniel—. Tengo un barco que llega esta tarde.

—Y yo tengo a una condesa que viene para una prueba —dijo Grace.

Se quedaron allí, todavía cogidos de la mano, sin que ninguno quisiera marcharse.

—Esta noche —dijo Nathaniel.

—Esta noche —asintió Grace.

Él le llevó la mano a los labios y se la besó una vez más. Luego la soltó, recogió su maletín y salió de la tienda.

Grace le vio marcharse a través del cristal. Él se giró en la esquina y la saludó con la mano.

Ella le devolvió el saludo.

Martha apareció a su lado. —Sonríe como una tonta.

—Soy una tonta —dijo Grace, feliz.

—Una tonta con una tienda —señaló Martha.

—Y con un hombre que me quiere —añadió Grace.

—Y con una condesa que llega en diez minutos —le recordó Martha.

Grace rió y volvió a la mesa de trabajo.

Lo había logrado. Había salido del arroyo, sobrevivido al frío, levantado su negocio y conservado su alma.

Y ahora, ahora tenía a Nathaniel.

Grace Tinsley cogió su aguja y empezó a coser.

Afuera, el sol de Londres brillaba intensamente sobre las letras doradas de su tienda.

Era libre. Era amada. Estaba en casa.

OTRAS OBRAS DE SYBIL COOK

La hija del fabricante de guantes

Cuando la verdad está enterrada, una hija debe arriesgarlo todo para desvelarla.

Edie Bramhall no es ajena a las penurias. De día, cose finos guantes en una lúgubre fábrica victoriana para sacar adelante a su frágil familia. De noche, cuida de su hermano pequeño enfermo mientras su madre se ahoga en penas y ginebra. Pero cuando llega una misteriosa carta —dirigida a su padre, a quien daban por muerto hacía mucho—, el mundo de Edie empieza a desmoronarse.

La misiva insinúa una conspiración en las profundidades de Thorlin & Co., la misma fábrica donde Edie se deja la piel. Su padre, tachado en su día de borracho que cayó a las vías del tren, podría haber sido asesinado por descubrir verdades peligrosas sobre fraude y contratos militares. Ahora, Edie posee la clave de unos secretos por los que otros matarían por mantener ocultos.

Jonas Felgate, un agente del gobierno que trabaja infiltrado como empleado de la fábrica, ha llegado para investigar esas mismas sospechas. Pero su misión se complica cuando conoce a Edie: valiente, inteligente y, sin saberlo, enredada en la trama que él intenta sacar a la luz. A medida que los turbios negocios de la fábrica empiezan a aflorar, Jonas y Edie descubren que sus destinos —y sus corazones— están peligrosamente entrelazados.

DESCÁRGALO AHORA
